

**LA CONCEPCIÓN DE LA CONSISTENCIA IMAGINARIA DE FREUD A LACAN Y SU
LUGAR EN EL NUDO BORRAMEO**

LILIANA ZORELLY GIRALDO ARISTIZÁBAL

TRABAJO DE GRADO PRESENTADO COMO REQUISITO PARCIAL PARA
OPTAR AL TÍTULO DE MAGISTER EN INVESTIGACIÓN PSICOANALÍTICA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANALISIS

MEDELLIN

2015

**LA CONCEPCIÓN DE LA CONSISTENCIA IMAGINARIA DE FREUD A LACAN Y SU
LUGAR EN EL NUDO BORROMEIO**

LILIANA ZORELLY GIRALDO ARISTIZÁBAL

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO
JORGE IVÁN ZAPATA HERNÁNDEZ

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS

MEDELLIN

2015

A mi padre, in memoriam

Agradecimientos

A Jorge Iván Zapata, por su disposición para escuchar mis preguntas, por acompañarme en la labor de leer, de pensar y de escribir.

A Juan Fernando Pérez, las lecturas que en algún momento me propuso dieron origen a la pregunta que orientó este trabajo.

RESUMEN

En esta investigación se ha partido de la pregunta: ¿Qué lugar tiene la consistencia imaginaria en el nudo borromeo? Fueron tomados como referentes principales Sigmund Freud y Jacques Lacan. Del primer autor se tomaron los conceptos yo, pulsión y libido, para aprender con ellos los fundamentos freudianos de lo imaginario. Del segundo, se revisaron algunos planteamientos, también acerca de la libido y otros más elementos de lo imaginario, tales como las proposiciones realizadas en torno al estadio del espejo, las experiencias ópticas y el nudo borromeo.

Las experiencias ópticas facilitan entender la articulación entre los registros real, simbólico e imaginario y muestran la consistencia de las imágenes reales y virtuales; son estas, elaboraciones fundamentales para lo que Lacan desarrollará luego a través de la figura topológica del nudo borromeo. Figura que también, como las experiencias mencionadas, muestra la manera en que se articulan los registros, pero además muestra que se articulan y tejen entre ellos en función de un elemento central que tiene una faz imaginaria y también tiene la consistencia que puede tener un concepto, este elemento es el objeto *a*.

TABLA DE CONTENIDO

	Página
TABLA DE FIGURAS	8
INTRODUCCIÓN	10
1.PUNTUACIONES ACERCA DE LO IMAGINARIO Y SU	
CONSISTENCIA	14
1.1. La consistencia	15
1.2. Puntuaciones sobre lo imaginario	16
1.3. El nudo borromeo	24
2. EL YO, LA PULSIÓN Y LA LIBIDO: LOS TRES CONCEPTOS	
FUNDAMENTALES QUE ESTRUCTURAN EL IMAGINARIO	
FREUDIANO	28
2.1. La reciprocidad amorosa entre el yo y el objeto:	
Una consistencia imaginaria	28

	Página
2.2. La imagen del objeto medio de satisfacción pulsional:	
Una consistencia imaginaria	42
2.3. La libido: La energía sexual pulsional y sus avatares	56
3. PUNTUACIONES SOBRE EL REGISTRO IMAGINARIO EN LA ENSEÑANZA DE LACAN	71
3.1. El componente imaginario de la fantasía y del falo	71
3.2. La libido, su equivalencia y su valor negativo	80
3.3. Lo imaginario en la unidad y en la fragmentación	87
3.3.1. Lo imaginario y la unidad	89
3.3.2. Lo imaginario y la fragmentación	104
4. LA CONSISTENCIA IMAGINARIA Y EL NUDO BORROMEIO	113
4.1. La consistencia imaginaria	113
4.2. El nudo borromeo de tres redondeles en la enseñanza de Jacques Lacan	121
CONCLUSIONES	144
BIBLIOGRAFIA	148

TABLA DE FIGURAS

	Página
Figura 1. <i>Escudo de armas de la familia Borromeo hacia la mitad del siglo XV</i>	25
Figura 2. <i>Detalle del grabado en una piedra donde aparece el Val knut</i>	25
Figura 3. <i>Nudo borromeo de tres redondeles</i>	27
Figura 4. <i>Aspecto del aparato psíquico</i>	30
Figura 5. <i>La reversión fundamental de la pulsión</i>	46
Figura 6. <i>La triada imaginaria</i>	77
Figura 7. <i>Triángulo imaginario</i>	79
Figura 8. <i>Efecto de la metáfora paterna</i>	80
Figura 9. <i>Instalación para la experiencia del ramillete invertido</i>	92
Figura 10. <i>Experiencia del ramillete invertido</i>	93
Figura 11. <i>Esquema de los dos espejos</i>	95
Figura 12. <i>Esquema Lambda</i>	106

	Página
Figura 13. <i>Fragmento del esquema Lambda</i>	107
Figura 14. <i>Figuras idénticas en topología</i>	123
Figura 15. <i>Los tres anillos unidos por el sinthome</i>	125
Figura 16. <i>Triskel</i>	126
Figura 17. <i>Rectas infinitas paralelas</i>	127
Figura 18. <i>Rectas infinitas completadas por sus puntos al infinito</i>	128
Figura 19. <i>Redondeles envueltos y envolventes</i>	128
Figura 20. <i>El soporte simbólico en el nudo borromeo</i>	131
Figura 21. <i>Banda de Moëbius</i>	132
Figura 22. <i>Construcción de una banda de Moëbius</i>	132
Figura 23. <i>La superposición</i>	133
Figura 24. <i>Aplanamiento de una banda de Moëbius</i>	134
Figura 25. <i>Del nudo borromeo al nudo de trébol</i>	135
Figura 26. <i>Nudo borromeo de cuatro nudos de tres</i>	136
Figura 27. <i>Las tres nominaciones en la cadena borromea de tres redondeles</i>	137
Figura 28. <i>El toro</i>	140

INTRODUCCIÓN

En el recorrido hecho para la formulación de esta investigación, se construyeron distintas preguntas, en las cuales permanecía como eje el registro imaginario. Emergieron elementos inherentes a dicho registro, tales como su condición de ser soporte de la consistencia y su relación con lo ominoso. Luego de algunas búsquedas que incluyeron un trabajo de escritura, se construyó una pregunta, considerada elemental y a la vez orientadora para el desarrollo de la investigación, a saber: ¿qué lugar tiene la consistencia imaginaria en el nudo borromeo?

Si bien el giro “consistencia imaginaria” es una expresión de Lacan, no es esta razón suficiente para afirmar que no estuviera presente en las elaboraciones freudianas. La manera en que este último autor teorizó acerca de los objetos, del narcisismo, de la angustia y con ello de lo ominoso¹, ofrece elementos que permiten vislumbrar en su obra una idea de consistencia.

Así también, el uso que realiza Lacan del término “imaginario” tiene orígenes en la teoría de la libido planteada por Freud. Sin embargo, fue Lacan quien se refirió a lo imaginario como un registro de la realidad humana. Es este autor quien habla de una relación entre lo imaginario y la consistencia, motivo por el cual gran parte de la indagación bibliográfica para este trabajo fue realizada en su obra.

¹ Las traducciones de la obra freudiana utilizadas para este trabajo difieren en la traducción del término *Unheimlich*. En una de ellas aparece como “lo ominoso”, mientras que en otra como “lo siniestro”. Por otra parte, en la traducción del seminario 23 de Lacan, este autor traduce lo *Unheimlich* como “inquietante extrañeza”. Finalmente, para este trabajo se ha preferido utilizar el término “ominoso”, como traducción de la expresión alemana *Unheimlich*.

El espacio de indagación estuvo limitado por los autores Sigmund Freud y Jacques Lacan, pero también se consultaron otros como fuentes secundarias.

Se considera que el tema de estudio de este trabajo ofrece elementos que nutren la clínica psicoanalítica y que son orientadores al hacer un diagnóstico diferencial. Asimismo, permite explorar la figura topológica del nudo borromeo como herramienta para pensar el psicoanálisis. Esta figura fue en gran medida orientadora para el desarrollo de la investigación; se invita a hacer uso de ella desde la lectura de esta elaboración y desde la manipulación misma de las cuerdas.

En el primer capítulo se consignarán los momentos cruciales en los planteamientos a propósito de lo imaginario. De igual modo, se enuncian las formas previas que tuvo la pregunta de investigación y la elaboración que redundó en su formulación definitiva.

En el segundo capítulo se revisarán tres conceptos propuestos por Freud, de los cuales Lacan afirma que son del dominio de lo imaginario. Para comenzar, el yo: instancia concebida como superficie y como objeto. Así pues, es un elemento que puede ser contorneado por la libido y, en esa medida, incluido en la dinámica pulsional. El yo es fundamental en la constitución de los objetos imaginarios, él mismo es uno de ellos; permite pensar las relaciones amorosas como orientadas por imágenes de objetos que propiciaron experiencias placenteras y evitaron el displacer.

En el mismo capítulo se examina uno de los elementos de la pulsión, el objeto medio de satisfacción, objeto imaginario que puede participar de la consistencia.

Se complica un poco el plantear la pulsión como un elemento que está en el orden de lo imaginario, puesto que, para que ella se constituya como representante, ha sido necesaria una

intervención simbólica que permita trascender al niño la dimensión animal que hace que sus comportamientos se rijan estrictamente por la necesidad. Sin embargo, plantear la pulsión como imaginaria no niega su dimensión real y simbólica. En la presente investigación se hace necesario el énfasis en lo imaginario, ya que este permite focalizar la atención en el desarrollo de la pregunta fundamental.

Elemento que cumple la función de mensajero que cumplía el dios Hermes en la mitología griega es la libido, energía pulsional que inviste los objetos, estableciendo relación entre estos y el yo y llevando información de un lugar a otro. Es la libido lo que permite que el yo se constituya acorde a otros objetos imaginarios y también que opere como referente para la elección de objetos medios de satisfacción pulsional. Así pues, en el capítulo dos también se elabora acerca de la teoría libidinal en Freud, de la utilidad de dividir la libido en yoica y sexual para estudiar lo que este autor distinguió en su momento como neurosis narcisistas y neurosis de transferencia. El proceso de introversión de la libido, que no acontece en la esquizofrenia, explica la incapacidad que se halla en esta estructura para constituir objetos imaginarios. Al no darse la introversión, el sujeto no constituye una unidad gestáltica, sobre la cual se edificaría la unidad narcisística del yo. Para pensar este tema se recurrió al caso del Dr. Tausk, expuesto por Freud en su artículo *Lo inconsciente* (1915/2011).

En el capítulo tres se ingresa al estudio de lo imaginario a través de los términos “fantasía” y “falo”, desde aportes freudianos y lacanianos. Luego este capítulo se centra en las elaboraciones acerca de lo imaginario, realizadas por Lacan, quien estudió este registro de manera preeminente durante los primeros años de su enseñanza. Se revisa la función de la libido en la constitución del yo, la noción de equivalencia a ella vinculada y su aporte al metabolismo de las imágenes.

En el subcapítulo 3.3. se recurre a las experiencias ópticas propuestas por Lacan para explicar cómo la articulación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario facilita la constitución de la imagen con unidad y de la imagen sin unidad, esta última es imagen real del objeto a , y remite a un estado primigenio de lo humano cercano a la muerte. Ambos tipos de imágenes, referentes significativos para pensar la consistencia.

Para ilustrar la consistencia imaginaria y la intervención que hace allí el registro simbólico, se utilizará como material clínico el caso Dick, expuesto por Melanie Klein. Se recurre a otro caso, el caso Nadia, orientado por Rocine Lefort, para ilustrar el transitivismo, proceso que da cuenta de las tensiones imaginarias y de la agresividad, como tendencia de un modo de identificación narcisista que tiene su origen en la imagen fragmentada, sin unidad.

En el capítulo cuatro se formalizará la reflexión alrededor de la consistencia, subrayando la consistencia del objeto a , para lo cual se recurrió al comentario que realiza Lacan del cuadro “los Embajadores” de Holbein. Del mismo modo, en este capítulo se retoma el tema de la topología como geometría no euclidiana; de allí se extrae el nudo borromeo, a partir del cual se explican algunas relaciones entre los registros, enfatizando el registro imaginario y su aporte a la consistencia.

Luego se consignan las conclusiones extraídas a partir de la labor de investigación, señalándose en ellas posibles vías de indagación descubiertas a partir del trabajo realizado y finalmente datos de la bibliografía consultada para la realización del mismo.

1. PUNTUACIONES ACERCA DE LO IMAGINARIO Y SU CONSISTENCIA

La consistencia imaginaria es referida por Lacan de manera insistente en los seminarios 22, *R.S.I.*, y 23, *El sinthome*, los cuales están incluidos en la última parte de su enseñanza. Aunque ya en la primera parte lo imaginario había ocupado un lugar protagónico, no lo articulaba de manera manifiesta con la idea de consistencia.

El hecho de que sólo hasta el final de su enseñanza hubiera puesto a la consistencia del lado de lo imaginario no implica que dicha cualidad no existiera cuando en sus seminarios iniciales se refirió a este registro. Así, cuando se sirve de diferentes esquemas de la óptica para establecer analogías entre la manera como se constituye una imagen en física y la manera como se conforman y comienzan a operar las imágenes en la psique, está verificando la presencia de la consistencia como cualidad que vincula, que junta, para diciéndolo con sus palabras.

El término consistencia es entonces utilizado por Lacan al recurrir a la figura topológica del nudo borromeo para la elaboración y la transmisión. Dicho término no tiene un origen psicoanalítico, sino que es tomado de la lógica y puesto a operar de una manera particular en el psicoanálisis, contribuyendo por tanto a hacer andar esta disciplina.

En este andar, como ya se mencionó, Lacan vincula la consistencia con lo imaginario, registro que no se establece sin los principios freudianos. De allí que, en la presente investigación, haya sido obligatorio acudir a Freud, indagando en su obra de manera especial por aquellos elementos que, según Lacan, son del dominio de lo imaginario, tales como el yo, la pulsión y la libido. Así

como por otros que resultan cruciales en la articulación llevada a cabo por los registros, a saber, la fragmentación y la unidad. Lo anterior con el propósito de dar respuesta a la pregunta de investigación.

1.1. La consistencia

El termino consistencia es propuesto por Lacan como uno de los efectos de la articulación entre los registros real, simbólico e imaginario. El manejo que se hace de esta noción en psicoanálisis es diferente al planteado por la lógica, en la que un resultado consistente es aquel que cumple con la condición de que tanto su fórmula como la negación de ella sean teoremas que no se cumplan simultáneamente, esto es, que no se contradigan. Sobre esta noción dice Lacan (1975b/2011):

¿Qué quiere decir la consistencia? Quiere decir lo que mantiene junto, y por eso aquí se la simboliza con la superficie. En efecto, pobres de nosotros, sólo tenemos idea de consistencia por lo que constituye una bolsa o un trapo. Esta es la primera idea que tenemos al respecto. Incluso al cuerpo lo sentimos como piel que retiene en su bolsa un montón de órganos. (p.63)

El autor refiere la consistencia al cuerpo, cuya construcción va de la mano de las imágenes y representa una superficie contenedora. Y aclara que además de la consistencia imaginaria, lo simbólico y lo real cuentan también con su propia consistencia. Así, son tres las consistencias y cada una requiere de las otras para ser. Esto lo explica Lacan a través del anudamiento borromeo: si un registro deja de ser consistente, en consecuencia los otros dos también.

No obstante afirmar que cada uno de los registros cuenta con una consistencia propia, Lacan soporta la consistencia de lo imaginario. Quiere decir que hay algo singular en lo imaginario que hace de este registro un ejemplo por excelencia de la consistencia.

Se reconocen dos elementos que orientan la búsqueda en este sentido. Uno es el papel fundamental que cumple lo imaginario en el paso del organismo al cuerpo; otro es la relación entre el pensamiento y la constitución de lo imaginario como registro. A propósito de este segundo elemento, Lacan señala la capacidad de la palabra para incidir sobre el cuerpo del niño que se constituye como sujeto. La palabra representa el aval del otro a la imagen que el niño percibe de sí mismo; es de esta manera que lo simbólico interviene sobre la consistencia imaginaria.

Por su parte, Miller (2011, p.417) se refiere a la inconsistencia del inconsciente, puesto que este, a través de la denegación, afirma el no ser, y, negando el ser, es. A la inconsistencia del inconsciente le opondrá la consistencia del objeto *a*, el que ocupa un lugar central en el nudo borromeo. De hecho, un logro importante de la articulación borromea es el cercado del objeto *a*. Por consiguiente, si lo imaginario es uno de los redondeles que se presta a cercar tal objeto consistente, es considerando la posición que ocupa lo imaginario en el nudo que podría decirse algo acerca de la consistencia imaginaria.

1.2. Puntuaciones sobre lo imaginario

Lo imaginario es un registro de la realidad humana acerca del cual Lacan comenzó a referirse desde su planteamiento del estadio del espejo en el congreso de Marienbad (1936), elaboración

presente en su escrito *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (Lacan, 1949).

Luego, en la conferencia *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (1953a), expresa otras consideraciones significativas acerca de este registro. Y el desarrollo de su teoría del yo, propuesta en el seminario 1, fortalece lo planteado anteriormente sobre la imagen. Allí mismo dice sobre la consistencia de la imagen (Lacan, 1953b):

Para que la imagen tenga cierta consistencia, es necesario que sea verdaderamente una imagen. ¿Cuál es la definición de una imagen en óptica? A cada punto del objeto le corresponde un punto de la imagen, y todos los rayos provenientes de un punto deben cruzarse en un punto único en algún lado. Un aparato óptico sólo se define por la convergencia unívoca o biunívoca de los rayos; como se dice en axiomática (p.190).

Todavía Lacan no utiliza la expresión “consistencia imaginaria”, pero sí tiene clara la importancia de la consistencia para que la imagen se constituya como tal, y comienza a servirse de la óptica para referirse a la constitución de la imagen y a sus efectos en la estructuración del sujeto.

En su conferencia *Lo imaginario, lo simbólico y lo real* (1953a), describe el comportamiento imaginario como aquel que tiene valor de imagen para otro sujeto y que le da capacidad de desplazarse fuera del sitio que asegura la satisfacción de una necesidad natural. Es diferente al comportamiento simbólico, acerca del cual afirma: “Llamamos comportamiento simbólico en el animal al hecho de que un segmento desplazado adquiera un valor socializado y sirva al grupo animal de punto de referencia para cierto comportamiento colectivo” (Lacan, 1953a, p.24).

Entonces se lee en Lacan que una cualidad del comportamiento imaginario es el desplazamiento. Y, si bien en el comportamiento simbólico se cuenta con el desplazamiento, es la capacidad de ser referencia lo que define la cualidad simbólica de este comportamiento.

También en su escrito *Acerca de la causalidad psíquica* (1949/2002), Lacan da puntadas iniciales de lo que luego propuso como registro imaginario, vinculando al cuerpo –consistencia imaginaria-, con los objetos: “...no hay antinomia ninguna entre los objetos que percibo y mi cuerpo, cuya percepción está justamente constituida por un acuerdo de los más naturales con ellos” (p.150).

A medida que el niño va percibiendo los objetos va asimismo constituyendo la dimensión del cuerpo. Esto es explicado por Freud en su teoría libidinal del narcisismo y por Lacan a través de las diferentes maneras en que se refiere a la relación del niño con el semejante, a la constitución de lo interior a través de algo que se percibe como exterior, constitución que se da vía la identificación con objetos percibidos.

Lacan considerará que aquello que Melanie Klein llama simbólico es lo imaginario. A pesar de esta diferencia de posturas, los principios sobre los cuales la autora caracteriza los objetos y concibe lo simbólico fueron fundamentales para la construcción lacaniana acerca de lo imaginario, también lo fueron los planteamientos freudianos acerca del narcisismo.

Lo simbólico entonces será aquello que permite que la imagen se fije. Está representado por la presencia de otro que confirma la imagen percibida por el niño. En las diferentes experiencias ópticas utilizadas por Lacan, el espejo plano hace las veces del registro simbólico. Este proceso es explicado en el escrito *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949/2002), donde el autor plantea que el estadio

del espejo corresponde al momento en que la cría de hombre reconoce su imagen en el espejo y se identifica con ella: “Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen” (p.87).

Para explicarlo se puede recurrir al concepto de imagen en la óptica. Allí, una imagen virtual es el producto de rayos de luz emitidos por una imagen real que chocan con una superficie, llamada instrumento óptico, y rebotan, ofreciendo un reflejo. Conviene recordar que no se asume una imagen sin tener el reconocimiento del Otro, Otro simbólico. En la presente investigación se aludirá a este registro a propósito de su aporte a la consistencia imaginaria, sin que ello implique desviar radicalmente la investigación.

Lacan llama cría de humano al organismo con un cúmulo de sensaciones dispersas, no unificadas —esta es la imagen real. El Otro, ubicado en el lugar del espejo plano, devuelve una imagen con cierta unidad, lo cual es fundamental para que el niño constituya la imagen virtual de su cuerpo. Así, ya no se tratará en él de sensaciones dispersas, sino unificadas. A esta imagen Lacan la llama “Gestalt”.

El mismo autor refiere la constitución de dos imágenes en el estadio del espejo. La primera corresponde al yo imaginario; es una especie de prótesis que permite ensamblar entre sí las sensaciones dispersas, dar semblante de unidad a la imagen real. La segunda de las imágenes implica el aval del Otro sobre la primera imagen, esto es, una incidencia simbólica que tiene como consecuencia la identificación del niño con la imagen y, con ello, la emergencia de la dimensión simbólica del yo.

Esta constitución del yo a través del estadio del espejo posibilita la relación con el exterior. Ella facilita un desplazamiento del individuo desde su mundo interior a su mundo exterior, desde el *Innenwelt* al *Umwelt*. En dicho estadio está la base de la conceptualización que realiza Lacan a propósito del registro imaginario.

Así como hay imágenes que tienen efecto de síntesis, existen otras que aluden a la fragmentación. Aunque la identificación narcisista tenga efectos de unificación, esto no excluye la presencia de fenómenos de división en el sujeto. El júbilo² no es lo único que constituye al sujeto; también están los sentimientos generados por la división de la unidad o la inminencia de la división, los cuales manifiestan la intensión agresiva. Sobre esta última Miller (1991) señala que es simultáneamente intensión de significación, diciendo con esto que, aun siendo imaginaria, aspira a lo simbólico.

La intensión de agresión devela la fragilidad del vínculo entre los elementos que, se suponía, hacían unidad. Acerca de las imágenes que revelan dicha intensión, Lacan (1949/2002) escribe:

Entre estas últimas las hay que representan los vectores electivos de las intenciones agresivas, a las que proveen de una eficiencia que podemos llamar mágica. Son las imágenes de castración, de eviración, de mutilación, de desmembramiento, de dislocación, de destripamiento, de devoración, de reventamiento del cuerpo, en una palabra las imagos que personalmente he agrupado bajo la rúbrica que bien parece ser estructural de imagos del cuerpo fragmentado. (p.68)

La eficiencia de las imágenes del cuerpo fragmentado se verifica en el efecto de angustia que generan, pues hacen peligrar el campo unificado del yo, excluyendo el júbilo. Dichas imágenes revelan una relación específica del hombre con su cuerpo dividido, una *Gestalt* propia de la agresión.

² En el subcapítulo 3.2. se transcribe la descripción lacaniana de la experiencia de júbilo en el niño.

Hay entonces imágenes que favorecen cierta continuidad entre el organismo del hombre y su *Umwelt* y hay otras que introducen una ruptura. Paradójicamente, dicha ruptura da a los objetos una polivalencia instrumental y un potencial.

Como se enunció anteriormente, lo que Lacan plantea como registro imaginario puede ser rastreado en la elaboración freudiana. El escrito de Freud titulado *Introducción al narcisismo* (1914) es fundamental en este tema. Allí, el autor argumenta que el comportamiento narcisista es inherente a la constitución del yo. Discrimina además los objetos de la realidad de los imaginarios, planteando los principios de su teoría de la libido, elemento del que Lacan advierte su carácter imaginario.

También en Lacan el yo está en la base de lo formulado como registro imaginario, y a esta base le agrega la pulsión y la libido. Conviene mencionar, adicionalmente, que en las elaboraciones realizadas por Freud en torno a estos tres elementos entran en juego dinámicas que no son ajenas a la topología. Es el caso, por ejemplo, de la continuidad moëbiana entre el principio de placer y el principio de realidad, la cual es planteada por Freud como un relevo (Freud, 1920/1979, p.9). Ante las dificultades que representa para la preservación de la vida obedecer ciegamente al principio de placer, este es relevado por el principio de realidad. Dicho relevo permite conservar la meta pulsional.

Hasta este punto se ha dado cuenta brevemente del privilegio que tuvo el registro imaginario en las elaboraciones de Lacan durante el primer tiempo de su enseñanza. Lo muestra el análisis de sus casos, entre ellos el caso Aimée (que fue guiado por principios teóricos acerca de lo imaginario) y las experiencias ópticas, que explican la funcionalidad de lo imaginario no sin incluir la intervención de lo simbólico, representado este por el espejo. Ahora, la articulación

entre lo simbólico y lo imaginario es posible por la participación de lo real, que en estas experiencias corresponde al objeto oculto en la caja, del que solo se puede tener imagen a través de lo simbólico.

Esta relación interdependiente de los registros se mantiene en las elaboraciones lacanianas. Ya en el seminario 22, este autor se refiere a los registros como categorías y manifiesta haber encontrado una manera de dar común medida a ellas, encadenándolas de manera borromea. Recurre entonces a la figura topológica del nudo borromeo para estudiar la manera en que se articulan lo simbólico, lo imaginario y lo real. Se harán algunas precisiones acerca de este nudo en el subcapítulo siguiente, antes de lo cual conviene agregar que, al mostrar la equivalencia entre los registros, se precisa, entre otros, el lugar del registro imaginario y su indispensable presencia para la articulación de lo real y lo simbólico. A propósito de lo anterior, afirma Miller (2013):

El seminario ‘El momento de concluir’ está particularmente marcado por la promoción de lo imaginario a través de las manipulaciones de las figuras topológicas que Lacan multiplica. Hay cierto tropismo hacia lo imaginario, lo que representa para Lacan una serie de vuelta a sus orígenes, ya que partió de lo imaginario al comienzo de su enseñanza. Vuelve a ello, aunque de una forma distinta, mucho más elaborada. (p.246)

Lo anterior explica que Lacan no abandona lo imaginario, sino que amplía dicho concepto alcanzando a ir más allá de lo planteado en *El estadio del espejo* y en las diferentes experiencias ópticas que desarrolla luego. Un elemento que le sirve para ampliar ese concepto es el nudo borromeo, en el que advierte tres operaciones: ex-sistencia, agujero y consistencia,³ cada una de las cuales identifica con un registro en particular. Así, por estar en el nudo, las tres propiedades

³ Estas tres operaciones son descritas en el subcapítulo 4.2.

circulan a través de los tres registros, pero el ingreso de cada una de ellas se ha hecho simultáneamente al ingreso de cada uno de los registros. Esto explica que Lacan identifique la ex-sistencia con lo real, el agujero con lo simbólico y la consistencia con lo imaginario, de modo que es con lo real que ingresa la ex-sistencia, con lo simbólico el agujero y con lo imaginario la consistencia.

Al ser la concepción de la consistencia imaginaria tema de este trabajo, se hace conveniente tener en cuenta lo planteado por Freud acerca del término “concepción”. Dice Freud (1932/2011): “Trátase realmente de concepciones; esto es, de introducir las debidas representaciones abstractas, cuya aplicación a la materia prima de la observación haga nacer en ella orden y transparencia” (p. 3146). Esto reitera que el fundador del psicoanálisis tuvo una concepción de lo imaginario al diferenciar los objetos reales de los imaginarios, lo cual le permitió hacer nuevas observaciones en su práctica clínica, a partir de las cuales fue ordenando y formalizando su teoría. Muestra de ello es su teoría de la libido, construida a partir de las diferencias que observó entre el comportamiento de los parafrenicos y el de los neuróticos (histéricos y obsesivos).⁴

Como Freud, Lacan también introduce nuevas representaciones, algunas de las cuales se hallan resumidas en el estadio del espejo y en las figuras topológicas. Ellas nutren la concepción de la consistencia imaginaria.

Ahora bien, averiguar por el lugar de dicha consistencia en el nudo borromeo implica ubicar la correspondencia entre la imagen y los elementos que participan del anudamiento. Se hará

⁴ En el escrito *Introducción al narcisismo* (1914), Freud extracta una diferencia fundamental entre las parafrenias y las neurosis relativa a las dinámicas libidinales, se alude a ello en el capítulo 2.3.

entonces, a continuación, referencia al nudo borromeo, a partir del cual Lacan señala la participación singular de lo imaginario en la consistencia.

1.3. El nudo borromeo

Lacan alude a este nudo en la clase 5 del seminario de 1971-72, titulado ...*O peor*. Allí menciona inicialmente los emblemas de los borromeos, para referirse después al nudo borromeo como tal. Los primeros desarrollos que realiza a propósito de este nudo los hace partiendo de un nudo de tres redondeles, a través del cual explica la manera en que se articulan los registros real, simbólico e imaginario en el ser hablante. Después se refiere a un nudo borromeo de cuatro redondeles, donde el cuarto elemento sería lo que llamó *sinthome* (1975b, p.56).

El nudo al que se hará referencia en el transcurso de este trabajo será el nudo borromeo de tres redondeles.

El nombre de este nudo tiene una historia: finalizando el siglo XIV, Vitalino Borromeo, joven procedente de Padua, llegó a Milán, donde tiempo después entró a la corte del duque de esta ciudad. Allí obtuvo el título de conde de Arona. En el escudo de armas de la familia de Vitalino Borromeo aparecen tres anillos entrelazados, regalo de Francesco Sforza, como reconocimiento a la participación de la familia Borromeo en la defensa de Milán. Se piensa que el entrelazado representa a las familias Visconti, Sforza y Borromeo, que se unieron a través de matrimonios. Estos anillos son lo que hoy se conoce como los anillos de Borromeo, unos sencillos objetos entrelazados que han despertado la curiosidad de matemáticos, químicos y psicoanalistas, entre otros.

Sin embargo, la familia Borromeo no fue la primera en utilizar estos anillos como símbolos. Se conocen otras representaciones del siglo II d. C. en el arte budista y otra representación en forma de triángulo utilizada por los vikingos, llamada valknut, palabra que proviene del noruego antiguo, en el que valr significa guerrero difunto y knut nudo.



Figura 1.

*Escudo de armas de la familia Borromeo
hacia la mitad del siglo XV*



Figura 2.

*Detalle del grabado en una piedra
donde aparece el Valknut*

Fuente: “Los anillos de borromeo”. El artículo fue publicado el 26 de mayo de 2011. Recuperado el 10 de junio de 2015, de: <http://laaventuradelaciencia.blogspot.com/2011/05/los-anillos-de-borromeo.html>

Lo que hace especial al nudo borromeo es que en él los tres anillos no están enlazados dos a dos. Los tres permanecen unidos, pero si se corta uno solo la unión se desmorona y los tres

anillos se separan. En matemáticas, a esta propiedad se la conoce como brunniana, en honor al matemático Herman Brunn, quien fue el primero en hablar de ella.

Lacan plantea que el nudo borromeo es un soporte y a cada uno de los redondeles le da el nombre de un registro (Lacan, Seminario 22, clase 2 del 17 de diciembre de 1974, sin editar). Al usar el nudo se sirve de la topología, rama de las matemáticas que estudia las propiedades de los cuerpos geométricos que permanecen inalteradas aunque los cuerpos se transformen continuamente. La topología se interesa por conceptos como proximidad, número de agujeros, tipo de consistencia, entre otros.

En el anudamiento borromeo cada uno de los tres registros ocupa el lugar de mediación para los otros dos, de modo que la relación de un registro con otro se hace a través un tercero. Lo imaginario media entre lo simbólico y lo real, lo simbólico entre lo real y lo imaginario y lo real entre lo simbólico y lo imaginario. Si se corta cualquiera de los tres redondeles se sueltan todos. Esta es una consecuencia de su anudamiento borromeo: ninguno depende de otro exclusivamente, sino que cada uno depende del anudamiento de los tres.

En el anudamiento borromeo cada uno de los tres registros ocupa el lugar de mediación para los otros dos, de modo que la relación de un registro con otro se hace a través un tercero. Lo imaginario media entre lo simbólico y lo real, lo simbólico entre lo real y lo imaginario y lo real entre lo simbólico y lo imaginario. Si se corta cualquiera de los tres redondeles se sueltan todos. Esta es una consecuencia de su anudamiento borromeo: ninguno depende de otro exclusivamente, sino que cada uno depende del anudamiento de los tres.

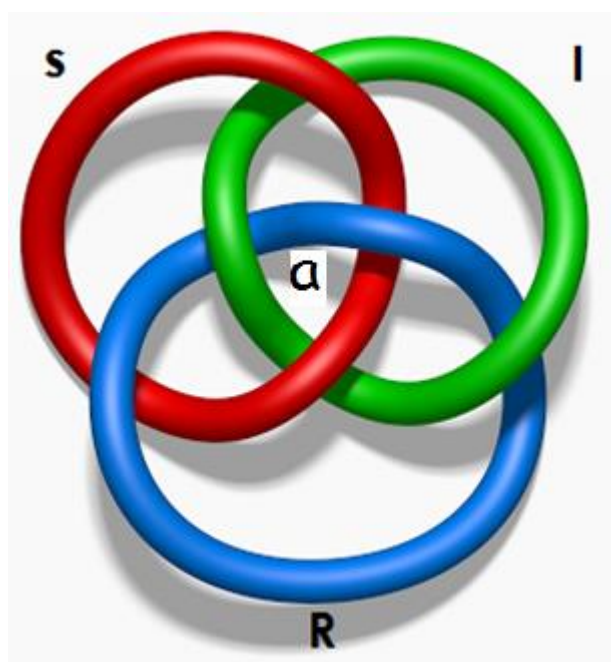


Figura 3

Nudo borromeo de tres redondeles

Fuente: “Los anillos de borromeo”. El artículo fue publicado el 26 de mayo de 2011.

Recuperado el 10 de junio de 2015 de: <http://laaventuradelaciencia.blogspot.com/2011/05/los-anillos-de-borromeo.html>

2. EL YO, LA PULSIÓN Y LA LIBIDO: LOS TRES CONCEPTOS FUNDAMENTALES QUE ESTRUCTURAN EL IMAGINARIO FREUDIANO

Si bien lo imaginario como registro es un concepto instalado por Lacan en el psicoanálisis, Freud lo había enunciado ya de diversas maneras que aquel primero supo leer.

Es así entonces que, basándose en la lectura de los textos freudianos, Lacan (1954), afirma: “El yo se inscribe en lo imaginario. Todo lo que es del yo se inscribe en las tensiones imaginarias, como el resto de las tensiones libidinales”(p.481). Y agrega luego que en el orden libidinal se inscriben tanto el yo como la totalidad de las pulsiones.

Teniendo en cuenta lo anterior, se decidió en la presente investigación seguir la orientación que da Lacan. Y, así, ir a la obra de Freud para indagar por los conceptos de “yo”, “pulsión” y “libido”, pretendiendo que estas elaboraciones faciliten el acceso a los planteamientos lacanianos acerca de lo imaginario y la consistencia.

Por el momento, se entiende que las tensiones libidinales son imaginarias. Y en estas tensiones se inscriben el yo y las pulsiones. Se verá entonces de qué manera las elaboraciones alrededor de los tres conceptos mencionados explican su inscripción en lo imaginario.

2.1. La reciprocidad amorosa entre el yo y el objeto: una consistencia imaginaria

Para que sea posible su relación con el objeto, el yo ha de constituirse. Dicha constitución será explicada inicialmente a través del esquema del aparato psíquico, al cual recurrió Freud en *La interpretación de los sueños*. Así que un sueño será el ingreso a esta articulación:

La niña de tres años y tres meses había hecho una primera travesía en bote sobre un lago y el tiempo pasó rápido para ella; tanto, que al llegar a tierra y tener que salir del bote lloró con amargura. La belleza del paisaje que había visitado provocó su sueño y a la mañana siguiente contó a su padre: “Esta noche he estado paseando por el lago” (Freud, 1900/2011, p.426).

De esta manera, el sueño se presenta como la realización de un deseo, satisfacción onírica cuyo origen fue una realidad vivida. En su conferencia “Lo simbólico, lo imaginario y lo real” (1953a), Lacan se refiere a la satisfacción imaginaria afirmando sobre ella que solo puede encontrarse en los registros sexuales.

Freud toma conceptos de la física para pensar el aparato anímico, entre ellos el de cantidad [Qn]. Su punto de partida es el planteamiento de que hay una clase de estímulos representados en cantidades que discurren por determinados grupos de neuronas, dependiendo la vida anímica de la regulación de tales cantidades. El sujeto buscará deshacerse de las cantidades, para lo cual es necesaria una acción específica proveniente del mundo exterior, ya que el organismo solo es incapaz de llevar a cabo tal acción.

Una vez percibe la acción específica, el organismo humano hace un movimiento reflejo que desencadena en la descarga, disminuyendo la tensión y produciendo la experiencia de

satisfacción. Dicha experiencia, que resulta placentera, produce un impulso psíquico tendiente a repetir la solución, impulso que se ha llamado deseo.

De otro lado, la acción específica colma la demanda y, al colmarla, aporta un objeto, medio de satisfacción. Es un objeto que no permanece, sino que se pierde. Lacan (1953a) le llama “objeto real”. Al ser un objeto perdido, no puede recurrirse a él cuando el sujeto pretende reencontrar la satisfacción. Sin embargo, ha quedado inscrito como una imagen sensorial; a esta primera imagen se le llama identidad de percepción, que opera como guía en la búsqueda de satisfacción. Desde allí se van desplegando imágenes sensoriales que se fijan en los diferentes sistemas de huellas mnémicas, según está esquematizado en la interpretación de los sueños (Freud, La interpretación de los sueños, 1900/2011, pág. 673).

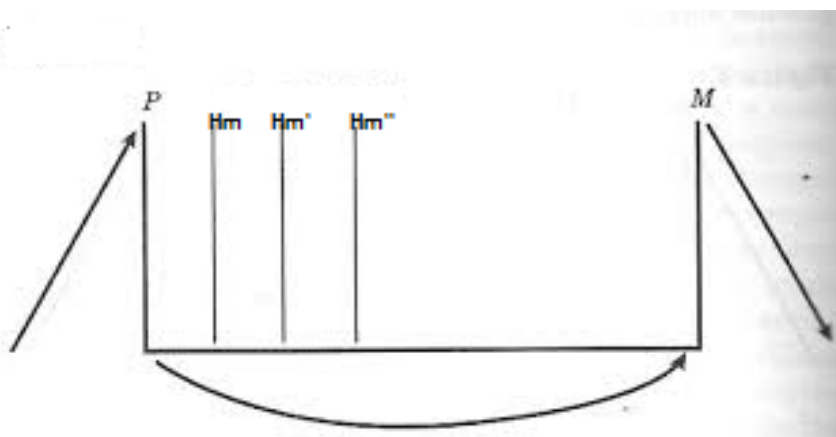


Figura 4

Aspecto del aparato psíquico

Fuente: Freud, La interpretación de los sueños. 1900/2011

Estas imágenes sensoriales inscritas en las huellas mnémicas y catectizadas, es decir, investidas de cantidad, funcionan como objetos a través de los cuales el sujeto busca la satisfacción.

En el artículo “Introducción del narcisismo”, Freud (1914/2011) utiliza la expresión “objetos imaginarios”. Dice así:

También el histérico y el neurótico obsesivo pierden su relación con la realidad, y, sin embargo, el análisis nos demuestra que no han roto su relación erótica con las personas y las cosas. La conservan en su fantasía; esto es, han sustituido los objetos reales por otros imaginarios, o los han mezclado con ellos. (p.218)

Por consiguiente, las satisfacciones así logradas no tendrán lugar con el objeto real de la primera satisfacción, sino con representaciones de este, con imágenes que le suplantán y que tienen la capacidad de movilizar el deseo; serán entonces satisfacciones imaginarias. Es este el caso de la niña, sustitución del viaje placentero por su correlato imaginario en la satisfacción onírica.

Acerca de esta dimensión imaginaria, Lacan (1953a) afirma: “Así, planteamos que un comportamiento puede volverse imaginario cuando su orientación hacia imágenes y su propio valor de imagen para otro sujeto, lo vuelven capaz de desplazarse fuera del ciclo que asegura la satisfacción de una necesidad natural” (p.24). Ejemplos de necesidades naturales son el hambre, la sed, la reproducción. De acuerdo con lo que plantea Lacan, las personas y las cosas que en algún momento operaron como objetos medios para la reproducción o el sostenimiento de la vida se erotizan y devienen así objetos propicios para la satisfacción imaginaria.

De estos objetos erotizados dan cuenta las huellas mnémicas inscritas en el aparato anímico. Ellas, libidinizadas, son las que devienen objetos imaginarios, los cuales tienen un carácter sexual porque a través de ellos se busca placer. Los lugares de su inscripción son los llamados registros sexuales. Así, para la niña, la experiencia vivida en el lago le dejó la pérdida de un objeto real, y de aquello rescató una imagen, la que cumplió una función de objeto y, una vez erotizada, le permitió la satisfacción imaginaria del deseo.

Ahora bien, el yo se constituye a partir de la manera inicial en que las huellas mnémicas se articulan. En el “Proyecto de una psicología para neurólogos” (1895), Freud propuso la existencia de dos sistemas de neuronas:

Ψ : las que dejan pasar cantidad, sin ofrecer resistencias. Son las encargadas de la percepción.

Φ : las que se resisten al paso de cantidad, pudiendo quedar modificadas después de cada excitación. Son las portadoras de la memoria.

A propósito, se evoca la experiencia de satisfacción, que produce una demanda repetitiva de solución, buscando recorrer nuevamente el surco ya marcado. Produce el estado desiderativo, que implica una atracción hacia la imagen del objeto medio de satisfacción.

Además de la experiencia de satisfacción, Freud había planteado la experiencia de dolor. Ambas inciden en el pasaje de cantidad en Φ ; en el caso del dolor, cantidades excesivas irrumpen a través de los dispositivos de ψ , a los que Freud (1895) llama “dispositivos de pantalla” (p.231).

Si la imagen del objeto hostil (el que generó dolor) es recatectizada por una percepción, surge un estado similar al del dolor, que implica displacer y una tendencia a la descarga. En el estado de dolor, la cantidad exterior que irrumpe eleva el nivel de ψ . Mas, cuando se reproduce la vivencia, la única cantidad que se agrega es la que catectiza el recuerdo, lo que no deriva en un aumento general de la cantidad, sino en un aumento específico, puesto que se centra en unas imágenes específicas. Inmediatamente el sujeto hará uso de una defensa para evitar el displacer que consiste en un esfuerzo para que la catexia abandone lo más rápidamente posible la imagen mnemónica hostil. A esta defensa también se la denomina “represión”.

El yo es la organización que evitará los pasajes de cantidad con el propósito de evitar el displacer. Freud (1895) ha enunciado el establecimiento de dicha organización del siguiente modo:

Con nuestra hipótesis de la atracción desiderativa y de la tendencia a la represión ya nos hemos referido de hecho a un estado de Φ no considerado todavía, pues estos dos procesos indican que en Φ se ha establecido una organización cuya presencia dificulta pasajes [de cantidad], que al ocurrir por primera vez se realizaron de una manera determinada [es decir, que fueron acompañados por satisfacción o por dolor]. Esta organización se denomina el yo (Freud, 1835, p. 233).

Se tiene entonces que los investimentos de cantidad se articulan constituyendo el yo. Lo hacen de tal modo que puedan dificultar el contacto con las facilitaciones que conciernen a episodios displacenteros, pero guiados por las imágenes que ha dejado la experiencia de satisfacción. Por tanto, las experiencias de satisfacción y dolor y las consecuentes atracción desiderativa y tendencia a la represión están en el origen del yo.

Hay un momento inicial para la constitución del yo, en el cual el sujeto diferencia lo interior de lo exterior. Lo interior sería el yo, en el que se presentan objetos correspondientes a las imágenes sensitivas o motrices, fijadas en las huellas mnémicas, o sea, los objetos imaginarios. Lo exterior sería el “no yo”, de donde provienen los objetos de la realidad. Es a este inicio al que Freud, en “Pulsiones y destinos de pulsión”, llama “Yo realidad”, la primera fase del yo. De tal modo, lo imaginario está presente en la teoría freudiana como cualidad. Son imaginarios los objetos que difieren de los de la realidad, pero que se han erigido a partir de estos, siendo el yo uno de esos objetos imaginarios.

Entonces, el yo realidad es una primera forma en que se organiza el yo y constituye el narcisismo primordial, efecto del desplazamiento de la libido a objetos que constituyen el yo y no a los objetos de la realidad. Este desplazamiento es lo que Freud llama “introversión de la libido” y es una capacidad propia de los sujetos neuróticos.

En 1914 (*Introducción al narcisismo*), Freud consideró que el yo era reservorio inicial de la libido, pero luego, en *El yo y el Ello* (1923/2011), afirma lo siguiente:

Al principio, toda la libido se halla acumulada en el Ello, mientras el yo es aún débil y está en período de formación. El ello emplea una parte de esta libido en cargas eróticas de objeto, después de lo cual el yo, robustecido ya, intenta apoderarse de esta libido del objeto e imponerse al Ello como objeto erótico [...] El narcisismo del yo es de este modo un narcisismo secundario sustraído de los objetos. (p.2720)

En un principio, la libido está contenida en el ello, de donde se desplaza para investir objetos que luego operan como imágenes de identificación para la constitución del yo. Una vez constituido, el yo opera como un objeto más, al cual inviste la libido proveniente del ello.

Lo que adviene con la fundación del yo es el establecimiento de un sí mismo, a lo cual se llama “narcisismo”. En este acontece la identificación con una imagen que se obtuvo de sí mismo a través del otro. De allí que se afirme que al hacer de su cuerpo una imagen, esto es, un objeto a través del cual puede obtener satisfacción, el niño está en una fase narcisista, orientada por el autoerotismo, puesto que es a través del cuerpo propio que se siente placer. Conviene aclarar una diferencia fundamental entre el autoerotismo y el narcisismo, consistente en que en el narcisismo se cuenta con el yo, no así en el autoerotismo.

Los objetos imaginarios con los que el niño va constituyendo el yo son elementos metonímicos de los objetos de la realidad, objetos medios de las primeras experiencias de satisfacción. Freud (1914/2011) lo ha planteado así: “Las personas a las que ha estado encomendada la alimentación, el cuidado y la protección del niño, son sus primeros objetos sexuales, o sea, en primer lugar la madre o sus subrogados” (p.2025).

De tal manera que la madre o sus sustitutos son objetos de los cuales el yo toma rasgos para ofrecerse al ello, intentando así compensarle la pérdida que ha experimentado. Al tomar rasgos de estos objetos, el yo resulta siendo un recipiente que alberga la historia de las elecciones de objeto (Freud, 1923).

Cuando la carga del yo sobrepasa cierta medida, la vida anímica se ve forzada a traspasar las fronteras del narcisismo e investir de libido objetos exteriores. Así, a la etapa narcisista le sigue una etapa objetal, que es introducida por la segunda fase del yo, nombrada “yo placer”. Esta fase es posterior a la diferenciación sujeto-objeto, en ella se discriminan los objetos: se acogen aquellos que representan fuentes de placer, se les introyecta, y se alejan los que son motivo de displacer, que se vuelven ajenos. De este modo se complejiza la organización del yo.

Esta fase del yo placer también es llamada económica y está relacionada con la distribución de cantidades, buscando que no haya aumento de ellas, puesto que todo aumento va en detrimento del placer, que está regido por un principio homeostático que busca liberar cantidades.

La tercera fase del yo es la polarización actividad-pasividad, también llamada polarización biológica. En esta, se considera pasiva la manera en que el yo se relaciona con el mundo exterior, ya que recibe estímulos de él, y activa cuando reacciona frente a los estímulos. En otras palabras, puede ser pasivo respecto a los estímulos exteriores y activo respecto a los estímulos endógenos. Su actividad consiste entonces en la respuesta motriz frente a los objetos que le proveen placer, objetos medios de satisfacción de sus pulsiones.

Es de notar que la cualidad de activo o pasivo es otorgada al yo según su manera de relacionarse con los estímulos. De un modo diferente sucede con las pulsiones, que siempre son activas.

A estas fases del yo Freud las llama polarizaciones del yo, y su conjunción constituye el yo total, cuyo contenido es la libido que ha ido a los objetos y vuelto al yo enriquecida con imágenes de estos. El yo ampliado, yo total, incluye entonces la polarización de realidad, la biológica y la económica. Él se relaciona con los objetos y a dicha relación son aplicables los conceptos de amor y odio.

De esta manera se le llama amor a la relación del yo con los objetos que le deparan placer, relación que deriva en la fijación de la libido a los objetos estrictamente sexuales y a aquellos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas.

Siendo el yo real la forma básica del yo, a través de la cual se evita el displacer al orientarse por las huellas de las experiencias placenteras, y teniendo en cuenta que la forma de este yo define nuevos objetos con los cuales se vinculará luego, puede concluirse que los vínculos amorosos están determinados de manera significativa por la estructura básica del yo, el yo real, y orientados por el autoerotismo.

Por tanto, la dimensión imaginaria del amor está en la relación que establece el yo con los objetos imaginarios, los cuales, si bien en un principio estaban vinculados con la conservación de la vida, adquieren una connotación sexual una vez estos objetos devienen fuentes de placer.

Estas polarizaciones del yo, que dominan la vida anímica, permiten comprender las antítesis del amor planteadas por Freud: “amor/indiferencia”, “amar/odiar” y “amar/ser amado”.

La primera de ellas, “amor/indiferencia”, puede observarse en la fase del yo realidad. Allí, el yo se ama a sí mismo, es autoerótico; se admite la presencia de los objetos del mundo exterior, pero ni se aman ni se odian, hay indiferencia respecto a ellos.

En la segunda antítesis, “amar/odiar”, el sujeto ha separado una parte de su propio yo proyectándola al mundo exterior, es una parte que provee displacer y que se percibe entonces como hostil a él. Para pensar la antítesis amar/odiar, conviene tener en cuenta que el odio, a diferencia del amor, no procede de la vida sexual. Es más antiguo, procede de la lucha del yo por conservarse y mantenerse, evitando el contacto con los objetos fuentes de displacer o que pueden privarlo de la satisfacción sexual. El odio está en la evitación que el yo narcisista primitivo hace del mundo exterior. Esta antítesis entre el yo y el odio será reproducida en la relación entre las pulsiones yoicas y las sexuales.

La tercera antítesis consiste en la transformación de amar en ser amado, tiene relación con la polarización actividad-pasividad. A propósito, puede hacerse referencia también a la situación característica del narcisismo: amarse a sí mismo. En el yo placer el mundo se divide en una parte placiente que se incorpora y otra que se percibe hostil y extraña y que luego es expulsada.

En las diferentes antítesis del yo se discriminan tres maneras en que el yo distribuye su libido y hace superficie, manteniendo juntos dos elementos (el yo y otro objeto) y admitiendo cierta correspondencia entre uno y otro, dando así lugar a la consistencia.

La relación entre el yo y el objeto también ha de estar presente en las etapas preliminares del amor por las que pasan las pulsiones sexuales, las cuales tienen un complicado desarrollo. La primera de estas etapas es de incorporación, es ambivalente, puesto que se reconoce el objeto, pero se pretende suprimir la separación entre el yo y el objeto.

Luego está la fase sádico-anal, en la que se aspira a dominar el objeto, a desembarazarse de él, sin importar su daño o destrucción. Freud plantea que en esta fase hay una incipiente diferenciación del odio como tal, pues este todavía no se ha constituido como afecto. La fase sádico-anal explica que el odio sea más antiguo que el amor, puesto que pone en evidencia la repulsa que el yo narcisista primitivo hace frente a los estímulos del mundo exterior, respecto a los que siente peligrar su integridad, y entonces intenta dominarlos vía el daño o la destrucción. Es solamente con el establecimiento de la organización genital que se constituye la antítesis amor-odio.

En este momento de la elaboración conviene acudir a aquella afirmación freudiana que dice que el yo se halla bajo la influencia de la percepción (1923). De tal forma que, si el yo percibe, su estructura podría ser concebida como una superficie, pero advierte el autor que no es solo

superficie, sino un ser corpóreo, lo cual implica que hay coherencia entre los elementos del yo, vale decir, que es una organización.

Al ser solo una parte modificada del ello, puesto que se ha constituido a partir de la libido proveniente de esta instancia, el yo también está sometido a la influencia de las pulsiones. Se asigna el yo a las pulsiones de conservación, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta que, desde el comienzo de su constitución, la organización yoica hace posible, modulándola, el discurrir de la cantidad. Entonces, en su intensión conservadora de ocuparse de que el nivel de cantidad no se eleve de modo tal que genere displacer, el yo realiza algunos rodeos que hacen más lejano el curso hacia la muerte, lo cual es consecuente con la conservación.

Sin embargo, después Freud no habla de las pulsiones yoicas, sino de una dimensión conservadora de las pulsiones. Y, respecto a las pulsiones, el yo sería uno de los primeros objetos que funcionaría como medio de satisfacción, lo cual explica que las imágenes que lo constituyen devengan puntos de referencia para las posteriores elecciones de objeto.

Freud se pregunta por el destino de la libido yoica en el adulto, por aquella libido que se invirtió en el narcisismo infantil. Y responde que, al entrar en contacto con principios éticos y representaciones culturales del sujeto, algunas mociones pulsionales son reprimidas. Esto es posible porque en el interior del yo se constituye un yo ideal con el cual es comparado el yo actual. Entonces, en la etapa adulta, el narcisismo infantil se sustituye por el yo.

A este yo ideal se desplaza el narcisismo y allí se deposita el amor del cual gozó el niño en la infancia, momento en el que el niño era su propio ideal. La idealización puede movilizar a la sublimación, pero no es su equivalente. En la primera se engrandece psíquicamente al objeto,

mientras que en la segunda el objeto pierde la connotación sexual. La sublimación es un destino de la pulsión y la idealización es algo que concierne al objeto (Freud, 1914).

El fundador del psicoanálisis plantea luego la existencia del superyó, instancia psíquica que se ocupa de la satisfacción narcisista del ideal del yo, midiéndolo continuamente con el yo. El ideal del yo se forma con la influencia crítica ejercida por los padres, educadores, profesores, etc. Freud afirma que tiene un componente social, ya que también es el ideal de una familia, de una clase o de una nación.

El desplazamiento de la libido al ideal del yo deja como consecuencia un empobrecimiento del yo y un distanciamiento respecto del narcisismo secundario. Paradójicamente, incluye un interés intenso por recobrarlo; el yo podría abastecerse nuevamente de libido mediante el cumplimiento del ideal.

La constitución del yo discrimina lo que está en el cuerpo como el adentro, lo que está por fuera del cuerpo como lo exterior. De esta constitución da cuenta el narcisismo, que Freud (1914) define así: “aquellos casos en los que el individuo toma como objeto sexual su propio cuerpo y lo contempla con agrado, lo acaricia y lo besa, hasta llegar a una completa satisfacción”. (p.2017)

Como se había mencionado ya, en el narcisismo el sujeto discrimina un objeto sexual, que es su propio cuerpo, a través del cual obtiene satisfacción. Está pues constituido por una relación imaginaria consigo mismo.

Las formas que adopta la libido para vincular al yo con los objetos, están discriminadas en las tres antítesis del yo. Esta vinculación se hace posible porque hay una correspondencia entre los elementos. En este punto, conviene evocar que en la consistencia, una de las propiedades puestas

en juego es la correspondencia, que para el caso, estaría en la relación imaginaria entre el yo y los objetos. Ahora bien, esta correspondencia hace superficie, evidencia de lo cual es el cuerpo, superficie corporal.

De este modo, el narcisismo sería la construcción imaginaria básica, la primera superficie sobre la cual se constituye el sujeto. El hecho de que Freud haya resaltado la conducta narcisista en los parafrénicos, quienes presentan dificultades para relacionarse con el mundo exterior, indica que la conducta narcisista privilegia una relación donde no está incluido un tercero, más esto no garantiza que se sostenga. Es la introversión de la libido, a través de la cual se ingresan objetos de la realidad a la dinámica psíquica, lo que da cierto sostén a esta relación, lo cual no es posible en las parafrenias al no ocurrir en ellas la introversión.

Ahora, en su esfuerzo por servir simultáneamente a todos los amos, el yo se divide, esto ocurre cuando se presenta un conflicto entre la exigencia pulsional y la prohibición por parte de la realidad. El sujeto entonces, responde de manera ambivalente, busca la satisfacción y al mismo tiempo reconoce el peligro del que es avisado. Escribe Freud (1938/2011):

“Hay que confesar que esta es una solución muy ingeniosa. Las dos partes en disputa reciben lo suyo: a la pulsión se le permite seguir con su satisfacción y a la realidad se le muestra el respeto debido. Pero todo esto ha de ser pagado de un modo u otro, y este éxito se logra a costa de un desgarrón del yo que nunca se cura, sino que se profundiza con el paso del tiempo”. (3375)

Es una solución en tanto se atiende al placer y a la realidad, paradójicamente, esta solución está constituida por un desgarrón incurable. Esto indica que el narcisismo es escindido. Escisión que perdura.

Así entonces, en un principio el yo se consideraba consistente por el hecho de ser superficie. Sin embargo, el orificio que se hace en él, le permite una relación con el mundo exterior, relación que supera al narcisismo sin prescindir de él y le da consistencia al sujeto, puesto que lo neurotiza, en tanto impide el desenlace de a-a' que puede ocurrir en una psicosis⁵. En consecuencia, ya no será un individuo extasiado en su imagen como Narciso, sino un sujeto que ha perdido la imagen que le extasiaba y lucha por recuperarla. En esta lucha entran en juego las pulsiones, tema del subcapítulo siguiente.

2.2. La imagen del objeto medio de satisfacción pulsional: una consistencia imaginaria

Si en el subcapítulo anterior se hicieron elaboraciones en torno a la instancia yoica como fundamental para la conservación de la vida, en este se indagará por el concepto de pulsión⁶. En dicho concepto ya no solo está en juego la conservación de la vida, sino la existencia de un sujeto que busca placer, para lo cual se sirve de objetos imaginarios, objetos medios de satisfacción de la pulsión.

En su construcción de la teoría pulsional, Freud (1915) escribió que inicialmente las ideas de una ciencia tienen algún grado de indeterminación y se intenta darles un significado acorde con lo ya observado. Así, él mismo buscaba darle sentido al término pulsión desde diversos lugares. También en este trabajo se pretende dar sentido, desde diversos lugares, a la noción de consistencia imaginaria, para lo cual se recurrirá al concepto de pulsión.

⁵ Se hacen algunas puntuaciones acerca de este desenlace en la mención del caso Aimée, subcapítulo 3.3.1.

⁶ Las referencias de la obra freudiana utilizadas para este trabajo han sido en su mayoría extraídas de una edición cuyo traductor es Luis López-Ballesteros y de Torres, quien traduce el término "Trieb" como "instinto". En los pasajes citados se ha reemplazado la palabra instinto por pulsión, dejando el resto de la cita idéntico a la traducción original. Se ha optado por ello al considerar que el término pulsión nombra con más precisión el concepto freudiano, diferenciándolo así del instinto animal.

El mismo autor, en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895/2011), se refirió a los estímulos provenientes del mundo exterior y a los estímulos endógenos, estos últimos procedentes del interior del organismo, son los que pretende pensar a través del concepto de pulsión. Posteriormente, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915/2011), plantea que el concepto de pulsión es básico e imprescindible para la psicología. Y, aun siendo imprescindible, puede ser modificado de modo que no sea contradictorio y devenga útil no solo en el ámbito psicoanalítico, sino también en otros más amplios.

En el mismo texto, el autor usa la palabra representante para definir el concepto de pulsión, palabra que se utilizaba en especial en el lenguaje jurídico y constitucional. Afirma:

...se nos muestra la pulsión como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático. (Freud, 1915/2011, p.2041)

Los estímulos corporales hacen una demanda de trabajo a lo anímico. A través de ella y del esfuerzo con el cual se le responde, se articulan lo corporal y lo anímico. Esta demanda está encarnada en la fuente de la pulsión.

Ya en sus *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud (1905/2011) había afirmado que la pulsión es “la agencia representante [*Repräsentanz*] psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir” (Freud, 1905/1979, p.153). Se concluye entonces que la pulsión no es el estímulo endógeno como tal: es algo que representa la fuente del estímulo, así como a los otros elementos que la componen. La expresión “agencia representante” le dará un acento especial al sentido de este concepto, ya que sugiere su dimensión simbólica.

El autor discrimina cuatro elementos de la pulsión, entre los que se encuentra el objeto, al que define así:

La cosa en la cual o por medio de la cual puede la pulsión alcanzar su satisfacción. Es lo más variable de la pulsión; no se halla enlazado a ella originariamente, sino subordinado a ella a consecuencia de su adecuación al logro de satisfacción. No es necesariamente algo exterior al sujeto, sino que puede ser una parte cualquiera de su propio cuerpo y es susceptible de ser sustituido indefinidamente por otro en el curso de los destinos de la vida de la pulsión. (Freud, 1915/2011, p. 2015)

Para la elección de los objetos son fundamentales las experiencias asociadas a los objetos que inicialmente apaciguaron la necesidad y proveyeron las primeras experiencias de satisfacción. El objeto es tan necesario para obtener la meta de la pulsión como cualquier otro elemento de esta. Sin embargo, a diferencia de los otros elementos, el objeto es sustituible por otro que sirva como medio para la obtención de la meta.

Este elemento de la pulsión tiene un lugar central en la dinámica pulsional, en la medida en que opera como medio. Es una imagen y, por ende, no es el mismo objeto real de la primera satisfacción. Es más: es una imagen de la imagen del objeto de la primera satisfacción. Y si se ha constituido como imagen es debido a que hay una relación de correspondencia con la imagen primera del objeto, una consistencia⁷. El objeto es un componente imaginario de la pulsión.

Lacan (1964) se refiere al aporte de consistencia que hace el objeto a la pulsión:

Se ve muy claro en la metáfora freudiana cómo encarna una estructura fundamental –algo que sale de un borde, que duplica su estructura cerrada, siguiendo un trayecto que retorna y cuya

⁷ Lacan, en una de sus referencias a la óptica, en el seminario 1, explica la conformación de la imagen, referente valioso para aprehender la constitución del objeto (Lacan, 1953b, p.24)

consistencia sólo puede asegurarla el objeto, el objeto como algo que debe ser contorneado.
(p.188)

En la pulsión sucede con el elemento objeto algo similar a lo que sucede con el registro imaginario en el nudo borromeo: aunque en el anudamiento borromeo sea imprescindible la participación de los tres redondeles para garantizar la consistencia del nudo, Lacan soporta esta cualidad en el redondel imaginario. Así, para que la pulsión sea tal, requiere de todos sus cuatro elementos, pero en determinado momento basta con el objeto para dar cuenta de la consistencia de toda ella, a condición de que esté articulado a los otros tres.

De este modo, si faltara algún elemento de la pulsión, por ejemplo el objeto, se afectaría toda su consistencia. Es como si a la fórmula química del agua se le sustrajera el oxígeno, con lo cual se desharía el enlace, quedando solo dos átomos de hidrógeno. Igual sucede con la consistencia de la pulsión, pues si se le sustrae uno de sus elementos, se desanuda, desapareciendo todo el montaje pulsional. Así entonces, la cualidad borromea de la pulsión, da cuenta de su consistencia.

Es preciso recordar que el objeto ha devenido como tal a partir de su inscripción en las huellas mnémicas, o sea, que es imagen de la imagen del objeto perdido. Y, en cuanto es imagen, tiene consistencia. Al ser contorneados, los objetos imaginarios operan como anclas de las se prende la libido, permitiéndole a la pulsión hacerse a una tensión necesaria en su dinámica.

El hecho de que la imagen del objeto medio de satisfacción participe de la consistencia de la pulsión permitiría considerar esta consistencia como imaginaria. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en el concepto de pulsión está la dimensión de representante, lo cual implica que en la

articulación de la pulsión, en su consistencia, también interviene algo de orden simbólico. Se hace mención del detalle, más no se profundizará sobre él⁸.

El objeto es investido con otro elemento de la pulsión llamado “empuje”, el cual corresponde a la exigencia de trabajo que la pulsión representa para lo psíquico. En las traducciones puede aparecer también como esfuerzo o perentoriedad, término este último que implica un carácter constante, distinto a las funciones biológicas. La perentoriedad también nombra la dimensión siempre activa de la pulsión, aunque pueda tener fines pasivos, por ejemplo ser mirado (posición pasiva del sujeto en la pulsión escopofílica).

Otro elemento de la pulsión es la fuente, que consiste en un proceso somático que se desarrolla en un órgano o en una parte del cuerpo, proceso regido por el autoerotismo, esto es, por la ganancia del placer de órgano. Las fuentes pulsionales son entonces zonas erógenas del cuerpo, partes que bordean orificios del mismo.

Lacan dibuja la pulsión con un trayecto que realiza una “reversión fundamental” tomando como referencia la fuente (Figura 5). Dicho de otro modo, el empuje emerge de la fuente, inviste a un objeto y vuelve a la fuente. La satisfacción se realiza al regreso, en la fuente, zona erógena.

⁸ Un texto útil para estudiar la pulsión en relación al orden simbólico es el Seminario 11 *Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis* (1964) de Lacan.

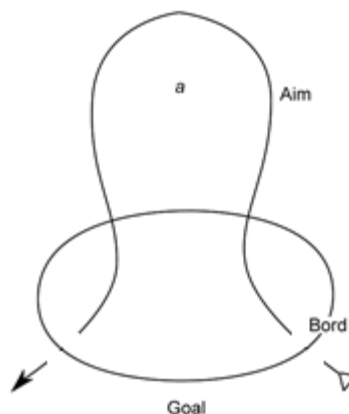


Figura 5

La reversión fundamental de la pulsión

Fuente: Lacan, (1964/2011, p.185)

Hay funciones psíquicas de las pulsiones atribuibles a la diversidad de las fuentes (Freud, 1908/2011). Así, la cualidad de la fuente incide en la función psíquica, esto es, en la manera en que se va constituyendo el yo. Un ejemplo de tales funciones psíquicas puede hallarse en la incidencia del erotismo anal en el carácter: existen personas para quienes la zona erógena anal pudo tener gran importancia en su infancia y, sin embargo, en la adultez dicha zona puede perder significación erótica, encontrándose acentuados rasgos tales como el orden, la economía y la tenacidad. La actitud frente al dinero es contraria al desprecio que se manifiesta en relación con las heces y puede ser un efecto de la represión; el orden y la tenacidad conciernen a la intensa atención que se le presta a algo, son formas sublimadas del interés que en otro momento de la vida despertaron las heces y la zona anal.

Un cuarto elemento de la pulsión es el fin, que consiste en la satisfacción obtenida al suprimir el estímulo. La meta de la pulsión se orienta por el autoerotismo, consistente entonces en el

placer de órgano, y no depende de la función reproductiva de la sexualidad, sino del circuito que se realiza en la pulsión misma y de su regreso a la zona erógena.

Anteriormente fue mencionada la presencia de estímulos exteriores e interiores. Respecto a los exteriores el único problema que se plantea es el de sustraerse a ellos, lo cual es posible mediante movimientos musculares. La pulsión se ubica del lado de los estímulos interiores, que nacen en el interior del cuerpo y frente a los cuales no es efectivo usar, con el fin de liberarse, el mismo mecanismo que en los exteriores, puesto que son una fuerza constante con relación a la cual no es posible la fuga.

Es oportuno señalar los tres caracteres principales que constituyen la esencia del estímulo endógeno: su origen en fuentes situadas al interior del organismo, su aparición como fuerza constante y la ineficiencia de la fuga para suprimirlo. Freud (1915/2011) se refiere al último carácter del siguiente modo:

Los estímulos pulsionales nacidos en el interior del cuerpo... plantean, pues, exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso, le inducen a complicadísimas actividades, íntimamente relacionadas entre sí, que modifican ampliamente el mundo exterior hasta hacerle ofrecer la satisfacción de la fuente de estímulo interna, y manteniendo una inevitable aportación continua de estímulos, le fuerzan a renunciar a su propósito ideal de conservarse alejado de ellos. Podemos, pues, concluir que las pulsiones y no los estímulos externos son los verdaderos motores de los progresos que han llevado a su actual desarrollo al sistema nervioso, tan inagotablemente capaz de rendimiento. (p.2041)

Como no es posible la fuga para deshacerse de los estímulos endógenos, el sistema nervioso comienza a generar mecanismos para arreglárselas con ellos, en lo cual participa el yo, organizándose de modo tal que pueda coexistir con los estímulos externos.

Conviene recordar que la estructura inicial del yo es la misma que la del sistema nervioso. Entre el yo y la pulsión hay una relación que se da a través del objeto, puesto que el yo se constituye por semejanza con los objetos libidinizados, lo que amplía la gama de objetos que pueden ser medios para obtener satisfacción.

A propósito del vínculo entre el yo y la pulsión, Lacan (1964), evocando a Freud, afirma:

Se trata siempre específicamente del campo freudiano, en la forma más indiferenciada que Freud le haya dado al comienzo, y que a esas alturas [...] es la del Ich, la del Real Ich. El Real Ich está concebido de forma tal que su soporte no es el organismo entero sino el sistema nervioso. Tiene un carácter de sujeto planificado, objetivado. Subrayo los caracteres de superficie de este campo tratándolo topológicamente y buscando mostrarles cómo el tomarlo como una superficie responde a todas las necesidades de su manejo. (p.171)

El sistema nervioso, como soporte del Real Ich, es una estructura topológica de redes neuronales que tienen como fin modular las cantidades que ingresan al aparato anímico —de allí la idea de superficie que se tiene de él. Siendo así, el Real Ich sería una superficie previa a la superficie del narcisismo.

De otro lado, Freud no solo encontró relación entre el yo y la pulsión, sino que además encontró un conflicto entre sus intereses, conflicto que estaría en el origen de las afecciones neuróticas. Discriminó entonces las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales. Las primeras se sustentan en un principio de conservación. Acerca de estos dos grupos de pulsiones, Freud (1915/2011) sostuvo:

Son muy numerosas, proceden de múltiples y diversas fuentes orgánicas, actúan al principio independientemente unas de otras y solo ulteriormente quedan reunidas en una síntesis más o

menos perfecta. El fin al que cada una de ellas tiende es la consecución del placer de órgano, y solo después de su síntesis entran al servicio de la procreación, con lo cual se evidencian entonces, generalmente, como pulsiones sexuales. En su primera aparición se apoyan ante todo en las pulsiones de conservación, de las cuales no se separan luego sino muy poco a poco, siguiendo también en la elección de objeto los caminos que las pulsiones del yo les marcan. Parte de ellas permanece asociada a través de toda la vida a las pulsiones del yo, aportándoles componentes libidinosos que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y solo se hacen claramente perceptibles en el comienzo de una enfermedad. Se caracterizan por la facilidad con la que se reemplazan unas a otras y por su capacidad de cambiar indefinidamente de objeto. Estas últimas cualidades las hacen aptas para funciones muy alejadas de sus primitivos actos finales (es decir, capaces de sublimación). (p.2044)

De acuerdo con lo anterior, no hay una sola pulsión, sino varias y numerables y, si bien inicialmente son independientes entre sí, luego constituyen una síntesis después de la cual pueden entrar al servicio de la procreación, mostrándose así como pulsiones sexuales. El número de pulsiones depende del número de fuentes. Es necesario aclarar que como concepto es solo uno, por lo que se habla entonces de “la pulsión” al aludir al concepto y de “las pulsiones”, advirtiendo de esta manera que son varias.

Inicialmente las pulsiones sexuales se apoyan en las pulsiones de conservación. Esto puede explicarse también a partir de la experiencia de satisfacción, la cual acontece justamente cuando se intenta calmar algo del orden de la necesidad de conservar la vida. Al perderse el objeto que fue medio para la satisfacción de la necesidad, otros objetos, que no pertenecen a la realidad, pasan a cumplir esta función. Entonces, la experiencia de satisfacción y la consecuente emergencia de objetos imaginarios instalan la sexualidad; ya el estímulo no está impulsado por algo del orden de la necesidad, sino por la búsqueda de un placer vivenciado anteriormente.

A diferencia de las pulsiones de conservación, las sexuales cuentan con una facilidad para la satisfacción: pueden cambiar indefinidamente de objeto, y esto implica que unas pulsiones puedan reemplazar a otras. Al investigar acerca de las pulsiones, Freud se enfoca sobremanera en las pulsiones sexuales. Sobre estas afirma que tienen componentes libidinosos y un desarrollo complicado que pasa por las diferentes etapas preliminares del amor, esto es, por diferentes relaciones del yo con el objeto.⁹

El planteamiento freudiano acerca del origen de las pulsiones facilita comprender el mecanismo de las pulsiones sexuales y de las pulsiones conservadoras (llamadas por Lacan falsas pulsiones), que el médico vienés (Freud, 1920/2011) describe así: “En una época indeterminada fueron despertados en la materia inanimada, por la actuación de fuerzas inimaginables, las cualidades de lo viviente. Quizá fue este el proceso que sirvió de modelo a aquel otro que después hizo surgir la conciencia en determinado estado de la materia inanimada” (p.2526).

En ese momento, al ser tan corta la vida, para la primera pulsión era corto el retorno a lo inanimado, era fácil morir. No obstante, durante mucho tiempo cedió a la sustancia viva y las influencias reguladoras exteriores se transformaron, obligándola a unas desviaciones del curso hacia la muerte cada vez más complejas, rodeos consecuentes con las pulsiones de conservación.

De esta manera, la naturaleza conservadora de las pulsiones solamente puede justificarse si se acepta el origen y el fin inanimado de la vida, ya que la tendencia conservadora actuaría en oposición a la tendencia a lo inanimado. Inicialmente se plantea que la primera tendencia

⁹ Las relaciones del yo con el objeto son descritas en el subcapítulo 2.1.

corresponde a las pulsiones de conservación y la segunda a las pulsiones sexuales. Sin embargo, ambas son constituyentes de todos los estímulos pulsionales.

Freud (1920/2011) describe así la labor de las pulsiones conservadoras:

Durante largo tiempo sucumbió fácilmente la sustancia viva, y fue creada incesantemente de nuevo hasta que las influencias reguladoras exteriores se transformaron de tal manera, que obligaron a la sustancia aun superviviente a desviaciones cada vez más considerables del primitivo curso vital y a rodeos cada vez más complicados hasta alcanzar el fin de la muerte. Estos rodeos hacia la muerte, fielmente conservados por las pulsiones conservadoras, constituirían hoy el cuadro de los fenómenos vitales. (p.2526)

Por consiguiente, no se trata solo de volver al estado inanimado, de morir, sino de postergar la muerte y, así, de morir de una manera particular. Si la meta vital es la muerte, entonces la pulsión sería un laberinto que le da una forma particular al recorrido que lleva a la meta.

En este último texto que se ha citado, Freud (1920/1979) explica la manera en que el principio de realidad releva al principio del placer, señalando una suerte de inhibición del placer que es considerada normal:

Sabemos que el principio del placer es propio de un modo de trabajo primario del aparato anímico, desde el comienzo mismo inutilizable, y aun peligroso en alto grado, para la autopreservación del organismo en medio de las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo de las pulsiones de autoconservación del yo, es relevado por el principio de realidad, que, sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer. (pp. 9-10)

Freud evoca la situación de algunos organismos vivos que evolucionan poco, como las células germinativas que conservan la estructura primitiva de la sustancia y se separan del organismo total llevando consigo todas las disposiciones pulsionales heredadas y adquiridas.

Así pues, de la tarea de conservar la estructura primitiva de la sustancia germinal se encargarían las pulsiones de conservación, y de facilitar el encuentro con otras células germinativas se encargarían las pulsiones sexuales, de modo que estas últimas serían las verdaderas pulsiones de vida.

Aunque el individuo puede considerar la sexualidad como uno de sus fines propios, él solo es un agregado al plasma germinativo. En biología, el plasma germinativo es una unidad de información hereditaria que permanece precintada, esto es, asegurada, intacta y libre de modificaciones. Para que el plasma germinativo perdure, requiere que se conserve la especie, puesto que es en los individuos de la especie donde habita. Y la reproducción, propósito de la sexualidad, apunta a conservar la especie.

Entonces el individuo pone sus fuerzas al servicio del plasma germinativo (que propende por la conservación) a cambio de una prima de placer, placer que concierne a la actividad de las pulsiones sexuales. Esto refleja la doble función del individuo: agregado del plasma germinativo por cuanto su acción va en función de continuar la especie, y fin en sí mismo por cuanto busca placer.

Freud advierte que la expresión “pulsiones del yo” es provisional. Primero diferenciaba las pulsiones como hambre y amor. Luego, el concepto de sexualidad dio pie para plantear la existencia de una pulsión sexual. Eran entonces pulsiones de conservación o yoicas y pulsiones sexuales. Del lado de estas últimas ubicó la libido sexual y la libido yoica, puesto que el yo, al

ser depósito de libido, devendría objeto sexual. Después Freud planteó la diferencia fundamental entre las pulsiones como algo acontecido entre pulsiones de muerte y pulsiones de vida, elementos que tienen una relación antitética. Así justifica la existencia de las pulsiones de muerte (Freud, 1920/2011):

El haber reconocido la tendencia dominante de la vida psíquica, y quizá también de la vida nerviosa, la aspiración a aminorar, mantener constante o hacer cesar la tensión de las excitaciones internas (el principio de nirvana, según la expresión de Bárbara Low), tal y como dicha aspiración se manifiesta en el principio del placer, es uno de los más importantes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte. (p.2536)

La tendencia a mantenerse libre de estímulos busca una disminución de la tensión, como el principio de inercia neuronal descrito por el mismo autor en su *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895/2011). Lo anterior le permite afirmar la existencia de la pulsión de muerte.

Finalmente, lo que ocurre es que la tendencia mortífera y la tendencia a la vida o amorosa son componentes de las pulsiones y dichos componentes no marcan la diferencia entre ellas, sino las fuentes de las mismas. De este modo, Freud habla de una etapa inicial en el desarrollo sexual en la que predomina lo oral, en una etapa posterior predominará lo anal y luego lo genital.

Un paso importante en la teoría de las pulsiones consiste en la extensión del concepto de sexualidad y el establecimiento del narcisismo, que se fundamenta en el funcionamiento de la pulsión escopofílica.

Referente para pensar la escopofilia es el par antitético contemplación-exhibición que tiene lugar en el destino pulsional llamado “transformación en lo contrario” e implica el cambio de la meta pulsional de la actividad a la pasividad. La maleabilidad en el destino pulsional implica

que quien alcanza la satisfacción vía la contemplación puede alcanzarla también vía la exhibición.

Freud plantea que la pulsión escopofílica tiene una fase preliminar en la que el placer visual tiene como objeto el propio cuerpo. Esta fase preliminar es una formación narcisista.

El esquema de la pulsión escopofílica es el siguiente:

- a) El sujeto contempla un órgano sexual propio – un órgano sexual es contemplado por el sujeto.
- b) El sujeto contempla un objeto ajeno (escopofilia activa). Abandona el narcisismo, para luego abandonar el objeto ajeno.
- c) El objeto contemplado puede ser el sujeto, o parte del sujeto, contemplado por una persona ajena (exhibicionismo), (Freud, 1915/2011, 2046).

El cambio de la pulsión de la actividad a la pasividad nunca se realiza en la totalidad de la pulsión. Esto quiere decir que si, por ejemplo, el giro es de activo a pasivo, bajo el sentido pasivo seguirá subsistiendo un reducto activo. Hay que tener en cuenta que todas las fases evolutivas de la pulsión existen simultáneamente en función de la satisfacción.

Por consiguiente, cuando se plantea que la pulsión de escopofilia es autoerótica, esto quiere decir que el objeto medio de satisfacción es una imagen del cuerpo propio. El objeto que se contempla es un órgano sexual, que después cambia por una parte –semejante– en el cuerpo de otra persona, lo cual significa que la elección del objeto medio de satisfacción está guiada por el autoerotismo.

Esta pulsión escopofílica es un referente importante para pensar el fundamento perceptivo del aparato psíquico, ya que ilustra la insistencia del remanente de la imagen percibida en la experiencia de satisfacción. También es un referente valioso de la función de la imagen, que suele vincularse de manera automática con lo visual. Sin embargo, las imágenes sensitivas son de diverso orden. Así, las zonas erógenas oral y genital también se orientan en la búsqueda de satisfacción por imágenes (objetos medios) que desde estas zonas han sido percibidas. Agrega Freud (1915/2011):

La única afirmación exacta sobre la pulsión de escopofilia sería la de que todas las fases evolutivas de la pulsión, tanto la fase preliminar autoerótica como la estructura final activa o pasiva, continúan existiendo conjuntamente, y esta afirmación se hace indiscutible cuando en lugar de los actos a que llevan las pulsiones tomamos como base de nuestro juicio el mecanismo de la satisfacción. (p.2047)

Lo que Freud menciona como “fases evolutivas de la pulsión” se ha desarrollado en el capítulo anterior bajo el nombre de “antítesis del amor”. Así como el yo ampliado incluye en sí mismo las tres fases del yo (yo realidad, yo placer y la polarización actividad-pasividad), la pulsión parcial incluye las tres antítesis del amor, que son amor/indiferencia, amar/odiar y amar/ser amado. La conjunción de las tres posibilita la satisfacción de la pulsión. Esto implica que, siendo el autoerotismo una fase de la pulsión, es algo que la constituye y está en juego no solo en el origen de su mecanismo, sino también en el fin de la satisfacción, la cual no sería posible sin el empuje equivalente a la energía libidinal, de la que se tratará en el siguiente subcapítulo.

2.3. La libido: la energía sexual pulsional y sus avatares

Tarea de la energía libidinal es posibilitar la satisfacción de la pulsión, para lo cual esta energía se desplaza. La libido no es sin las imágenes, puesto que su razón de ser es darle lugar a ciertas imágenes en la dinámica psíquica a partir de la investidura que hace de ellas.

Así, la constitución de los objetos medios de satisfacción de la pulsión se da gracias a que son libidinizados, y esta libidinización es posible porque los objetos propician no solo satisfacción, sino además experiencias placenteras. Una vez han posibilitado este tipo de experiencias, son investidos de libido y pasan a ocupar un lugar de preferencia en las elecciones del sujeto, operando luego como objetos imaginarios¹⁰.

La libido, con su naturaleza sexual, se constituye de manera simultánea en la emergencia de estos objetos imaginarios. Ella deriva de la acumulación de cantidad que el sistema neuronal aprende a tolerar para poder cumplir con las demandas de la acción específica. Conviene tener en cuenta que ella no es la cantidad endógena que tiende a cero, referida por Freud en su *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895/2011).

El autor mencionado presenta gran parte de la teoría de la libido en *Introducción al Narcisismo* (1914/2011), texto que se ve impelido a construir, interrumpiendo su análisis del caso Schreber, debido a que Jung afirma que la teoría de la libido ha fracasado. Freud considera que la afirmación de Jung es prematura y que ella misma no cuenta con bases bien fundamentadas. Luego de escribir *Introducción al narcisismo*, retoma el análisis del caso Schreber, prendido de manera decidida de la teoría de la libido, la cual surge de una hipótesis

¹⁰ Acerca de los objetos imaginarios se ha hecho referencia en el subcapítulo 2.1.

auxiliar que consistía en separar pulsiones del yo y pulsiones sexuales. Los efectos recíprocos de estas dos fuerzas le permitieron explicar procesos normales y patológicos.

Ahora bien, la distinción de las pulsiones deriva en la diferenciación entre libido yoica y objetal, dependiendo del lugar donde esta energía sea acumulada, ya sea en el yo o en otros objetos imaginarios. La diferencia que se establece entre libido yoica y libido objetal es fundamental para explicar los procesos neuróticos y psicóticos, y su revisión facilitará entender la divergencia entre los postulados de Freud y Jung.

Comenzando por Freud, este afirma que tanto neuróticos como psicóticos pierden su relación con la realidad. Sin embargo, los primeros conservan su relación erótica con las personas y las cosas, mas no así los psicóticos, quienes presentan falta de interés por el mundo exterior, delirio de grandeza, omnipotencia y sobreestimación de sus deseos, lo que da cuenta de la libidinización del yo. De allí que haya nombrado a la esquizofrenia “neurosis narcisista”. Dichos comportamientos pueden ser observados también en los niños y pueblos primitivos, hecho que le sugirió en determinado momento de su elaboración la existencia de una carga libidinosa primitiva del yo.

En su elaboración sobre la manera en que el psicótico y el neurótico intentan recuperar su relación con la realidad, se refiere a “la introversión de la libido” (Freud, 1914/2011):

También el histérico o el neurótico obsesivo pierden su relación con la realidad, y, sin embargo, el análisis nos demuestra que no han roto su relación erótica con las personas y las cosas. La conservan en su fantasía; esto es, han sustituido los objetos reales por otros imaginarios, o los han mezclado con ellos, y han renunciado a realizar los actos motores necesarios para la consecución de sus fines en tales objetos. Solo a este estado podemos denominar con propiedad ‘introversión’

de la libido, concepto usado indiscriminadamente por Jung. El parafrénico se conduce muy diferentemente. Parece haber retirado realmente su libido de las personas y las cosas del mundo exterior, sin haberlas sustituido por otras en su fantasía. Cuando en algún caso hallamos tal sustitución, es siempre de carácter secundario y corresponde a una tentativa de curación, que quiere volver a llevar la libido al objeto. (pp.2017-2018)

La introversión de la libido es un estado solo posible para los neuróticos, puesto que los psicóticos no hacen la sustitución de objetos reales por imaginarios. Los psicóticos, después de desprender la libido de los objetos de la realidad, intentan depositarla de nuevo en los mismos objetos, puesto que no cuentan con otros hacia dónde desplazarla.

Una diferencia fundamental entre Jung y Freud consistía en que el primero consideraba la libido como un interés psíquico en general, lo cual le impedía aceptar el postulado freudiano que tenía como fundamento la separación de la libido en dos clases. Acerca de estas proposiciones jungianas, Freud (1914/2011) describe la siguiente situación:

En su inmediato trabajo importante se aproxima mucho Jung a la solución indicada por mí largo tiempo antes: “De todos modos, hay que tener en cuenta –como ya lo hace Freud en el caso Schreber– que la introversión de la libido sexual conduce a una carga libidinosa del yo, la cual produce probablemente la pérdida del contacto con la realidad. La posibilidad de explicar de esta forma el apartamiento de la realidad resulta harto tentadora”. Pero contra lo que era de esperar después de esta declaración, Jung no vuelve a ocuparse grandemente de tal posibilidad, y pocas páginas después la excluye observando que de tal condición “surgirá quizá la psicología de un anacoreta ascético, pero no una demencia precoz”. La inconsistencia de este argumento queda demostrada con indicar que tal anacoreta, “empeñado en extinguir toda huella de interés sexual” (pero sexual solo en el sentido vulgar de la palabra), no tendría por qué presentar siquiera una localización anormal de la libido. Puede mantener totalmente apartado de los humanos su interés

sexual y haberlo sublimado, convirtiéndolo en un intenso interés hacia lo divino, lo natural o lo animal, sin haber sucumbido a una introversión de la libido sobre sus fantasías o a una vuelta de la misma al propio yo. A nuestro juicio, Jung olvida por completo en esta comparación la posibilidad de distinguir un interés emanado de fuentes eróticas y otro de distinta procedencia. (p.2021)

El fundador del psicoanálisis critica la manera en que Jung se refiere a lo sexual y advierte que el hecho de que no sea evidente el vínculo entre el objeto de interés del sujeto y la sexualidad no quiere decir que este objeto no sea sexual. Se reitera lo dicho páginas atrás: si es un objeto a través del cual el sujeto busca placer, entonces es sexual. El caso del anacoreta no es necesariamente ejemplo de la colocación de la libido en el yo, puesto que este sujeto bien podría estar sublimando sus deseos sexuales, lo que implicaría una colocación de la libido en objetos imaginarios diferentes al yo. Freud está en desacuerdo con la posición de Jung, quien no concibe la separación de la libido y desconoce la posibilidad de la sublimación.

Freud había planteado el supuesto de una colocación inicial de la libido en el yo, desde donde se desplazaría para investir los objetos. La oposición entre las dos clases de libido se debe al hecho de que si hay más cantidad en el yo, hay menos en los objetos y viceversa (Freud, 1914/2011). Oposición esta que Jung interpretó como equivalencia, advirtiendo la capacidad de esta energía para estar en el yo o en el objeto.

Después, Freud (1923/2011) planteó que la ubicación de la libido en el yo sería una operación secundaria, puesto que inicialmente ella estaría acumulada toda en el ello, de modo que se hablaría de un narcisismo secundario correspondiente a la ubicación de la libido en el yo.

Debe aclararse que en las elaboraciones a realizar en este subcapítulo se tomará como base la colocación inicial de la libido en el yo, ya que estas proposiciones conservan vigencia aún en 1923, fecha de publicación de *El yo y el ello*.

Freud diferencia la neurosis y la psicosis a partir de la manera en que, en cada una de estas estructuras, se responde ante la pérdida de la realidad. Plantea que en la neurosis se evita un trozo de la realidad, mientras en la psicosis es elaborado y transformado (Freud, 1924/2011, p. 2746). Argumenta el autor que el neurótico intenta evitar el contacto con la realidad, recurriendo a las fantasías (huellas mnémicas dejadas por la experiencia de satisfacción), con las cuales construye explicaciones consecuentes con sus maneras singulares de buscar la satisfacción.

A diferencia de lo que sucede en la neurosis, en la estructura psicótica hay unas cristalizaciones psíquicas, huellas del contacto con la realidad. Esto sugiere que no ocurrió desplazamiento de la libido desde un sistema cercano a la percepción hacia otro sistema de huellas mnémicas (Ver figura 4). Cuando, en su intento de construir una nueva realidad, el psicótico recurre a aquellas cristalizaciones psíquicas, emergen elementos de la realidad a manera de alucinación, percepción de la realidad no tramitada a través de objetos imaginarios.

Aquella realidad que el psicótico ha rechazado se le impone continuamente a su vida anímica a través de la alucinación. El delirio sería el intento de construir una nueva realidad, función que cumple la fantasía en el neurótico. En el caso del psicótico, la sustitución de la realidad por la fantasía se realizaría a través de las cristalizaciones psíquicas.

Ahora bien, tanto en la neurosis como en la psicosis la búsqueda de satisfacción implica un proceso regresivo, es decir, un desplazamiento de la libido desde las huellas mnémicas hacia el sistema de la percepción. Este proceso es secundario a la retracción de la libido, la cual consiste

en el retiro de la libido del lugar donde se hallaba depositada originalmente. Sobre este proceso escribe Freud (1910/2011):

Una inmediata reflexión nos dice que la retracción de la libido no puede ser exclusiva de la paranoia ni tener siempre, donde quiera que se desarrolle, mecanismo esencial y regular de toda represión; pero nada sabremos sobre este punto en tanto no hallamos sometido a una reflexión análoga las demás afecciones en que la represión interviene. Lo indudable es que en la vida anímica normal (y no solo en la melancolía) llevamos continuamente a cabo tales procesos, en los que la libido es retirada de personas o cosas sin que por ello enfermemos. Cuando Fausto se desliga del mundo, maldiciéndolo, no resulta de ello una paranoia u otra neurosis, sino un estado psíquico especial. En consecuencia, la retracción de la libido no puede constituir por sí sola el elemento patógeno en la paranoia, debiendo existir un carácter especial que diferencie la retracción paranoica de la libido de otras modalidades del mismo proceso. No es difícil suponer cuál pueda ser tal carácter ¿Cuál es el empleo que recibe luego la libido retraída? Normalmente buscamos en el acto una sustitución de la adherencia suprimida, y hasta lograr tal sustitución conservamos la libido retraída flotando en la psique, en la que produce tensiones e influye sobre el estado de ánimo. (p.1523)

Se parte de afirmar que la retracción de la libido es un proceso que acontece tanto en la neurosis como en la psicosis. Dicha retracción no tiene necesariamente consecuencias patológicas, pero sí genera un estado psíquico particular. En la paranoia se invierte en el yo, lo que explica que los paranoicos manifiesten delirio de grandeza, sobreestimación de sus deseos, entre otros estados. En la melancolía esta retracción se evidencia en el desinterés del sujeto por el mundo exterior. En la histeria, mientras la libido no esté ligada, permanece flotante y se manifiesta como inervaciones somáticas o angustia.

El estado narcisista implica tomar al propio cuerpo como objeto amoroso, lo cual puede derivar en una tendencia homosexual. Una característica de la paranoia es el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo, situación que se hace evidente en el caso del presidente Schreber. Freud explica que en el presidente la enfermedad fue motivada por un avance de la libido homosexual, que en principio se orientó hacia el Dr. Flechsig (su médico), y fue la resistencia contra este impulso lo que desencadenó la enfermedad en Schreber (Freud, 1910/2011, p.1505).

Se han enunciado algunos asuntos a propósito de la libido yoica en el psicótico, pero Freud también se pregunta por el destino de la libido yoica en el adulto neurótico y responde que, al entrar en contacto con principios éticos y representaciones culturales del sujeto, algunas mociones pulsionales son reprimidas. Esto es posible porque en el interior del yo se constituye un yo ideal con el cual es comparado el yo actual. La formación del ideal es condición para la represión, ya que representa exigencias y designios que censuran la satisfacción. Empero, el sujeto insiste en la búsqueda de satisfacción, por lo cual reprime, manteniendo alejado de la conciencia el representante de la moción pulsional, lo cual implica un desplazamiento de la libido hacia otros objetos.

Recuérdese que la represión es uno de los destinos de las pulsiones que consiste en oponer resistencia para quitar eficacia a la pulsión, manteniendo alejados de la conciencia determinados elementos que son alojados en el inconsciente. Al ser imposible fugarse del estímulo pulsional, la represión opera como una defensa contra él y se pone en función cuando la satisfacción del estímulo es inconciliable con otros principios, por ejemplo con el ideal del yo. En este sentido, ha escrito Freud (1915/2011): "...será condición indispensable para la represión el que la fuerza

motivacional de displacer adquiera un poder superior a la del placer producido por la satisfacción” (2054).

La libido, entonces, entra en juego en el proceso de la represión, puesto que lo que se reprime son imágenes de la imagen del objeto medio de satisfacción pulsional.

La primera fase de la represión se llama “represión primitiva”; en ella se impide el acceso a la conciencia de la representación pulsional y tiene un primer efecto, que consiste en producir la fijación de la representación a la pulsión.

La segunda fase de la represión, llamada “represión propiamente dicha”, se realiza sobre las ramificaciones de la represión reprimida en el origen o sobre una serie de ideas que han entrado en contacto con esta representación. En la represión se trata tanto de una repulsa que se hace desde lo consciente, como de una atracción que lo primitivamente reprimido ejerce sobre sus ramificaciones y las ideas con las que se ha asociado.

La pulsión inviste de libido una idea o un grupo de ideas. Esta investidura libidinal, como se mencionó en el subcapítulo anterior, corresponde al elemento empuje de la pulsión.¹¹

Por lo tanto, se invierte energía para mantener alejado de la conciencia el objeto investido que ha operado como medio de satisfacción de la pulsión. Freud explica que la pulsión está representada por una idea y por un montante de afecto. Después de operar la represión, es uno el destino para la idea y otro para el montante (Freud, 1915/2011). De este modo, el destino de la idea que representa la pulsión sería estar alejado de la conciencia. Por su parte, el montante de afecto de la representación pulsional tiene tres caminos posibles:

¹¹ Se describe este elemento de la pulsión en el subcapítulo 2.2.

- a) La pulsión puede quedar totalmente reprimida sin dejar ninguna señal.
- b) Puede aparecer bajo la forma de un afecto.
- c) Puede ser transformada en angustia.

Las dos últimas posibilidades permiten considerar la transformación de la libido pulsional en afecto y de manera especial en angustia; sería este afecto un nuevo destino pulsional. Teniendo en cuenta que la razón de ser de la represión es evitar el displacer, puede concebirse que es mucho más importante el destino del monto de afecto (ya que de este depende el displacer) que el destino de la idea.

Como la represión finalmente no puede evitar sensaciones displacenteras, se dice de ella que ha fracasado, aunque haya alcanzado mantener la idea alejada de la conciencia. De tal fracaso dan cuenta las formaciones sustitutivas y los síntomas, puesto que son signos del retorno de lo reprimido no producidos por la represión, sino por el fracaso de esta (Freud, 1915/2011). Dicho fracaso se hace manifiesto a través de las nuevas colocaciones de la libido, la cual estaba depositada en el representante pulsional reprimido. Ejemplos de imágenes libidinizadas son el sueño y el síntoma, retornos de lo reprimido que emergen a la conciencia.

Entonces, en la neurosis, a causa de la represión, la carga inicial del objeto queda conservada en el sistema inconsciente. Y, en la esquizofrenia, aquella libido sustraída del objeto no es dirigida al sistema inconsciente, sino al yo. Así entonces se reconstituye el estado narcisista. Sobre esto ha comentado Freud (1915/2011):

La incapacidad de transferencia de estos pacientes, en la medida que se extiende el proceso patológico, su consiguiente inaccesibilidad terapéutica, su singular repulsa del mundo exterior, la aparición de indicios de una sobrecarga del propio yo y como final, la más completa apatía, todos estos caracteres clínicos parecen corresponder a maravilla a nuestra hipótesis de la cesación de la

carga de objeto. Por lo que respecta a la relación con los dos sistemas psíquicos han comprobado todos los investigadores que muchos de aquellos elementos que en las neurosis de transferencia nos vemos obligados a buscar en lo inconsciente por medio del psicoanálisis, son conscientemente exteriorizados en la esquizofrenia. (p.2078)

El no cargarse objetos diferentes al yo indica pues que no se ha dirigido carga al sistema inconsciente (no hay introversión de la libido). Esto redundaría en dificultades para hacer lazo social, también para establecer transferencia. Además se vela o no existe la relación entre consciente e inconsciente, porque no se identifican objetos libidinizados en el sistema inconsciente.

Freud advierte que en la esquizofrenia hay un uso particular del lenguaje que hace evidente la relación entre el elemento que sustituye lo reprimido y lo reprimido mismo.¹² Afirma que la frase esquizofrénica se constituye en un lenguaje de órgano y el enfermo identifica la relación entre lo que le acontece en el cuerpo y lo que dice.

Así, el autor distingue dos elementos constituyentes de la imagen consciente del objeto: la imagen verbal y la imagen de la cosa.

Estas presentaciones no son inscripciones del mismo contenido en sistemas diferentes, como tampoco estados funcionales de la carga en el mismo lugar. Son entonces presentaciones de contenido diferente en diferentes sistemas. La presentación consciente del objeto integra la imagen verbal y la imagen de la cosa, en tanto que la presentación inconsciente solo incluye la imagen de la cosa. En la psicosis estaría solamente la presentación consciente, integración de la imagen verbal y la cosa.

¹² En el capítulo 7 de *Lo inconsciente*, Freud ilustra esta situación con varios ejemplos (Freud, 1915/2011).

Freud (1915/2011), refiere algunas observaciones puestas a su disposición por el Doctor V. Tausk, de Viena. En una de ellas, se trata de una mujer con esquizofrenia:

“Está de pie en la iglesia. De repente siente, de pronto, un impulso a cambiar de posición, como si alguien la colocara en una posición, como si ella fuese puesta en cierta posición”.

A continuación de esta frase desarrolla la paciente un análisis por medio de una serie de reproches contra el novio: “Es muy ordinario y la ha hecho ordinaria a ella, que es de familia fina. La ha hecho igual a él, haciéndole creer que él le era superior; y ahora ha llegado a ser ella como él, porque creía que llegaría a ser mejor si conseguía igualarse a él. Él se ha colocado en una posición que no le correspondía, y ella es ahora como él (por identificación), pues él la ha colocado en una posición que no le corresponde”.

El movimiento de “posición”, observa Tausk, es una representación de la palabra “fingir” (sichstellen = colocarse; verstellen = fingir) y de la identificación con el novio. Hemos de hacer resaltar aquí nuevamente que la serie entera de pensamientos está dominada por aquel elemento del proceso mental, cuyo contenido es una inervación somática (o, más bien, su sensación). Además, una histérica... habría realizado el movimiento indicado, en lugar de sentir el impulso a realizarlo o la sensación de llevarlo a cabo, y sin poseer... pensamiento consciente alguno enlazado con el movimiento ejecutado ni de ser capaz de exteriorizar después ninguno de tales pensamientos. (p.2079)

Esta observación da cuenta del lenguaje hipocondríaco o de órgano. Señala asimismo Freud que en la esquizofrenia las palabras quedan sometidas al proceso psíquico primario, vale decir, se tratan como imágenes, que entonces se pueden condensar y pasar carga una a la otra a través del desplazamiento.

Con la enferma del ejemplo no es posible dialectizar el sentido de lo que dice, poniendo de relieve las contradicciones y eliminándolas, ya que en ella hay una correspondencia estrecha entre la palabra y el organismo; tanta, que se le vuelve un imperativo su decir a propósito de que su novio la ha colocado en una posición que no le corresponde. La palabra y el organismo están juntas, son una misma cosa, entre ellas hay consistencia.

El sentido que la joven le da a “estar en una posición que no le corresponde” no tiene un valor socializado ni sirve de referencia para un comportamiento colectivo. No cumple por tanto con el postulado de Lacan (1956, pp.139-140), quien afirma que a la relación imaginaria es necesario que se superponga el orden simbólico.

Lacan plantea el desencadenamiento de una psicosis como una colisión y estallido donde predomina el delirio, como un círculo cerrado donde domina lo imaginario, sin que este registro se relacione con los otros, como sucedería en el anudamiento borromeo.

Freud tiene en cuenta que tanto en la neurosis como en la esquizofrenia hay una sustracción de la carga consciente. En la esquizofrenia el yo realiza una tentativa de fuga más completa que la que se da en las neurosis de transferencia, lo que se evidencia en la sobreinvestidura de las palabras; por lo demás, el lugar privilegiado que ocupan las palabras en la esquizofrenia sugiere que se ha sorteado la represión. Sin embargo, conviene saber que estas palabras no necesariamente están vinculadas con la representación cosa y solo son una tentativa de curación, como lo es el delirio en la paranoia (Freud, 1915/2011, p. 2182). Lo que está en juego en la neurosis y en la psicosis son unos mecanismos diferentes que determinan la distribución de la libido. En la psicosis no se reprime, sino que solo alcanza a realizarse la retracción.

A propósito de la retracción, se evoca a Schreber, quien desprecia el mundo exterior, afirmando que es un mundo habitado por hombres hechos a la ligera y enalteciendo su yo. En él no hay represión, como tampoco sublimación, ya que la imposibilidad de desplazar su libido a otros objetos hace que no puedan llevarse a cabo estos mecanismos, para lo cual sería necesaria la intervención de lo simbólico. Freud (1910/2011) lo ha planteado así:

Considerando las artificiosas construcciones que el delirio de Schreber edifica en el terreno religioso (la jerarquía de Dios, las almas purificadas, las antecámaras del cielo, el Dios inferior y el superior), podemos estimar qué riqueza de sublimación quedó destruida por la catástrofe de la retracción general de la libido. (p.1524)

Freud llama la atención sobre la minuciosa elaboración del delirio de Schreber, siendo ella muestra de su capacidad para crear y establecer relaciones. Capacidad que, debido a su estructura, no pudo ser aprovechada para el mecanismo sublimatorio. La riqueza de sus elaboraciones da cuenta de la gran cantidad de libido retraída.

Conviene revisar el papel que cumple la libido en el destino pulsional de la sublimación: en el ejemplo que refiere Jung del anacoreta ascético, Freud aclara que este anacoreta pudo retirar el interés sexual de los humanos, pero haberlo sublimado, puesto que en la sublimación la libido puede volcarse hacia elementos diferentes a la fantasía o al propio yo.

Es procedente aclarar que la sublimación suele confundirse con la formación del ideal del yo, ya que en ambos procesos se aprecia lo valorado socialmente. Sin embargo, son diferentes, aunque en la sublimación hay un reconocimiento de la ley, no se cede a ella a costa de sucumbir a la represión (como en la formación del ideal del yo). En la sublimación, con frecuencia se cambia el objeto medio de satisfacción, conservándose así viva la posibilidad de obtener la meta.

A propósito, Lacan (1959/2009) plantea que el mecanismo de la sublimación no solo debe buscarse en el aval que la sociedad dé, sino en una función imaginaria, “muy especialmente aquella para la cual nos servirá la simbolización del fantasma ($\$ \diamond a$), que es la forma en la que se apoya el deseo del sujeto. (p.123)

Los límites en el desarrollo de este trabajo excluyen la posibilidad de ingresar el concepto del deseo como lugar de apoyo de la fórmula del fantasma. Aun así, se tiene en cuenta que dicha fórmula representa la relación establecida entre el sujeto y el objeto perdido, relación que se intenta restablecer a través de las imágenes del objeto, de la libidinización. La libido participa entonces tanto en la represión como en la sublimación, con la diferencia de que en la última, luego de la intervención de lo simbólico, el montante de afecto conserva el vínculo con la representación cosa y esto le ofrece posibilidades diferentes para la satisfacción, con lo cual marca diferencia en sus avatares respecto a los que podría depararle la represión.

Hasta aquí se ha trabajado alrededor de elementos freudianos identificados como constituyentes de la concepción de lo imaginario y que también son referencias para pensar la consistencia.

3. PUNTUACIONES SOBRE EL REGISTRO IMAGINARIO EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

Se ha señalado previamente que lo imaginario estuvo presente desde los primeros trabajos psicoanalíticos de Lacan, en su presentación del Congreso de Marienbadh (1936), en su escrito *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949), también en sus primeros seminarios. Para comenzar, se tendrán en cuenta algunos presupuestos de Lacan y de Freud, acerca de la fantasía y el falo; tomando luego otros elementos: la libido, la unidad y la fragmentación, como orientadores para elaborar acerca del registro imaginario y su cualidad consistente.

3.1. El componente imaginario de la fantasía y del falo

Elementos concernientes a lo imaginario en Freud y en Lacan son la fantasía y el falo. Sin embargo, ambas formaciones no serían posibles sin la participación de lo simbólico como registro que fija una imagen y que permite su operatividad. A esta conjunción entre lo simbólico y lo imaginario se alude de diferentes maneras en el presente trabajo¹³. Ahora, considerar algunos elementos planteados por Freud acerca de la fantasía permite ingresar la noción de falo como significante y su función en la articulación de los tres registros.

¹³ El efecto de lo simbólico sobre lo imaginario es explicado a partir del caso Dick, subcapítulo 3.2.1. y representado a partir del nudo borromeo, figura 17; de allí el efecto de agujero que lo simbólico logra sobre lo real, a condición de apoyarse en el registro imaginario.

Se trae a colación nuevamente, que algunas de las formas en que se manifiestan los objetos inscritos en el registro imaginario son los sueños y las fantasías¹⁴. Ellas son realizaciones de un deseo reprimido en la vida de vigilia. En su escrito *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, Freud se refiere a lo que permite la formación de las fantasías y a la función que ellas cumplen en el psiquismo. Plantea como origen de la fantasía el autoerotismo del sujeto, representado por el acto de la masturbación, con el cual se obtiene satisfacción sexual. De allí que el neurótico pretenda conservar sus fantasías tal y como conserva un bien. Acerca de esto escribe Freud (1908/2011):

Estas fantasías son satisfacciones de deseo, nacidos de una privación y un anhelo y llevan con razón el nombre de “sueños diurnos”, pues nos proporcionan la clase de sueños nocturnos en los cuales el nódulo de la producción del sueño aparece constituido, precisamente, por tales fantasías diurnas, complicadas, deformadas y malinterpretadas por la instancia psíquica consciente.

Estos sueños diurnos interesan vivamente al sujeto, que los cultiva con todo cariño y los encierra en el más pudoroso secreto, como si contasen entre los más íntimos bienes de su personalidad.
(p.1349)

La fantasía nace de una privación. Es una construcción imaginaria constituida, entonces, a partir de la imagen del objeto real perdido, mecanismo al que recurre el sujeto buscando repetir una satisfacción experimentada previamente. Ella condensa una especie de fórmula hallada por el sujeto para obtener satisfacción sexual. Freud también explica que las fantasías reproducen el nódulo del sueño. Ambas formaciones, fantasías y sueño, como hojas de una misma planta, tienen la capacidad de indicar toda la estructura de la neurosis (Miller, 2005).

¹⁴ Asunto que se desarrolla brevemente en el capítulo 2.1.

La fantasía es consecuente con el autoerotismo, como un mecanismo primario para obtener satisfacción sexual. Acerca de esto Freud (1908/2011) señala:

Su contenido puede entonces haber permanecido invariado o, por lo contrario, haber sufrido alteración, en cuyo caso la fantasía inconsciente integra una importantísima relación con la vida sexual del individuo, pues es idéntica a la que él mismo empleó como base de la satisfacción sexual, en un período de la masturbación. El acto masturbador (o en su más amplio sentido, onanista), se dividía por entonces en dos partes: la evocación de la fantasía, y, llegada a su punto culminante, los manejos activos conducentes a la satisfacción sexual. Esta composición es más bien, como ya sabemos, una soldadura. (p. 1350)

En consecuencia, este autor plantea la fantasía como una composición, podría decirse una articulación entre un propósito esencialmente autoerótico y un objeto elegido bajo la incidencia del principio de realidad. Y, en el intento de lograr un asiento en la realidad, interviene la instancia yoica. De este modo, la fantasía tiene una estructura consecuente con lo que llama “yo realidad”, primera forma en que se organiza el yo y constituyente del narcisismo primordial. Así como en esta primera fase del yo son fundamentales los pasajes de cantidad, representados en estímulos corporales, en las fantasías cuentan las inervaciones motoras. Los síntomas histéricos, al ser de carácter somático,

no son sino tales mismas fantasías inconscientes exteriorizadas mediante la ‘conversión’, y en cuanto son de carácter somático demuestran en muchas ocasiones haber sido elegidos entre aquellas mismas sensaciones sexuales e inervaciones motoras que en un principio acompañaron a la fantasía de que se trate, consciente aún por entonces. De este modo queda, en realidad, anulado el abandono del onanismo y alcanzado, aunque nunca por completo sí por aproximación, el último fin de todo el proceso patológico, o sea el establecimiento de la satisfacción sexual antes primaria. (Freud, 1908/2011, p.1350)

Luego, a través de la fantasía se intenta volver a experimentar la satisfacción sexual primaria. Volver a experimentarla es imposible, mas no lo es representarla, escenificarla. Es esto lo que se logra a través de la fantasía, la cual está constituida por objetos imaginarios, lo que da cuenta de que se ha llevado a cabo un proceso de introversión libidinal, que es inherente a la consistencia, pues es un proceso que hace superficie a través del vínculo entre el yo y los objetos.

Se tiene entonces que a través de las fantasías el sujeto se ocupa de mantener la manera inicial en que se ha constituido el yo, propiciando que las inervaciones motoras que aquellas generan sean de la misma naturaleza que las que predominaron en el yo realidad. Este mecanismo de la fantasía también opera en lo que se va forjando en el sujeto a partir de su observación de las diferencias anatómicas de los sexos. Acerca de esto, Freud (1924/2011) plantea que en el desarrollo sexual del niño hay una fase fálica, en la que el genital masculino tiene un papel directivo, y no el femenino, puesto que este permanece desconocido. En esta fase, el infante experimenta una excitación genital, y centra su atención sobre la zona genital de su cuerpo. Para considerarla es útil el esquema de la pulsión escopofílica,¹⁵ tomando de allí como referencia los dos primeros momentos. El inicial consiste en que el niño observa el órgano sexual propio. En el segundo momento, el niño contempla un órgano sexual ajeno. Entonces, inicialmente percibe que tiene pene y luego mira a los otros y piensa que tanto hombres como mujeres poseen pene, falo.

En este punto, es de utilidad tomar como referencia un fragmento del *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Caso Juanito)*:

La indudable curiosidad de Juanito hace de él un pequeño investigador, permitiéndole descubrimientos conceptuales exactos.

¹⁵ Este esquema es descrito en el subcapítulo 2.2.

Un día a los tres años y nueve meses, ve desaguar la caldera de una locomotora y dice: “Mira, la locomotora está haciendo pipí. ¿Dónde tiene la cosita?” Y después de una pausa añade pensativo: “Un perro y un caballo tienen una cosita; una mesa y un sillón, no”. Ha descubierto, pues, una característica esencial para la distinción entre lo animado y lo inanimado.

El ansia de saber y la curiosidad sexual parecen inseparables. La curiosidad de Juanito recae especialmente sobre sus padres:

JUANITO: (A los tres años y nueve meses.) Papá, ¿tienes tú también una cosita?

PADRE: ¡Naturalmente!

JUANITO: Pues no te la he visto nunca al desnudarte.

Otra vez contempla interesado cómo se desnuda su madre al acostarse. La madre le pregunta:

—¿Qué me miras?

JUANITO: Para saber si también tu tienes una cosita de hacer pipí.

—¡Naturalmente! ¿No lo sabías?

JUANITO: No. Pensaba que como eres tan mayor, tendrías una cosita como un caballo. (Freud, 1909/2011, p.1367)

La curiosidad de Juanito por la cosita de hacer pipí parte de haberla observado en sí mismo, como un primer momento de la pulsión escopofílica. Y esta imagen, también observada en los otros (leones, locomotora, perro, caballo), orienta su labor investigativa, la que es inherente a la curiosidad sexual e implica la pregunta por los órganos genitales de sus padres. Su pene es para Juanito una referencia fundamental para aprehender el mundo. Acerca de esto, Lacan (1957/2007), en la *Conferencia de Ginebra sobre el síntoma*, dice:

El hombre está capturado por la imagen de su cuerpo. Este punto explica muchas cosas y, en primer término, el privilegio que tiene dicha imagen para él. Su mundo, si es que esta palabra tuviese algún sentido, su *Umwelt*, lo que lo rodea, él lo corpo-reifica, lo hace cosa a imagen de su cuerpo. (p.118)

La imagen del cuerpo posibilitada por el segundo narcisismo es un eje, referente fundamental para conocer el mundo. Luego, para el niño, el mundo es como su cuerpo. Por ejemplo Juanito, quien, luego de reconocer su propio pene, se pregunta por la posesión del pene en los otros seres humanos, los animales, los objetos. Él supone que la madre tiene un gran falo, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta que la madre ha sido uno de los primeros objetos a través de los cuales el niño ha experimentado satisfacción. Al tener el objeto que le proporciona satisfacción a Juanito, a ella no se le supone falta. Sin embargo, este acto materno no se daría sin la falta de la madre, sin que ella hubiese pasado por el complejo de Edipo, en el cual su libido se desplazó del pene al hijo. Freud (1925/2011) se refiere a este proceso del siguiente modo:

...la libido de la niña se desliza hacia una nueva posición, siguiendo el camino preestablecido –no es posible expresarlo en otra forma– por la ecuación pene=niño. Renuncia a su deseo del pene, poniendo en su lugar el deseo de un niño. (p.2901)

Ahora bien, el hecho de que la madre desee es, para el niño, un indicador de que ella está en falta. En su clase “*Del complejo de castración*” del Seminario 4, Lacan (1957/2001) alude a la relación entre la madre y el niño partiendo de una pregunta: “¿qué ocurre fundamentalmente en la primera etapa concreta de la relación de amor, fondo sobre el cual tiene o no lugar la satisfacción del niño, con la significación que comporta?” (p.225). En suma, se trata de que el niño perciba que le aporta placer a su madre, es esto lo que le hace sentirse amado. El niño puede identificarse con la madre como portadora del falo o identificarse con el falo, haciendo como si

él mismo lo encarnara para la madre. El mismo autor propone un esquema inaugural para pensar la relación de objeto:

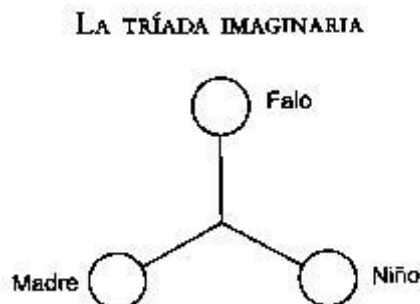


Figura 6

La tríada imaginaria

Fuente: Lacan (1957, p. 31)

Así, en la etapa fálica hay una preeminencia del falo como algo presente y como elemento que suple la falta de la madre. En esta etapa también prima el principio de placer. Esto indica que en ella hay un predominio del falo como imaginario, noción inherente a la presencia del pene y también a la identificación con el objeto que subsana la falta, acerca del cual Lacan (1975a) afirma: “Hay que decir también que el falo es lo que da cuerpo a lo imaginario” (Seminario 22, clase del 11 de marzo de 1975, sin editar). El falo, por ende, es lo que se tiene, ilusión imaginaria, representación primitiva del estadio genital como imagen erecta que se opone a la castración.

Cuando el niño focaliza su atención en los genitales, los adultos suelen emitir mensajes de prohibición. Entonces el infante comienza a temer que lo castiguen privándole de esta parte de su cuerpo. Dicho temor puede estar fundamentado en el hecho de haber recibido directamente

amenazas en este sentido o también en las pérdidas que ya ha experimentado, puesto que ha perdido elementos que sentía como parte de su cuerpo, tales como el seno materno y las heces. Este temor a la castración toma mayor fuerza cuando el niño descubre los genitales femeninos. No obstante, se trata de la castración de un objeto imaginario. Sobre esto dice Lacan (1957/2001): “Solo entra en juego operando en el sujeto bajo la forma de una acción referida a un objeto imaginario” (p.221), siendo este objeto el falo.

Conviene recordar que un objeto se constituye como imaginario cuando tiene la capacidad de reemplazar al objeto real que se perdió (Freud, 1914). He aquí el parecido con la fantasía como elemento que mantiene vigente la posibilidad de satisfacción. Pero lo que finalmente se erige en esta fase es la falta y el falo la representaría.

Lacan introduce entonces la noción de falta de objeto, articulándola a la noción de castración. Esta implica no tener el falo que satisface a la madre, y, luego, desplazarse a un lugar diferente de aquel ocupado en la relación imaginaria. Emerge de esta manera una representación de la ausencia ligada al falo. Cuando el falo emerge como un significante de la falta, ya incluye un componente simbólico y un desplazamiento de la erogenidad, antes centrada en lo genital, hacia otros orificios del cuerpo.

Es la ausencia de una imagen ya percibida alguna vez lo que introduce la falta. Lacan (1975a) recurre a la escena de una película que ha visto (no refiere su nombre) para ilustrar esta situación: “El niño ante el espejo –ya no sé si era una niña o un varoncito, poco importa, el gesto tiene el mismo valor–, el niño pasaba su mano ante lo que quizá era un falo o quizá su ausencia y lo retiraba netamente de la imagen” (Seminario 22, clase del 11 de marzo de 1975, sin editar).

Hacer presente lo que no se puede ver, implica la conexión de lo imaginario con lo simbólico y es esto lo que hace emerger la dimensión significativa del falo. Bien lo dice Miller (2009, p.237) cuando afirma que la imagen que muestra es a la vez imagen que esconde. Lacan (1957) trae a colación un triángulo en cuyos vértices pueden ubicarse la madre, el niño y el falo:

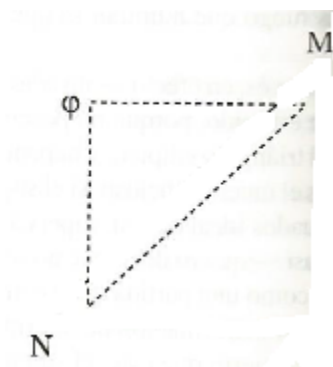


Figura 7

Triángulo Imaginario

Y luego otro donde participan la madre, el niño y el padre. Este último muestra cómo la intervención de lo simbólico opone al triángulo imaginario la función del padre, liberando así al niño de su posición fálica:

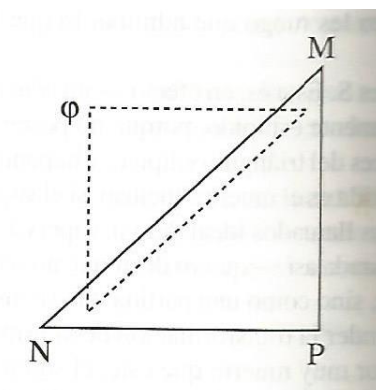


Figura 8

Efecto de la metáfora paterna en el triángulo imaginario

Fuente: Lacan (1957, p.162)

Este devenir significativo del falo imaginario es una forma previa de aquello que Lacan (1959), en el Seminario 7, llamará simbolización del fantasma, manera en que se estandariza un mecanismo fantasmático por el cual se rige el sujeto en su búsqueda de satisfacción. Esta intervención simbólica, sobre una relación eminentemente imaginaria, acontece gracias a la libidinización de los diferentes elementos que la integran; conviene entonces indagar por la participación de la libido en la consistencia.

3.2. La libido, su equivalencia y su valor negativo

En el capítulo anterior se hizo referencia a la sublimación y a la manera en que allí participa la libido. Este destino pulsional está definido en cierta medida por la identificación de objetos socialmente valorados, a través de los cuales es posible buscar la satisfacción. El hecho de que en la sublimación sea importante la valoración del otro, implica que la carga libidinal puesta en juego para la búsqueda de satisfacción, sea sometida a la operación del registro simbólico.

Como se ha enunciado en partes anteriores de este trabajo, la libido es una energía que vincula al yo con los objetos que le propician placer. Pero es previa al yo, participó en su constitución.

El hecho de que un niño se reconozca en el espejo, da cuenta de un vínculo libidinal con una imagen. Este reconocimiento desencadena en él una serie de comportamientos que suelen ir acompañados de júbilo. El infante juega con la imagen, es una sorpresa reconocerse en el espejo, y al moverse corrobora el acontecimiento proyectivo, acerca del cual escribe Lacan (1949):

Este acontecimiento puede producirse como es sabido...desde la edad de 6 meses, y su repetición ha atraído con frecuencia nuestra meditación ante el espectáculo impresionante de un lactante ante el espejo, que no tiene todavía dominio de la marcha, ni siquiera de la postura en pie, pero que, a pesar del estorbo de algún sostén humano o artificial...supera en un jubiloso ajeteo las trabas de ese apoyo para suspender su actitud en una postura más o menos inclinada, y conseguir, para fijarlo, un aspecto instantáneo de la imagen. (pp. 86-87)

El niño fija un aspecto instantáneo de la imagen. Es decir, libidiniza la imagen que se forma en un punto específico y se identifica a ella. Estos acontecimientos, reconocer una imagen de sí, fijar un aspecto de ella e identificarse, describen la manera cómo es constituido el yo.

Lacan se refiere a la precipitación del yo como el momento en el cual se constituye su núcleo, y afirma que también podría llamarse “yo ideal”, punto de partida de nuevas identificaciones que cumplen funciones de normalización libidinal. Lo anterior se asemeja al planteamiento freudiano que dice del referente que sería el yo ideal para el yo.

Ahora, para que la concepción de la libido como energía sexual se sostenga, se requiere aislarla de las funciones de conservación del individuo, retoma lo que Freud había planteado como distinción necesaria entre libido egoísta y libido sexual. Así lo plantea:

Freud retoma la necesidad de distinguir libido egoísta y libido sexual...resulta extremadamente arduo resolver este problema. Al mismo tiempo que mantiene la distinción entre ambas libidos gira, en todo el artículo, en torno a la noción de su equivalencia. En efecto, ¿Cómo pueden distinguirse, rigurosamente, estos dos términos si se conserva la idea de su equivalencia energética, la cual permite afirmar que solo cuando la libido es descatectizada del objeto vuelve al ego? He aquí el problema planteado. Por este hecho, Freud es llevado a concebir el narcisismo como un proceso secundario. Una unidad comparable al yo no existe en el origen, *nichtvomAnfangan*¹⁶, no está presente desde el comienzo en el individuo, y el *Ich* debe desarrollarse, *entwickelnwerden*. En cambio las pulsiones autoeróticas están allí desde el comienzo (Lacan, 1953b/2007).

Las pulsiones autoeróticas orientan el desplazamiento de la libido cuando desde el ello este comienza a dirigirse hacia los objetos. Y después, una vez constituido el yo, también son las pulsiones autoeróticas las que definen la ubicación de la libido en este lugar.

Finalmente, Lacan está de acuerdo con Freud, al señalar que el planteamiento de Jung, acerca de la equivalencia de la libido, no permite captar las diferencias entre una retracción libidinal dirigida, sublimada, a una retracción esquizofrénica. Y replantea lo concerniente a la equivalencia.

¹⁶ No desde el comienzo

Luego, el diferenciar la libido en sexual y yoica, facilita identificar la estructura de un sujeto, según el destino que tome la libido retraída del objeto medio de la primera satisfacción, sea que se concentre en el yo o se desplace a otros objetos.

Lo primero que catectiza un sujeto cuando intenta reconstruir su mundo, son las palabras. Se podría considerar que allí está presente la categoría de lo simbólico, puesto que son palabras. A lo que se replicaría que un psicótico trata las palabras como si fueran cosas, ellas no han accedido ni siquiera al lugar de la imagen, requisito para adquirir la dimensión simbólica. Luego, el que catectice palabras no es garantía de que haya constituido objetos imaginarios.

Más la concepción junguiana de la libido confunde los dominios simbólico e imaginario y Freud comienza a establecer una diferenciación, al identificar como dos actividades distintas el libidinizar palabras y el libidinizar objetos imaginarios. Afirma Lacan (1953b/2007):

Para Freud se trata de establecer un uso bien delimitado –hoy diríamos operativo- de la noción de libido que es esencial a la preservación de su descubrimiento ¿Sobre qué se funda en suma el descubrimiento freudiano? Sobre la aprehensión fundamental de que los síntomas del neurótico revelan una forma desviada de satisfacción sexual. (p.184)

La noción de libido revela que el sujeto tiene maneras veladas de satisfacción sexual, satisfacción posibilitada por objetos imaginarios. Los síntomas de los neuróticos dan cuenta de las formas singulares en que buscan su satisfacción sexual, los desplazamientos y fijaciones de la libido son consecuentes con tal búsqueda¹⁷.

En la conferencia “*Lo simbólico, lo imaginario y lo real*” (1953a), Lacan planteó:

¹⁷ Sobre este punto específico también se trata en el subcapítulo 3.1.

El término 'libido' no hace en efecto más que expresar la reversibilidad que implica la noción de equivalencia, cierto metabolismo de las imágenes. Para poder pensar esta transformación, se necesita un término energético. Para eso sirvió el término 'libido'. Se trata por supuesto de algo complejo. (p.21)

El concepto de libido permite explicar el proceso de transformación de las imágenes, que Lacan llama metabolismo de las imágenes, y que concierne a una movilidad y reversibilidad que hay en ellas, a su equivalencia. Lacan (1953a) no se ocupa en diferenciar dos tipos de libido, aclara que ella tiene que ver con la transformación sufrida por las imágenes en el aparato anímico. Y allí entra en juego la equivalencia, similar a lo que Freud mencionaba como relación de oposición entre la libido objetal y la yoica. Al ser inherente a la satisfacción sexual hacia allí apuntan sus fijaciones y desplazamientos.

Luego intenta hallar una relación entre la libido y la inmortalidad del germen. Evocando el uso que hace Freud de la teoría del plasma germinal, Lacan se pregunta qué consecuencias tendría el aceptar el planteamiento de Weissman acerca de la inmortalidad del germen. Afirma que el instinto sexual conduce al individuo a propagar la sustancia inmortal, que está incluida en el plasma, esto es, en los óvulos y espermatozoides. Dice (Lacan, 1953b/2007):

Desde el punto de vista psicológico, ¿el individuo es conducido por el famoso instinto sexual a fin de propagar qué?: La sustancia inmortal incluida en el plasma germinal, en los órganos genitales, representada a nivel de los vertebrados por los espermatozoides y los óvulos. ¿Es esto todo? Seguro que no, ya que lo que se propaga es, efectivamente, un individuo. Solo que este no se reproduce como individuo sino como tipo. No hace más que reproducir el tipo ya realizado por el linaje de sus antepasados. Al respecto, no sólo es mortal, sino que ya está muerto, puesto que, estrictamente hablando, no tiene porvenir. Él no es tal o cual caballo, sino el soporte, la

encarnación de algo que es el caballo. Si el concepto de especie está fundado, si la historia natural existe, es porque no solo hay caballos, sino el caballo [...] A esto nos conduce la teoría de los instintos. ¿Cuál es en efecto el soporte del instinto sexual en el plano psicológico? [...] ¿Cuál es el resorte psicológico que determina la puesta en funcionamiento de la inmensa máquina sexual? ¿Cuál es su desencadenante? No es la realidad del compañero sexual, la particularidad de un individuo, sino algo que tiene una estrecha relación con lo que acabo de llamar el tipo: a saber, una imagen. (pp. 187-188)

Podría afirmarse entonces que la pulsión finalmente propaga un individuo, pero más que un individuo propaga un tipo¹⁸. En el ejemplo del caballo, “el caballo” sería el germen, identidad de percepción, primera imagen del objeto real, “los individuos caballos” serían representaciones transitorias del caballo, continentes del germen, imágenes de la imagen del objeto real.

Luego, en el desplazamiento, propio de la libido, se realiza una tarea similar a la del plasma germinal. Así, a través de ella también algo se difunde, una imagen, como a través del plasma germinal se difunde un tipo, que persevera en el mantenimiento de la especie.

En la observación de los animales, Lacan descubrió elementos que le permitieron pensar la dinámica libidinal en los seres humanos. Alude entonces al comportamiento en el apareamiento, donde la imagen cobra un valor especial:

Por ejemplo, es preciso que el picón macho adquiera bellos colores, en el vientre o en la espalda, para que comience la danza de la copulación con la hembra...los comportamientos sexuales son especialmente engañadizos (Lacan, 1953b/2007, p.189).

¹⁸ Tipo: Elemento que reúne en un alto grado los rasgos y los caracteres esenciales o peculiares de un género, especie, etc.

Se tiene entonces que el desplazamiento es una cualidad del comportamiento imaginario. Si en un principio lo que generó satisfacción fue el suplir una necesidad natural, después otras imágenes del objeto tendrán la capacidad de evocar la satisfacción movilizándolo a la búsqueda de placer, dicha búsqueda implica el carácter sexual del comportamiento.

¿Qué decir entonces de aquella relación con el semejante que no es amorosa, que está motivada por el deseo despertado por su objeto y que implica una intensión agresiva, esto es, que no tiende a juntar, sino a fragmentar? En este punto Lacan recurre a la noción de libido negativa: una agresividad ligada a la relación narcisista.

La libido negativa está vinculada con una satisfacción que depende de la integración de un desaliento orgánico original, satisfacción que ha de concebirse en la dimensión de una dehiscencia¹⁹ vital, constitutiva del hombre.

Luego, si la libido es algo que vincula al yo con los objetos que le propician placer, la libido negativa tendría que ver con la obtención de placer, sino a través de la unión, entonces sí de la hiancia fundamental. La libido negativa tiene que ver con una satisfacción en la agresión, con la pulsión de muerte (Miller, 1991, p.17). Esta libido es la satisfacción que responde a la forma original del yo, que no es unificada.

La imagen, se ha dicho ya, es presentación nueva de una cosa. Lacan (1964) entonces utiliza la imagen de la laminilla, una nueva presentación de la libido. Y dice de ella que no es algo fluido ni algo que se escapa, no se reparte ni se acumula. La laminilla, la libido, es como un órgano, hace parte del organismo y opera como un instrumento. A continuación se cita textualmente:

¹⁹ Dehiscencia: Apertura espontánea de un órgano cerrado como la antera o la vaina.

La laminilla es una cosa extraplana, que se desplaza como la amiba, sólo que el asunto es un poco más complicado. Pero es algo que anda por todas partes. Y como es algo que está relacionado con lo que el ser sexuado pierde en la sexualidad [...] es como la amiba respecto de los seres sexuados, inmortal. Inmortal porque sobrevive a todas las divisiones, porque subsiste a todas las intervenciones escisíparas, y su carrera no se detiene. (p.205)

El autor advierte el carácter inmortal de la libido. Esto es, aunque algunas imágenes pierdan vigencia, ella continúa su labor, invistiendo otras nuevas. La libido permanece, y paradójicamente, su permanencia está vinculada con lo que no permaneció, con lo que se perdió; ella representa la relación con el objeto perdido, en las neurosis.

Se ha revisado hasta ahora la manera en que la libido participa de la constitución del yo y de los objetos imaginarios, objetos que remiten tanto a la unidad como a la fragmentación. Sobre estos dos fenómenos se elaborará a continuación.

3.3. Lo imaginario en la unidad y en la fragmentación.

Se ha reconocido la libido como un elemento pregnante. Que cumple función en la imagen con unidad y en la dislocada. Ambas imágenes, temas de este capítulo. También presentes en Freud y puntos de apoyo importantes para las elaboraciones lacanianas referidas a lo imaginario, por tanto a la consistencia.

Podría pensarse que la consistencia sólo concierne a la unidad, si se atiende a la literalidad de la afirmación de Lacan, quien la define como “lo que mantiene junto”²⁰. Sin embargo, también

²⁰ Se hace referencia a este punto también en el subcapítulo 4.1.

concierno a la fragmentación, al ser imágenes las que dan cuenta de la fragmentación. Imágenes, luego, consistencias, correspondencias entre puntos del objeto con puntos de la imagen.

En una parte anterior de este trabajo, se ha indicado que los objetos imaginarios son aquellos objetos que no son los de la realidad, equivalentes a las huellas mnémicas, intentos de subsanar la pérdida original del objeto que proveyó la primera experiencia de satisfacción. Siendo así, los objetos imaginarios son intentos para devolver al sujeto a un estado en el que no había en él separación alguna, y que una vez separado, él idealiza, considerando que existió un momento donde él, diferenciado de su objeto, podía satisfacerse plenamente con él. Falsa ilusión, porque es justamente cuando comienza a diferenciarse del objeto, que se separa de él y lo pierde.

En la relación con el objeto está en juego la búsqueda de satisfacción, de placer, la sexualidad. Y esto implica la intensión de hacerse uno con él, lo cual se hace patente en diferentes ejemplos del comportamiento animal, por ejemplo cuando este ve a un semejante de su misma especie e inmediatamente comienza a desplegar una serie de comportamientos eróticos que tienden a la copulación.

Lacan se refiere al mimetismo como una manera en que el animal modula la imagen de su cuerpo, este autor lo llama un fenómeno. Como tal, el mimetismo es algo sensible a los sentidos y a la conciencia²¹. Su fin no es precisamente adaptativo, pero sí permite al animal inscribirse en un campo determinado. Evocando a R. Caillois (1960), distingue tres funciones del mimetismo: el disfraz, que consiste en adaptar una apariencia y un comportamiento, cuya finalidad es básicamente hacerse pasar por otro. El camuflaje, en el que se trata de adoptar cierta inmovilidad, inercia o balanceo en armonía con el movimiento de soporte, es una pérdida ficticia

²¹ Una de las acepciones de "fenómeno", lo define como aquello que se muestra, que se hace visible, tanto a los sentidos, como a la conciencia (Echeverri, 1996, p.202).

de individualidad. Y la intimidación, la que pretende desencadenar espanto por medio de elementos visuales, rítmicos, olfativos; lo cual le permite al animal escapar a un ataque o capturar a su presa.

El mimetismo entonces, no tiene como única pretensión lograr la copulación, más sí es consecuente con un empuje por preservar la vida, ya que estos mecanismos le sirven al animal no sólo para buscar la propagación de la especie, también para obtener alimentos o evitar ser devorado.

Estos comportamientos animales se presentan al dar por hecho que hay otro animal que percibe la imagen. También para los humanos, la presencia del semejante incide en su desarrollo. Y Lacan estudia la manera en que lo imaginario, posible por la existencia del semejante, se vincula con lo simbólico y lo real, cumpliendo así una función estructurante en los humanos.

Se comenzará entonces por identificar la función estructurante de la imagen en el sujeto, para luego aclarar algunos elementos del registro imaginario, su capacidad de representar la unidad y de poner en evidencia la fragmentación a través de la agresividad y la angustia.

3.3.1. Lo imaginario y la unidad

Si bien, en el escrito *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949)/1975, no se observan ilustraciones que expliquen desde la óptica la formación de la imagen, el contenido del texto recurre al elemento espejo como metáfora para pensar la estructuración de un sujeto y la función que en dicha estructuración cumple la imagen. Más tarde, su experiencia de los dos espejos, ilustrará lo explicado en dicho escrito.

Se advierte que el niño encuentra en el Otro un punto de reflexión, que le confirma la presencia de una imagen, operando de esta manera el registro simbólico. Y aunque Lacan no lo haya esquematizado, si afirma que dicho estadio tiene una presentación óptica:

He señalado a menudo que el estadio del espejo no es simplemente un modelo del desarrollo. Cumple también una función ejemplar porque nos revela algunas de las relaciones del sujeto con su imagen en tanto *Urbild* del yo. Ahora bien, ese estadio del espejo, que no podemos negar, tiene una presentación óptica que tampoco podemos negar (Lacan, 1953b, p. 121).

El estadio del espejo: Momento del desarrollo que cumple la función de revelar algunas relaciones del sujeto con la imagen arcaica de su yo. A propósito de la presentación óptica que tendría tal estadio, Lacan retoma el esquema del aparato anímico propuesto por Freud en *La interpretación de los sueños*, allí ubica S1, S2., en los lugares donde Freud había ubicado las huellas mnémicas, significantes que luego de ser registrados son reprimidos en el inconsciente.

De este modo, Lacan evoca a Freud en aquel punto de *La interpretación de los sueños*, donde el fundador del psicoanálisis propone representarse un instrumento puesto al servicio de las funciones psíquicas superiores, como un microscopio o un aparato fotográfico (Figura 4). Esto le sugiere a Freud una idea de localidad psíquica. Y dice acerca de ella (Freud, 1900/2011):

La localidad psíquica corresponderá entonces a un lugar situado en el interior de este aparato, en el que surge uno de los grados preliminares de la imagen. En el microscopio y en el telescopio son estos lugares puntos ideales; esto es, puntos en donde no se halla situado ningún elemento concreto del aparato. (p.672)

Freud se refiere al surgimiento de unos grados preliminares de la imagen en lugares que son virtuales, donde no está el aparato. Dicho aparato es una especie de dispositivo que facilita la

emergencia de la imagen; entonces el lugar donde esta surge no es una parte específica del aparato, a este lugar Freud le llama “localidad psíquica” y advierte que su presentación es una armazón débil, de la que se sirve para acercarse a la psicología de los procesos inconscientes.

Siguiendo esta línea, Lacan continúa recurriendo a la óptica para explicar el fenómeno de las imágenes. Advierte que son de diferente orden las imágenes de las que trata la óptica y las que le interesan al psicoanálisis; sin embargo, ambos elementos de interés son “imágenes”. En la clase *La tópica de lo imaginario*, del seminario 1, Lacan (1953b/2007), afirma:

Las imágenes ópticas presentan variedades singulares; algunas son puramente subjetivas, son las llamadas virtuales; otras son reales, es decir que se comportan en ciertos aspectos como objetos y pueden ser consideradas como tales. Pero aún más peculiar: Podemos producir imágenes virtuales de esos objetos que son las imágenes reales. En este caso, el objeto que es la imagen real recibe, con justa razón, el nombre de objeto virtual.

Todavía hay algo más sorprendente: la óptica se apoya, totalmente, en una teoría matemática sin la cual es absolutamente imposible estructurarla. Para que haya óptica es necesario que a cada punto dado en el espacio real, le corresponda un punto, y sólo uno, en otro punto que es el espacio imaginario. (p.124)

Discrimina entonces algunas imágenes ópticas:

1. Las subjetivas. Estas son virtuales.
2. Las reales. Estas imágenes se forman por rayos convergentes que pueden ser recogidos sobre una pantalla o una placa fotográfica. El ojo percibe que están ubicadas antes de la superficie óptica, a diferencia de las imágenes virtuales, que se ven detrás de la superficie o espejo (como en el caso de las imágenes formadas por los espejos planos).

Lacan describe la experiencia del ramillete invertido, una experiencia de la física clásica, que sirve también para explicar la intrincación entre el mundo real y el mundo imaginario. Considera que dicha experiencia es un “dispositivo para pensar”. A continuación se ilustra:

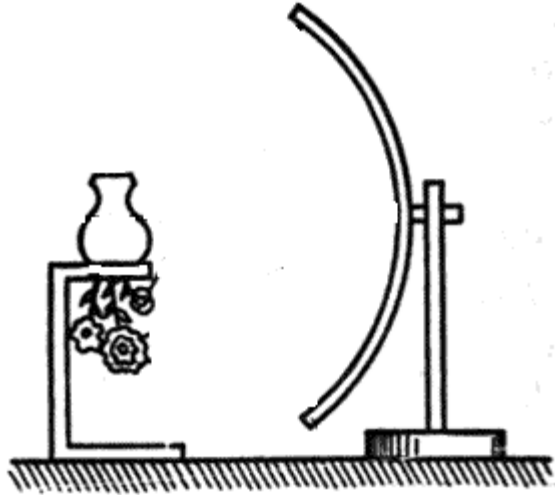


Figura 9

Instalación para la experiencia del ramillete invertido

La instalación inicial, consta de un espejo cóncavo, al frente del cual hay un cajón, cuya zona frontal está destapada. De la parte interior del cajón pende un ramillete de flores, y encima se halla instalado un florero.

A continuación, se ilustran el lugar del ojo, los rayos, cruces entre estos y la imagen que forman:

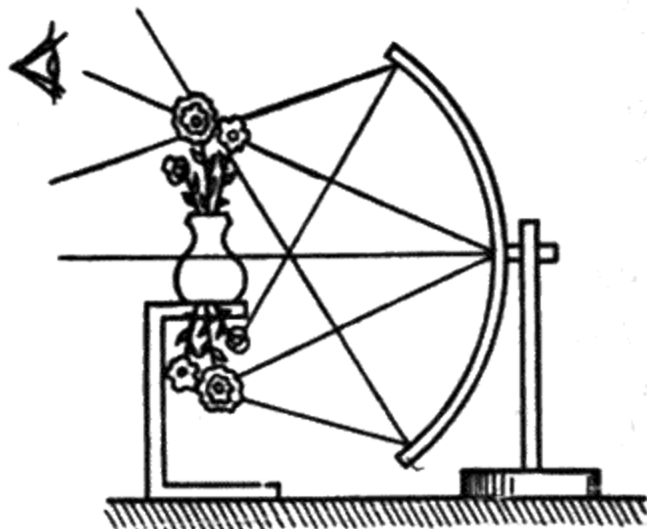


Figura 10

Experiencia del ramillete invertido

Fuente: Lacan (1953b, p.126)

El punto donde el espejo cóncavo refleja la imagen de las flores (imagen real), que aparece invertida y delante de él, permite percibir que ellas están dentro del jarrón, objeto que efectivamente está allí. Esto es perceptible si la instalación es observada desde el lugar donde se representa al ojo.

A través del esquema, Lacan representa las inclusiones imaginarias de los objetos reales. El florero sería el elemento contenedor; y las flores lo contenido: imágenes del objeto a. Lacan evoca la distinción propuesta por Freud a propósito del estado primitivo del yo, cuando se diferencia el adentro del afuera, en este proceso se incluyen algunos objetos y se excluyen otros. La figura 10 representaría un estado primitivo del yo.

La imagen del cuerpo, representada por el florero, contendría los objetos reales, de los que en principio no se puede tener imagen y que en la experiencia del ramillete son representados como imagen real²². Esta experiencia da cuenta del proceso de constitución de las imágenes. Si inicialmente no puede percibirse imagen alguna de los objetos reales, es la presencia de un espejo (el otro semejante), en determinado lugar, y del sujeto (representado en la figura por el ojo), lo que posibilita que la imagen emerja. Conviene tener en cuenta que emerge como imagen real.

Así, al devenir imágenes, los objetos pueden ser interiorizados, es lo que corresponde al proceso llamado “introversión de la libido”.

Para hacer referencia a la utilidad de la experiencia, se parte de citar a Lacan (1953b/2007):

Aquí es donde la imagen del cuerpo ofrece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo. Pues bien, digamos que la imagen del cuerpo –si la situamos en nuestro esquema- es como el florero imaginario que contiene el ramillete de flores real. Así es como podemos representarnos, antes del nacimiento del yo y su surgimiento, al sujeto. (p.128)

De esta manera el autor plantea que la experiencia óptica muestra la inclusión imaginaria de un objeto real. Es pues, una inclusión que se da vía la imagen. Al incluir lo real, lo imaginario lo formula y así le da un lugar.

La instalación del ramillete invertido, se ofrece entonces como herramienta para considerar el momento en que el sujeto tiene una primera imagen de sí, antes del nacimiento del yo. Luego la podrá percibir como unificada y establecer una identificación a ella. Sin embargo la imagen del

²² Es visible en una parte de la instalación, donde surge uno de los grados preliminares de la imagen.

cuerpo facilitada por esta escena no es suficiente. Después será necesario incluir un espejo plano, así lo que era imagen real aparece como imagen virtual.

Lacan entonces le hace algunas modificaciones a la experiencia del ramillete invertido. Pone las flores encima de la caja y el florero pende del interior de ella. Además le agrega un espejo plano y el resultado es: por la reflexión en el espejo cóncavo, el florero es reproducido como imagen real, se verá a este conteniendo el ramillete, “reflejo de la unidad del cuerpo” (Lacan, 1953b/2007, p.190).

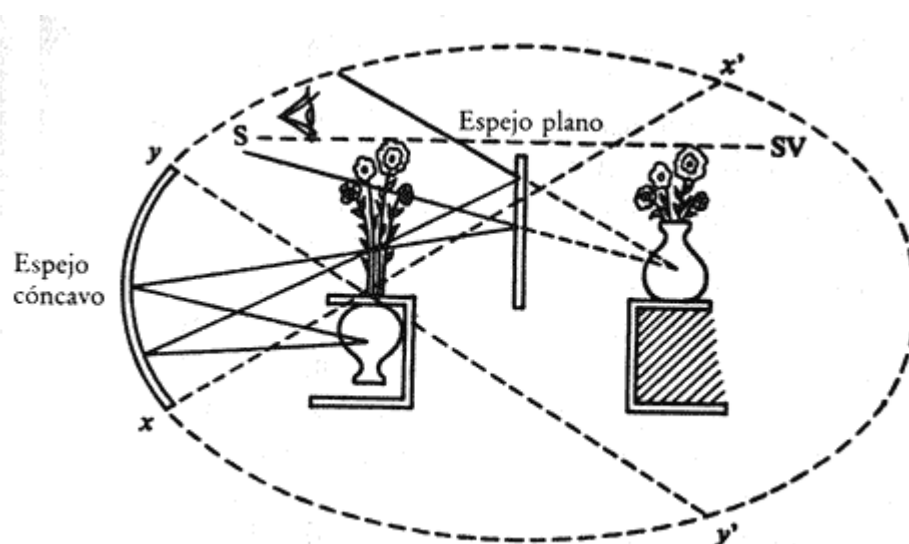


Figura 11

Esquema de los dos espejos

Fuente: Lacan (1953b, p.191)

La figura 10 es un esquema que representa el primer narcisismo. A través de este mecanismo óptico el sujeto reconoce una imagen de hombre, en tanto no es otro animal. Sobre este dice Lacan (1953b/2007): “Este primer narcisismo se sitúa, si quieren, a nivel de la imagen real de mi

esquema, en tanto esta imagen permite organizar el conjunto de la realidad en cierto número de marcos preformados”. (p. 192-193)

Y la figura 11 representa la introducción de un segundo narcisismo. Ella muestra la elaboración que se lleva a cabo en el estadio del espejo. Allí, el espejo plano representa la relación con el Otro, que introduce un patrón fundamental. El otro (con minúscula) cautiva al sujeto, anticipando la imagen con unidad que el sujeto añora. Así describe Lacan (1953b/2007) la identificación que se da en el segundo narcisismo:

La identificación narcisista [...] la del segundo narcisismo es la identificación al otro que, en el caso normal, permite al hombre situar con precisión su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general. Esto es lo que le permite ver en su lugar, y estructurar su ser en función de ese lugar y de su mundo. (p.193)

Identificarse al otro le permite al sujeto ubicarse en el mundo y estructurarse de manera consecuente con este lugar. Esta estructuración es una unidad imaginaria, unidad que le da un lugar y lo aliena. Lo aliena porque el sujeto se identifica a ella. De este modo, las imágenes que percibe el sujeto definen sus vínculos libidinales, la elección de los objetos a través de los cuales busca la unidad mítica, intentando subsanar la fragmentación.

Conviene retener que el espejo plano representa el ingreso de la dimensión simbólica a la relación del sujeto con su imagen. Lo simbólico ayuda a darle consistencia y lugar a la imagen, es esta una operación que articula, que anuda. Lo simbólico también ayuda a regular la agresividad inherente a los vínculos imaginarios.

Para ilustrar lo que se ha trabajado conceptualmente acerca de la intervención del registro simbólico en el imaginario, se recurrirá a un material clínico, “El caso Dick”, orientado por la

psicoanalista Melanie Klein (1930). Quien planteó la instauración del simbolismo como un acontecimiento previo a las fantasías y a las sublimaciones. Afirmaba que sobre el simbolismo se constituía la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad. En el seminario 1, Lacan se refiere a este caso. Se presentan entonces a continuación, algunos datos que se consideran significativos, tanto de la presentación realizada por Klein, como del análisis que Lacan realiza del mismo caso, a partir de los datos ofrecidos por la psicoanalista mencionada.

Dick es un niño de 4 años, con un vocabulario escaso y un desarrollo intelectual mínimo, quien valoraba algunos objetos, pocos. De ellos Klein identifica los trenes, las manijas de las puertas y un lugar negro en el consultorio. Afirma: “El yo había cesado el desarrollo de su vida de fantasía y su relación con la realidad. Después de un débil comienzo la formación de símbolos se había detenido” (Klein, 1930, p.213).

Lo anterior evidencia el vínculo que Melanie Klein establece entre la fantasía y la formación de símbolos, dándole a los últimos, el lugar que en Freud ocupan los objetos imaginarios. Lo que en Melanie Klein aparece como la capacidad de simbolizar, es en Freud la introversión de la libido, y con dicha introversión, la constitución de objetos imaginarios. Para Freud entonces, y para Lacan, no serían objetos simbólicos, sino objetos imaginarios.

Inicialmente Klein tuvo dificultades para establecer contacto con Dick. La primera vez ella le mostró unos juguetes, frente a los cuales el niño no manifestó interés, ella tomó un tren grande y otro pequeño, llamándolos “Tren papá” y “Tren Dick”, él tomó el tren que llevaba su nombre y lo llevó a un extremo del consultorio, que llamó “estación”. Klein dice: “La estación es mamita; Dick está entrando en mamita”. El niño dejó el tren, se encerró en un espacio del consultorio y

dijo “oscuro”, luego salió corriendo, repitió esto varias veces. Klein le explica: “Dentro de mamita está oscuro. Dick está dentro de mamita oscura” (Klein, 1930, p.214).

Al terminar la consulta hay un comportamiento novedoso en el niño, y es que pregunta por la niñera, frente a la que inicialmente había parecido desinteresado y quien es un subrogado de la madre.

En la tercera consulta, Dick manifiesta angustia y llama a Klein, luego llamó a la niñera insistentemente y una vez terminada la consulta, al encontrarla, la acoge con placer. Con la aparición de la angustia, aparece la sensación de dependencia hacia Klein y la niñera, también el interés por las palabras tranquilizadoras, Dick dice por ejemplo: “Niñera viene en seguida”.

Finalmente el tratamiento permitió la constitución de la transferencia y la emergencia de la relación de objeto que faltaba, mejora la relación con su padre, madre, niñera y hay indicios de que comienza a establecer una relación con la realidad, relación simbólica, que se muestra en su esfuerzo por hacerse entender.

Sobre el caso, Lacan afirma que Klein le enchufa a Dick el simbolismo, que le suelta una “verbalización brutal del mito edípico” al decirle: “Tu eres el pequeño tren, quieres cogerte a tu madre” (Lacan, 1953b/2007, p.112). Y esta intervención tiene efectos, le permite al niño relacionarse con los otros de una manera distinta.

En Dick la realidad no está simbolizada, no ha pasado por los procesos imaginarios esquematizados en las experiencias ópticas. Parece no estar en un mundo humano, puesto que lo que hace humano a un mundo es el interés por los objetos, interés escaso en el niño.

En el mundo humano los objetos se multiplican en la medida en que aparece un proceso de expulsión ligado al instinto primitivo de destrucción. Cuando acontecen estas expulsiones, emergen nuevas identificaciones y esto genera ansiedad. Afirma Lacan (Lacan, 1953b/2007):

A cada una de las relaciones objetales corresponde un modo de identificación cuya señal es la ansiedad. Las identificaciones a las que se refiere preceden a la identificación yoica. Pero aun cuando esta última esté realizada, toda nueva re-identificación del sujeto hará surgir la ansiedad: ansiedad en tanto ella es tentación, una señal como siempre lo formuló claramente Freud: una cualidad, una coloración subjetiva. (p.113)

Pero en Dick no se produce ansiedad, porque él vive en la realidad, no hay en él esbozo de simbolismo. La psicoanalista señala que los espacios donde se esconde en el consultorio, los juegos, los trenes no son asuntos nombrables ni nombrados, aunque sean algo. Sin embargo, cuando ella le habla es como si recortara los objetos con el lenguaje, esto propicia que en Dick se dé una prematuración, que alcance el estadio genital.

Lacan define la constitución del estadio genital, como un proceso en el cual el sujeto otorga equivalentes imaginarios a los objetos de su identificación primitiva y así amplía su mundo. Es un momento en el que la realidad es fijada. Esto proporciona un marco al real humano, que es complejo. Pero Dick no cuenta con la capacidad de ampliar sus identificaciones, entonces está en una realidad que no se desarrolla.

Lacan propone identificar lo simbólico con el lenguaje, y considera que el niño posee algo de ello, puesto que la señora Klein puede hacerse entender por él. Sin embargo, para Dick la realidad tiene un carácter uniforme, parece ajeno a ella, a diferencia del dominio de lo imaginario, demarcado por los objetos que se constituyen mediante juegos de proyecciones,

introyecciones, expulsiones, reintroyecciones de los objetos malos, tal y como lo ha planteado Klein.

El niño espera encontrar en el cuerpo materno, objetos con unidad, que pueden ser peligrosos, los reviste con las capacidades de destrucción de las que se siente portador. Así parece ir delimitando su yo, rechaza los objetos que siente como malos o peligrosos. Juega con el continente y con el contenido y los pocos objetos significativos para él le permiten expresar el adentro y el afuera.

Aunque Dick tiene un uso del lenguaje, no hace ningún llamado. El lenguaje no se ha enlazado a su sistema imaginario, entonces sus facultades de expresión se ven muy limitadas, en su registro del lenguaje valoriza los trenes, las manijas de las puertas, el lugar negro.

Lo que hace Klein cuando dice: “Dick tren pequeñito, tren grande papá tren” “La estación es mamá, Dick entrar en mamá”, es aportar la verbalización. Dice Lacan: “Ha simbolizado una relación efectiva: la de un ser, nombrado, con otro ser” (Lacan, 1953b/2007). Esto hace que emerja en el niño la novedad de solicitar a su niñera, hace un llamado. La palabra significativa de Klein formula una estructura fundamental que humaniza a Dick.

Klein puede aportar la simbolización, pero queda vigente la pregunta por la capacidad del niño de desplazar la libido a las palabras, tratándolas como significantes y no como cosas. El ser indispensable la función simbólica, para que el registro imaginario ejerza su función y tenga lugar en la dinámica psíquica, implica que ella también aporta a la unidad. Aunque suene contradictorio, lo simbólico dialectiza, divide, pero también unifica.

En la paranoia de Aimée²³, puede observarse el predominio de lo imaginario y el intento que esta paciente hace para lograr una pacificación. Tanto la invención del delirio como el desvanecimiento del mismo, muestran el carácter invasivo de la relación imaginaria, consecuencia de la sobrelibidinización del yo. El desvanecimiento del delirio es el efecto logrado por la intervención de algo, que si bien no podría llamarse propiamente simbólico, tiene efectos de este orden.

Características de las psicosis son el delirio de grandeza y la falta de interés por el mundo exterior, ellas dan cuenta de rasgos importantes en la dinámica libidinal de esta estructura. En Aimée, puede observarse cómo a través de los temas de persecución y de grandeza, se manifiesta el predominio de una relación imaginaria frágil, puesto que no cuenta con el elemento simbólico que le da consistencia.

Los temas de persecución se manifiestan como ideas de celos, percibe que ella y su hijo están en peligro. Los delirios de grandeza se manifiestan como intuiciones de tener una importante misión social, un idealismo reformador y como erotomanía.

En el comienzo de sus trastornos psicóticos, Aimée percibe que cuando hablan entre sí sus compañeros de trabajo se refieren a ella, la critican, la calumnian y le anuncian desgracias. También tiene pesadillas, en una ocasión le daña la bicicleta a un compañero de trabajo, otro día le echa a su marido una jarra de agua en la cabeza. Se suma a este estado el dar a luz a un bebé que nace muerto, a causa de haberse enredado en el cordón umbilical, lo cual la afecta bastante, culpando de este hecho a quienes llama sus enemigos, entre ellos una mujer que había sido su amiga durante tres años.

²³ Caso referido por Lacan en su tesis de grado *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1976).

Luego queda nuevamente en embarazo y nace un niño al que se entrega completamente. Las personas que se encuentra por la calle también hablan de ella y la desprecian, piensa que hay quienes quieren la muerte de su hijo, lee en los periódicos expresiones en contra de ella, esto es, alucina. Siguen a esto nuevos actos delirantes y luego sus interpretaciones incluyen como personaje persecutorio a una actriz que se presenta en Paris, la misma ciudad donde ella está. Según sus ideas delirantes esta actriz estaría en contra de ella y de su hijo.

Miller (2005), plantea que el delirio de Aimée se desarrolla a partir de una relación cuya estructura es imaginaria, es la relación de a con a', la cual se observa en la rivalidad con su hermana, también con la amiga a quien después de cierto tiempo percibe como amenazante. Señala que el delirio de grandeza es un delirio por excelencia del yo, explica:

Todo el mundo tiene un delirio de grandeza, que incluso puede ser descrito como 'yo no soy nada' o 'no puedo nada', ya que una capacidad del sujeto es establecer siempre una comparación con los ideales, que suprime todo lo fecundo o lo agradable. Aunque traducido por una queja, es el delirio de grandeza, en el sentido del delirio del yo.

Es importante alojar esa doble posición del delirio de grandeza, el cual en cierto nivel es lo que se escapa, lo que se produce cuando el significante, lo simbólico, no puede encarcelar al yo y darle su lugar; y eso justamente es la enfermedad. (p.98)

Así entonces el delirio de grandeza en la psicosis se produce cuando en esta relación imaginaria a-a', no interviene lo simbólico, a través de él se intenta regular la libido. La perseguidora elegida por Aimée cuenta con cualidades que ella quisiera tener: ser novelista, tener influencias, vivir la vida en grande. El temor de que la actriz le haga daño a ella o a su hijo, provoca que una noche la ataque con una navaja, en un momento en que la actriz se disponía a entrar en el teatro. Por este hecho es llevada a la cárcel, donde les habla a sus compañeras de las persecuciones que

ha sufrido. Más, días después de estar allí, advierte que esa actriz no tenía nada en contra de ella. “Todo el delirio se derrumbó al mismo tiempo, ‘el bueno como el malo’, nos dice ella. Se le muestra toda la vanidad de sus ilusiones megalomaniacas al mismo tiempo que la inanidad de sus miedos” (Lacan, 1976, p. 157).

En Aimée puede observarse cómo la operación de una ley tiene un efecto apaciguante sobre su delirio, porque la culpabiliza, lo cual, en su caso, regula la libido yoica.

Silvia Elena Tendlarz (1999), afirma que en el caso Aimée, Lacan reconoce un trastorno imaginario, producto de la regresión al estadio del espejo, de este modo se adelanta a la elaboración formal que hará luego acerca de dicho estadio.

Incluso antes de conceptualizar el estadio del espejo encontramos el rastro de esta formulación.

En la proliferación de dobles reconocemos el trastorno imaginario producto de la regresión tónica al estadio del espejo. Estas consideraciones le permiten explicar el mecanismo de autopunición: Aimée agradece su ideal exteriorizado, y al hacerlo, se agradece a sí misma. (p. 58)

La acumulación de libido en el yo, define una relación eminentemente imaginaria, que el delirio de grandeza ejemplifica, relación que en la neurosis es regulada por lo simbólico y que en la psicosis deviene frágil al no contar con este soporte. Así entonces, viene el delirio como un intento de canalizar la libido, más en Aimée no bastó, fue el efecto de culpa provocado por una ley, lo que logró regular su desborde libidinal.

Ahora, lo imaginario unifica, sin embargo es frágil, si no cuenta con una intervención simbólica que sostenga su consistencia. Aunque suele identificarse con lo unificado, también concierne a lo imaginario la fragmentación, acerca de este fenómeno se tratará en el subcapítulo siguiente.

3.3.2. Lo imaginario y la fragmentación

Se ha explicado que la imagen es fundamental en la constitución del yo como unidad aparente. Opuesta a la unidad está la fragmentación y punto de referencia para pensarla es la agresividad inherente a la identificación imaginaria. La agresividad puede presentarse como intensión de agresión. Es una fuerza inherente a la identificación imaginaria, que, si bien hace parte de los vínculos, tiende a la separación.

La tan necesaria unidad es una forma de velar una fragmentación primigenia, reprimida, no significantizada pero a la cual Lacan intentó darle un nombre al inventarse el objeto *a*. Luego, cuando por alguna razón, el sujeto sea remitido a esta fragmentación primigenia, no lo hará sin experimentar un sentimiento “ominoso”. Este sentimiento ha sido traducido también como “inquietante extrañeza” o “siniestro”, algo familiar y a la vez extraño, algo exterior y a la vez profundamente íntimo.

El objeto *a* es un resto que queda después de la incidencia de lo simbólico en lo real. Dicha incidencia tiene un vínculo estrecho con la experiencia de satisfacción, después de la cual se considera haber perdido “algo”, ese algo es el mismo resto que queda, es lo que se cree, proveyó la primera satisfacción.

En la experiencia del ramillete invertido, *i (a)* es la imagen de las flores, las cuales representan el cúmulo de sensaciones dispersas en la cría de humano. La imagen obtenida a partir del espejo cóncavo, es una imagen real y si no fuera por la posición del espejo y del ojo (este representa al sujeto), las flores no serían visibles. Esta experiencia ilustra el intento de asir el objeto *a*, pero sólo se accede a una imagen de él, representada por la imagen de las flores en el cuello del jarrón.

Además de la experiencia del ramillete invertido, Lacan tiene otra manera de explicar lo que acontece en esa fase inicial del desarrollo libidinal del niño, a través del transativismo, al que define así:

El niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestanda y de ostentación, de las que sus conductas revelan con evidencia, la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con el seductor (Lacan, 1949/1975, p. 77).

El transativismo describe un momento evolutivo en el cual el niño se identifica con un par, quien tiene un objeto deseable. Entonces los comportamientos y acciones del niño, obedecen a la identificación con la posición del semejante (posición respecto al objeto de deseo). Luego, la ambivalencia estructural referida por Lacan, consiste en que, aunque el niño se identifique con el semejante, no es a este a quien desea, muy al contrario, el semejante es su rival, puesto que desea su mismo objeto.

Un ejemplo claro de transativismo es descrito por Rocine Lefort, a partir del análisis de una niña de 13 meses. Relata que la niña, llamada Nadia, no aparenta ninguna motivación. Sin embargo, si ve que otro niño intenta apoderarse de un juguete, reacciona, en ocasiones gritando violentamente o llora al ver que su analista se acerca a otro niño entonces llora (Lefort & Robert, 1983, p.14).

La situación de Nadia con su semejante, puede ser leída a partir del esquema Lambda, esquema utilizado por Lacan para explicar la dinámica del registro imaginario. Es llamado así debido a que su forma es similar a la letra del alfabeto griego que tiene este nombre: “λ”.

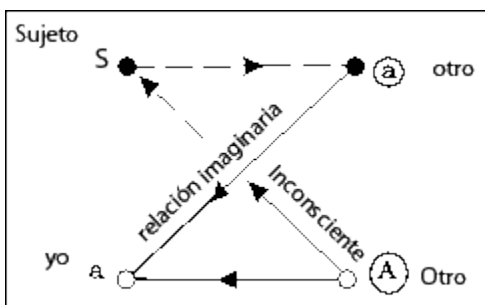


Figura 12

Esquema Lambda

Fuente: Lacan (1954, p.365)

En el esquema, los vectores ponen de manifiesto las relaciones entre los cuatro signos que lo integran, también la dirección de las conexiones.

Conviene tener en cuenta que en francés la palabra “otro” se escribe “autre”, así que comienza por la letra “a”. Lacan utiliza dos “a” en el esquema, discriminando de esta manera dos formas del otro. Uno lo escribe con “A” mayúscula, es de quien se trata en la función de la palabra. Y el otro con “a” minúscula²⁴ es el semejante.

Luego, inicialmente el niño percibe la imagen del semejante y es esta captación por la imago de la forma humana la que domina su comportamiento durante la primera infancia, que va de los seis meses a los dos años y medio. Sobre el vínculo inicial entre el sujeto y el “a”, Lacan afirma: “Esta relación erótica en que el individuo se fija en una imagen que lo enajena a sí mismo, tal es la energía y tal es la forma en donde toma su origen esa organización pasional a la que llamará su yo” (Lacan, 1949/1975, p.106).

²⁴ Es necesario diferenciar el “a” que representa el otro con minúscula, el semejante. Y el “a” como significante del objeto perdido. En este subcapítulo se hace necesario recurrir a ambos para el desarrollo de la explicación, son entonces representados con la misma letra, pero con diferente grafía.

De acuerdo al esquema Lambda, el sujeto se relaciona con su semejante (a'), se identifica a él y así constituye su yo, tercer elemento del esquema. La relación entre el semejante y el yo constituye el eje imaginario. Desde Freud se podría decir que es a partir de la identificación con los objetos imaginarios que el yo se constituye²⁵.

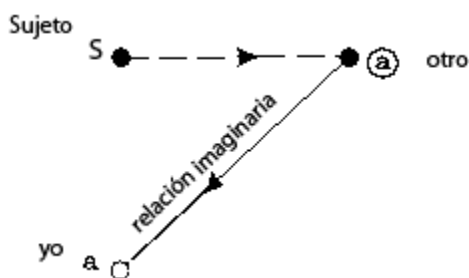


Figura 13

Fragmento del esquema Lambda

Así entonces, la relación de Nadia con su semejante, ejemplifica la primera parte del esquema: S-----a. Nótese que el sujeto no está barrado.

Después, la identidad inicial con el semejante no se da sin la tensión agresiva, manifestada en Nadia por sus reacciones, gritos violentos y llantos cuando ve que su analista se acerca a otro niño. A propósito de esta situación, Lacan cita a San Agustín:

“Vi con mis propios ojos y conocí bien a un pequeñuelo presa de los celos. No hablaba todavía y ya contemplaba, todo pálido y con una mirada envenenada a su hermana de leche” (Lacan, 1949/1975, p. 78).

²⁵ Proceso descrito en el subcapítulo 2.1.

Lo anterior es una manifestación de la *invidia*²⁶. El relato de San Agustín describe una situación que motiva al niño a ubicarse en una posición, por identificación con un semejante.

Lacan (1954/2001) afirma:

Cuando el sujeto habla con sus semejantes lo hace en el lenguaje común, que toma a los yo imaginarios por cosas no simplemente ex –sistentes, sino reales. No pudiendo saber lo que hay en el campo donde se sostiene el diálogo concreto, se las ve con cierto número de personajes, a' y a'’. En la medida en que el sujeto los pone en relación con su propia imagen, aquellos a quienes les habla también son aquellos con quienes se identifica. (p. 356)

La forma en que el sujeto niño se relaciona con sus yo imaginarios como si fuesen reales, es similar a la forma en que el psicótico se relaciona con los objetos, según lo explica Freud en su escrito “Lo inconsciente” (1915/2011), en tanto toma a las representaciones palabra como objetos reales. Sin embargo un niño, si no es psicótico, podrá, a partir de cierto momento, asumir las palabras como objetos imaginarios.

El cuarto elemento del esquema, el Otro, con mayúscula, es otro sujeto que opera como “alteridad fundamental”. Con este no hay posibilidad de identificación, no es imaginario, está inscrito en el registro simbólico e interviene en la relación entre el yo y el semejante (a’), en el eje imaginario del esquema.

Luego, no es necesario contar con la palabra para reaccionar emocional y somáticamente a la aparición del semejante, inicialmente esta relación está dominada por lo imaginario. Sin embargo la presencia posterior de la palabra puede regular dichas reacciones y esto sería entonces una intervención de lo simbólico en el eje imaginario, la cual tiene efectos de subjetivación. Produce

²⁶ La invidia está vinculada con a función de la mirada. Acerca de ella trabaja Rocine Lefort en *Nacimiento del otro* 1983 p. 19.

la emergencia del sujeto, cuya consistencia depende, tanto del otro, semejante (con quien tiene una relación marcada por la agresividad) como del Otro, regulador del vínculo imaginario.

Muestra de la agresividad inherente al vínculo imaginario es la reacción de Nadia frente al niño que tiene cerca a su analista, también la del bebé frente a su hermano de leche. Lacan relaciona esta agresividad con lo que Freud había planteado como "pulsión de muerte". Conviene recordar el planteamiento de Freud acerca de la tendencia pulsional de volver a lo inanimado, lo cual es propio del componente sexual de la pulsión, mientras que su dimensión conservadora tiene una fuerza contraria a la tendencia a lo inanimado.

Teniendo en cuenta lo anterior, puede considerarse que en la agresividad hay una tendencia a lo primigenio, donde no había unidad constituida.

Lacan alude a la facilidad con la que en los juegos de los niños aparecen temas como arrancar la cabeza o abrir el vientre. Escribe acerca de las pinturas del Bosco:

Hasta la misma ojiva de las *angustiae* del nacimiento se encuentra en la puerta de los abismos hacia los que empujan a los condenados, y hasta la estructura narcisista puede evocarse en esas esferas de vidrio en las que están cautivos los coparticipes agotados del jardín de las delicias (Lacan, 1949/1975, p.69).

Estas imágenes que encarnan la agresividad, bien como intensidad de agresión o como imagen de dislocación corporal, son imágenes de fragmentación donde los elementos, aunque imágenes, aparecen incompletos, fragmentados. Y aunque tengan estas formas, constituyen una Gestalt propia de la agresión en el hombre. Aclara que está ligada al carácter simbólico.

Así entonces, la identificación con el semejante sería un modo de identificación narcisista, que contaría con la agresividad como tendencia correlativa. Esto explica que la agresión sea una

relación fundamental del yo. Suena paradójico, puesto que el yo es una unidad, pero en su constitución priman los vínculos definidos por la agresividad, por una tendencia a la fragmentación primigenia.

A propósito del escrito de Lacan “La agresividad en psicoanálisis” (1949/1975), Miller subraya la expresión “desgarramiento”, y afirma: “Desgarramiento original, es la fórmula del narcisismo humano, es la manera de traducir el estadio del espejo, lo que anuncia ya aquello que Lacan va a escribir como una S tachada” (Miller, 1991, p.12).

Concebir la presencia de la agresividad (como intensión, como tendencia, como imagen de dislocación corporal), en los vínculos imaginarios, incluye una idea de lo imaginario diferente a aquello que está en pro de la unidad, presenta a lo imaginario como un escenario fragmentado en su origen, incompleto, también como instancia que apunta a la fragmentación, en tanto es orientada por la agresividad. Conviene entonces interrogar de que consistencia se trata en lo imaginario, cuando las imágenes que predominan son pedazos. Pero, y he ahí la razón para reconocer la cualidad de consistencia, son imágenes, es decir, el testimonio de una correspondencia punto por punto de un elemento a otro.

Las imágenes fragmentadas, pueden generar sentimientos ominosos, término definido por Freud del siguiente modo: “Lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (Freud, 1919/1979, p. 220).

Este autor plantea que en el desarrollo anímico del sujeto, este atraviesa una fase similar al animismo de los pueblos primitivos, donde están presentes creencias que atribuyen alma a todos los seres, fenómenos y objetos naturales. Con frecuencia se dice del comportamiento infantil, que otorga capacidades humanas a elementos que en realidad no las tienen. Esta fase infantil deja

secuelas y restos que pueden ser exteriorizados tiempo después. Luego, lo que se llama “ominoso”, es aquello que toca esos restos y secuelas, provocando que sean exteriorizados. Lo ominoso y el animismo coinciden en que ambos son una manifestación de que hay vida justamente allí donde se creía que no la había.

Si lo ominoso es algo destinado a permanecer en secreto, quiere decir que es del orden de lo reprimido. Puede generar un sentimiento relacionado con la evitación, pero también llama la atención.

Freud (1919/1979) hace dos puntuaciones que aclaran de manera significativa la noción de lo ominoso:

La primera: Si la teoría psicoanalítica acierta cuando asevera que todo afecto de una moción de sentimientos, de cualquier clase que sea, se trasmuda en angustia por obra de la represión, entre los casos de lo que provoca angustia existirá por fuerza un grupo en que pueda demostrarse que eso angustioso es algo reprimido que retorna. Esta variedad de lo que provoca angustia sería justamente lo ominoso, resultando indiferente que en su origen fuera a su vez algo angustioso o tuviese como portador algún otro afecto. La segunda: Si esta es de hecho la naturaleza secreta de lo ominoso, comprendemos que los usos de la lengua hagan pasar lo “*Heimliche*” [lo familiar] a su opuesto, lo “*Unheimliche*”, pues esto ominoso no es efectivamente algo nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión. Ese nexo con la represión nos ilumina ahora también la definición de Shelling...²⁷ (p. 240)

²⁷ La definición de Shelling reza: “Lo ominoso es algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 1919/1979, p.241)

Ante la emergencia de lo reprimido, el sujeto experimenta angustia. Luego, lo que genera este sentimiento no es algo nuevo, sino la reaparición de algo inherente al sujeto, desde los orígenes de este.

Probablemente lo que emerge y genera el sentimiento ominoso, son las sensaciones dispersas previas a la identificación con el semejante. Es esto lo destinado a permanecer reprimido, que tiene una relación estrecha con el objeto *a*, el resto imposible de significantizar, y que remite a un momento inicial en la vida del sujeto en que carecía de toda significación.

Así pues, lo ominoso, la agresividad, la angustia, son afectos que dan cuenta de la eficiencia de la imagen del objeto *a*, objeto que si tiene imagen, entonces ha de tener consistencia.

4.LA CONSISTENCIA IMAGINARIA Y EL NUDO BORROMEIO

En el capítulo actual se plantearán asuntos relativos al lugar de la consistencia imaginaria en el nudo borromeo. Identificando en éste, el lugar del registro imaginario y el aporte específico que hace a la consistencia. Para ello, se retomarán algunas elaboraciones realizadas en el transcurso de la investigación.

4.1. La consistencia imaginaria

Desde la etimología, la palabra consistencia se divide en tres componentes léxicos: el prefijo *con*, que significa junto, todo; *sistere*, que significa tomar posición y detenerse en un lugar; *ia*, sufijo que significa cualidad.

A propósito del sentido que evoca el morfema *con*, es interesante ver cómo en la química el término consistencia está referido a la cohesión entre las partes que conforman un todo. Allí la consistencia es una cualidad de la materia que resiste sin romperse ni deformarse fácilmente.

Se verá luego que el sentido de cohesión es retomado por Lacan cuando utiliza el concepto de consistencia. Este post-freudiano importa el concepto desde la filosofía, donde se le ha dado varios usos. Entre ellos, se le equipara a la esencia, por ser la esencia aquello en lo que algo consiste, ella se considera consistente porque no está sometida a contradicción, la esencia indica lo que permanece invariable, lo que las cosas son en sí mismas.

Así entonces, en la metafísica se habla de consistencia para definir la completa subsistencia de una realidad, la cual se describe en términos de real consistencia. Y en un contexto lógico, la

consistencia se refiere a “aquel resultado que se ajusta a la condición de que, tanto su fórmula como la negación de ella, no sean teoremas que se cumplan a la vez para tal resultado o calculo; entonces se dirá que éste es consistente o que tiene consistencia” (Martínez & Martínez, 1996, p.99).

De manera que la lógica, disciplina filosófica, se ha ocupado de la consistencia. Esta disciplina estudia la relación entre los enunciados y la consistencia formal entre ellos. Merece precisarse que la formalización simbólica lograda en la lógica desde finales del siglo XIX, ha estado vinculada a la lógica matemática, permitiendo su aplicación a la informática y conservando sus principios filosóficos. En las matemáticas y en la informática también se utiliza el concepto de consistencia (García, 1995).

Se citan a continuación algunos ejemplos de consistencia e inconsistencia lógica:

“Guillermo es poeta o pianista; no es poeta, por lo tanto es pianista”

La tercera afirmación es derivada de las dos primeras, por lo tanto es válida, es consistente. Lo mismo ocurre en el siguiente ejemplo:

“Si nos cae el techo encima nos lesionaremos; se nos vino encima, por lo tanto nos lesionamos”

Se puede captar la inconsistencia lógica en la siguiente inferencia, que tiene una forma contradictoria:

“Si nos cae el techo encima nos lesionamos; estamos lesionados, por lo tanto se nos vino encima el techo”

Es inconsistente porque la lesión pudo provocarla otro accidente y no necesariamente la caída del techo. También es inconsistente el siguiente conjunto de proposiciones:

“Tomás es más alto que Andrés y Tomás no es más alto que Andrés”.

Es inconsistente puesto que no es posible que Tomás sea más alto que Andrés y al mismo tiempo no sea más alto que Andrés.

La consistencia es una propiedad presente en la construcción de los conceptos. En su diccionario de filosofía, Martínez (1996) escribe:

En la filosofía griega, concepto es lo que se sustrae a la mutación o diversidad de las opiniones, ya que son rasgos constitutivos del objeto mismo que no pueden ser alterados por un cambio en la perspectiva con que se observan, pues se dirige a la sustancia o esencia, y es tarea propia de la razón. (p.89)

Plantear que en el concepto las proposiciones referidas al objeto no son modificadas ni contradicen el resultado de la inferencia, indica que los conceptos se rigen por una lógica consistente. Esto les permite sostenerse, aun si son observados desde perspectivas distintas y es una diferencia importante entre lo que es un concepto y una opinión.

Además de tomar la noción de consistencia de la filosofía, Lacan la amplía, utilizando para ello sus referencias al nudo borromeo. Dice Lacan:

Si hay algo que ilustra que la consistencia, ese algo que de alguna manera es subyacente ¿A qué? A todo lo que decimos, que esta consistencia es otra cosa que lo que se califica en el lenguaje como la no contradicción, es precisamente esta especie de figura en tanto que ella tiene algo que estoy bien forzado a llamar una consistencia real. (Seminario 22, clase del 14 de enero de 1975, sin editar)

La figura a la que se refiere es el nudo borromeo. Y la noción de consistencia que ella ilustra, depende de la articulación que allí se da entre los registros real, simbólico e imaginario.

En el seminario1 (1953b/2007), al explicar uno de los esquemas de los dos espejos, Lacan se refiere a la consistencia de la imagen:

Para que la imagen tenga cierta consistencia, es necesario que sea verdaderamente una imagen
¿Cuál es la definición de imagen en óptica? A cada punto del objeto le corresponde un punto de la imagen, y todos los rayos provenientes de un punto deben cruzarse en un punto único de algún lado. (p.190)

Así entonces, para la consistencia es necesaria una correspondencia entre los puntos del objeto y los de la imagen. De hecho, en óptica, la imagen es una figura formada por el conjunto de puntos donde convergen los rayos, provenientes de fuentes puntuales del objeto luego de su interacción con el lente o espejo.

También se puede hacer referencia a la consistencia a partir de la figura topológica de la Banda de Moëbius, una banda cuyo revés y derecho son un solo lado, entre ambos lados hay continuidad.

Esta figura, puede bien representar el relevo que en la pulsión hacen el principio de realidad y el principio del placer, tal relevo permite ser consecuente con el principio del placer y simultáneamente, vigilar que se preserve la vida. Él crea una continuidad entre un principio y otro, sin que tengan que excluirse mutuamente.

A través de la experiencia óptica, Lacan había explicado cómo se produce el lazo entre el organismo y la imagen. Desde luego que es a través de la intervención del Otro, intervención que tiene efectos en los orificios del cuerpo, lugares que permiten el intercambio entre el interior y el

exterior, bordes. La intervención del Otro produce experiencias de placer, juntan al organismo con la imagen del cuerpo y aquellos bordes devienen zonas erógenas.

Referida por Lacan en la última parte de su enseñanza, la consistencia del registro imaginario, está en relación con las consistencias de los registros simbólico y real. Más hay algo singular en la consistencia del registro imaginario, que la hace un referente significativo de la consistencia en el nudo borromeo.

La consistencia de este registro imaginario, se manifiesta en la percepción que el niño tiene de la imagen de su cuerpo. Es la imagen lo que le facilita tener una idea de “sí mismo” y aprehender su cuerpo. De allí que Lacan afirme que lo imaginario funda la consistencia (Seminario 22, clase del 17 de diciembre de 1974, p.7, sin editar).

Sin embargo, esta relación entre consistencia y cuerpo es menospreciada en el seminario 23 (1975b/2006):

¿Qué quiere decir la consistencia? Quiere decir lo que mantiene junto, y por eso aquí se la simboliza con la superficie. En efecto, pobres de nosotros, sólo tenemos idea de consistencia por lo que constituye una bolsa o un trapo. Esta es la primera idea que tenemos al respecto. Incluso al cuerpo lo sentimos como piel que retiene en su bolsa un montón de órganos. (p.73)

Lo único que se mantiene junto no es un cuerpo, si bien un cuerpo puede ser ejemplo de la consistencia, como el yo. Pueden también mantenerse juntos los tres registros, articulación que pierde consistencia con el desencadenamiento.

De otro lado, la respuesta que el niño percibe del otro, a la cual se identifica, tiene implícito un sentido y orienta su acto. Así entonces, la incidencia de la palabra participa de la fundación del

yo, instancia que a su vez participa de los procesos de pensamiento. A propósito del cual, Freud (1925/2011) afirma:

...el pensamiento posee la facultad de hacer de nuevo presente, por reproducción en la imagen, algo una vez percibido, sin que el objeto tenga que continuar existiendo fuera. La primera y más inmediata finalidad del examen de realidad no es, pues, hallar en la percepción real un objeto correspondiente al imaginado, sino volver a encontrarlo, convencerse de que aún existe (p.2885)

Así, el pensamiento es una consecuencia de la constitución de la imagen, él está presente en el examen de realidad, aquel que verifica la correspondencia entre la identidad de percepción (imagen del objeto real) con otra imagen del objeto perdido (imagen de la imagen del objeto real). En tanto verifica la correspondencia, el examen de realidad es una prueba de consistencia lógica.

Puede afirmarse que un delirio es consistente, en tanto es un sistema, y como tal, cerrado sobre sí mismo, con una coherencia interna. Es por ello que el psicótico no duda, está en la certeza, y es por ello que no entra en la contradicción dialéctica que está articulada sobre la negación de la afirmación. El delirio psicótico es pura consistencia afirmativa.

La incidencia del registro real en el imaginario tiene efecto de angustia (Figura 20). Esta incidencia acontece, también gracias al redondel simbólico, que la fija. Entonces le da consistencia a la angustia, como aviso de la cercanía del objeto *a*.

Lo que acontece en los episodios de angustia, implica cierta regresión a la angustia primigenia, propia del momento en el que aún no se había constituido el yo.

Lacan recurre a un uso particular de las leyes de la perspectiva en la pintura, llamado anamorfosis. Allí las formas son representaciones distorsionadas de la realidad en una superficie, ellas suelen cobrar sentido cuando se miran desde cierto punto de vista. Muestra de la anamorfosis es el cuadro “Los embajadores” de Hans Holbein; allí están dos embajadores con aire de ostentación y apariencia y delante de ellos flota un objeto inclinado, este objeto es la imagen de una calavera, alusión a la muerte.

Las imágenes anamórficas en tanto imágenes son consistentes. Y suelen tener algo absurdo, no por eso pierden consistencia. En el caso del cuadro referido, puede decirse que el elemento flotante es representante del objeto a , acerca del cual dice Lacan (1964): “...objeto privilegiado, surgido de una separación primitiva, de alguna automutilación inducida por la aproximación misma de lo real, que en nuestra algebra se llama objeto a ” (p.90).

Este objeto es un resto que queda luego de la inscripción en el Otro. Es el representante del objeto perdido, que se busca vía regresiva también en la identificación.

Se retoma la experiencia óptica del ramillete invertido, donde se explica la emergencia de la imagen del objeto a : $i(a)$. Es con esta imagen, representada en la figura por el florero invertido, que pueden atraparse los objetos a , representados por las flores (Figura 10). Acerca del momento previo a esta operación eficaz de la imagen, Lacan (1962/2006) afirma:

“Antes del estadio del espejo, lo que será $i(a)$ se encuentra en el desorden de los a minúscula que todavía no es cuestión de tenerlos o no tenerlos. Este es el verdadero sentido, el sentido más profundo a darle al termino autoerotismo –le falta a uno el sí mismo, por así decir, por completo. No es el mundo exterior lo que le falta a uno, como se suele decir impropriamente, sino uno

mismo...Aquí se inscribe la posibilidad de este fantasma despedazado que algunos de ustedes han encontrado en los esquizofrénicos” (p.132).

Antes de que el niño se haga a una i (a), hay un caos de “ a ” minúsculas (pedazos, restos sin coherencia), ya que aún no se cuenta con una imagen que pueda contenerlos. Lacan alude a ciertos episodios de la esquizofrenia, que son una revivificación de este estado, y asocia la angustia con los fenómenos de despersonalización, contrarios a la estructura del yo. Las imágenes de fragmentación muestran el vacío, lo absurdo y la dimensión ominosa, representan la ausencia de un objeto unificado y en esa medida, representan al objeto a . Más la regresión al lugar de la fragmentación no siempre es una alucinación, puesto que en muchas ocasiones hay representaciones del objeto; pero pueden ser objetos dispersos, incompletos, que el sujeto bien puede sentir como persecutorios.

Finalmente, la imagen del objeto a , en tanto imagen, es consistente. Aunque ella no represente la unidad, es prueba de la participación del registro imaginario en la dinámica psíquica. Sin embargo, una evidencia más de que el objeto a , como objeto (no sólo la imagen de su imagen), tiene consistencia, es que son sus características las que determinan el tipo de anudamiento entre los registros, las que los mantienen juntos. Y su consistencia tiene una faz imaginaria.

4.2. El nudo borromeo de tres redondeles en la enseñanza de Jacques Lacan

Se han revisado diferentes elementos en Freud y en Lacan a propósito del registro imaginario. Con el propósito de discernir elementos que faciliten definir la función que cumple en el nudo borromeo.

Ya en el capítulo 1 se hicieron unos aportes básicos sobre este nudo, en este subcapítulo se ingresará la explicación acerca del mismo como elemento que da cuenta de las relaciones entre los registros real, simbólico e imaginario. En los seminarios donde Lacan utilizó como herramienta este nudo borromeo (especialmente en el 22 y en el 23), recurre continuamente a diferentes conceptos de las matemáticas, muchos de los cuales no se utilizarán para esta elaboración, puesto que no corresponden al tema de investigación. Más sí se aludirá a algunos otros, básicos, con el propósito de facilitar la explicación del tema e indagar por el problema de investigación.

El elemento imaginario, aunque homogenizado con los otros dos registros, desempeña un papel singular en el nudo, inherente a la consistencia. Y hacia allí apunta la indagación. Al ser el nudo una figura topológica conviene decir algo acerca de esta disciplina.

La topología es una rama de la geometría, que estudia las propiedades que tienen las figuras en el espacio, más allá de sus deformaciones. Propiedades tales como continuidad, contigüidad, limitación. A diferencia del espacio euclidiano, la topología no tiene en cuenta la recta, el plano, ni el espacio tridimensional, donde importan distancias, formas, áreas y ángulos. Jeanne Granon-Lafont (1999) afirma que la topología aclara las nociones sobre las que descansa la cura psicoanalítica, ya que las figuras topológicas permiten localizar lo que el sufrimiento psíquico, pone en juego. La topología concierne al psicoanálisis y así lo explica:

En efecto, el psicoanálisis es un estudio de la estructura desembarazada de un objeto psíquico único sustantivizado. La tendencia general del pensamiento es dar cuerpo, subjetividad a uno de los conceptos de nuestra disciplina, por ejemplo al sujeto o al inconsciente. El sujeto no es el objeto del psicoanálisis, del mismo modo que la hormiga y la cucharilla no son el objeto de estudio de los topólogos. Estos se interesan sólo en sus apariciones, sus trayectos y en las posibilidades que permite describir un espacio particular. Así sucede con el alma, noción que propone una representación ejemplar de esa tendencia a la subjetivación: El estudio de sus profundidades no pone en juego para un topólogo más que cuestiones de recorrido en un espacio. (pp. 22-23)

Tanto en la topología, como en el psicoanálisis es importante la noción de espacio, a través del cual, en la primera se devela la identidad de la superficie consigo misma, y en la segunda la identidad del objeto a . El mismo autor aclara que en esta rama de las matemáticas, la igualdad sería el trayecto posible de una presentación a otra presentación. Entonces, si a través de una deformación continua se puede pasar de una figura a otra, se diría de las figuras implicadas, que son idénticas. Es el caso de las siguientes figuras:

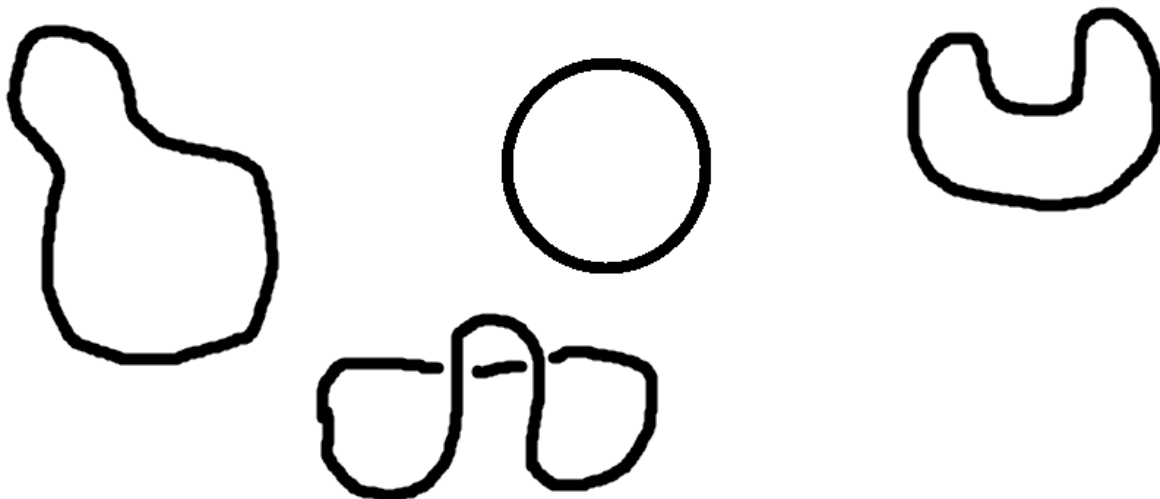


Figura 14

Figuras idénticas en topología

Si la misma cuerda se mueve sin cortarla, deformando el dibujo que se tenía, puede obtenerse un nudo diferente, aunque siempre equivalente al anterior. Esta uniformidad es consecuente con lo que Heidegger planteó como principio de identidad, cuya fórmula es: $A \text{ es } A$. Escribe Heidegger (1957):

En la mismidad yace la relación del “con”, esto es, una mediación, una vinculación, una síntesis: La unión en una unidad. Pero esta unidad no es de ningún modo el vacío inconsistente de lo que privado en sí mismo de relación, se detiene y persiste en una uniformidad. (p.5)

Entonces en la identidad hay mediación, ello hace unidad. Dicha unidad no persiste en la uniformidad. Luego, es posible que un mismo elemento tenga muy diversas formas, conservando siempre sus propiedades cualitativas intrínsecas. De ello se ocupa la topología.

Lacan entonces, utiliza varios objetos topológicos como herramientas que le permiten elaborar acerca del psicoanálisis y le facilitan la transmisión, entre ellos están la banda de

Moëbius, el toro, el crosscap y el nudo borromeo. Este último, figura orientadora para la presente investigación.

Un nudo es un hilo que hace un trayecto particular, para no ser reductible a un redondel. Para comenzar, el nudo más sencillo es el nudo trivial, producto de juntar los dos extremos de un cordón. Suele representarse como una circunferencia, aunque puede tener otras formas, todas las figuras anteriores (Figura 14) son nudos triviales.

Otro tipo de nudo es el borromeo, cadena constituida por varios anillos, mínimo tres. Cumple con la condición de que si se suelta cada uno de sus anillos, cualquiera que sea, toda la cadena se deshace. El designar “nudo borromeo” a una cadena de tres hilos, puede ser un abuso de lenguaje, puesto que tal anudamiento no es hecho con un solo cordel; sin embargo, así se la encuentra nombrada en la mayoría de los textos y es la expresión con la que se hace referencia a ella en este trabajo.

En los seminarios 22 y 23, la figura del nudo borromeo, es fundamental para las elaboraciones de Lacan. En el 23 agrega su estudio del caso del escritor James Joyce, quien, aun contando con una estructura psicótica, supo arreglárselas para no desencadenar, no enloqueció, más sí produjo una obra.

Lacan se sirve en especial de los nudos borromeos de tres y cuatro redondeles. El de tres está constituido por lo imaginario, lo real y lo simbólico. El de cuatro, por los mismos elementos más otro al que llama “sinthome”. Así se refiere a la diferencia entre el nudo de tres y el de cuatro, en el seminario 23:

El hecho dominante es que los tres redondeles participan de lo imaginario como consistencia, de lo simbólico como agujero y de lo real como ex -sistente a ellos. Los tres redondeles, pues, se

imitan...Solo que no se imitan simplemente, sino que, debido al dicho, se disponen en un nudo de tres o nudo triple. De allí mi preocupación –después de haber hecho el hallazgo de que tres nudos de tres se anudaban de manera borromea- por el anudamiento de cuatro de estos nudos de tres [...] He constatado que si tres nudos se mantuvieron libres entre sí, un nudo triple, que pone en juego una completa aplicación de su textura, ex –siste. Y es propiamente el cuarto” (Lacan, 1975b, p.56).

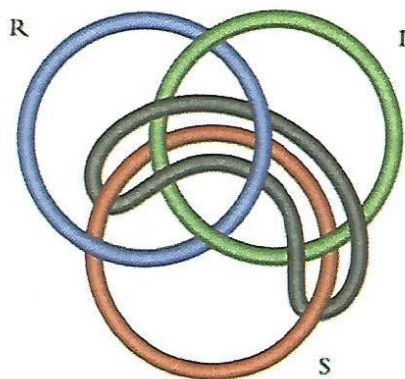


Figura 15

Los tres anillos unidos por el sinthome

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.21)

Lacan comienza a introducir la idea de continuidad posible por el aplanamiento²⁸, debido al cual, un nudo de tres redondeles puede devenir un nudo de trébol. Y además, plantea la existencia de un nudo borromeo de cuatro redondeles, diría también “de cuatro nudos de tres”. Se advierte que se tiene conocimiento de dicho planteamiento, sin embargo, para este trabajo se ha estudiado exclusivamente el nudo de tres redondeles, origen del nudo de trébol y estructura constituyente de los registros real, simbólico e imaginario, que participan del nudo de cuatro.

²⁸ Se hace referencia al aplanamiento en una parte posterior de este mismo subcapítulo.

Una vía para acercarse a él, es a través de la figura del triskel, figura triangular, constituida por tres líneas que se cruzan. Al referirse a ella, Lacan alude a un símbolo de los Bretones, quienes a través del triskel simbolizan tres fusiles que hacen haz, soportándose de a tres los unos a los otros (Lacan, 1975b/2006, p.17).

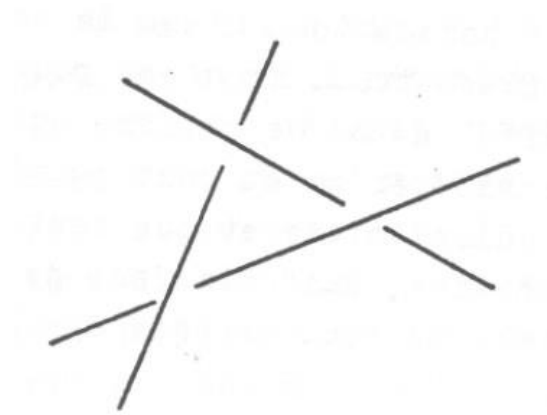


Figura 16

Triskel

Las líneas que conforman el triskel podrían denominarse de manera independiente, Real, Simbólico e Imaginario. A diferencia de un nudo, en el triskel los tres registros no están en continuidad. Sin embargo, se trae a colación esta figura porque a partir de ella puede distinguirse la presencia de los tres registros, entrecruzados, en una imagen similar a un nudo de tres. En el triskel son tres rectas, que pueden anudarse en el infinito.

Llama la atención que las representaciones del triskel, como la del nudo borromeo, hayan sido en algún momento, símbolos de protección, el primero constituido por la imagen de tres fusiles entrecruzados y el segundo presente en los escudos de armas de la familia de Vitalino

Borromeo²⁹. Otra característica que comparten el triskel y el nudo borromeo, es que el primero tiene tres líneas, como tres es el número mínimo de redondeles que se requieren para que un nudo sea borromeo.

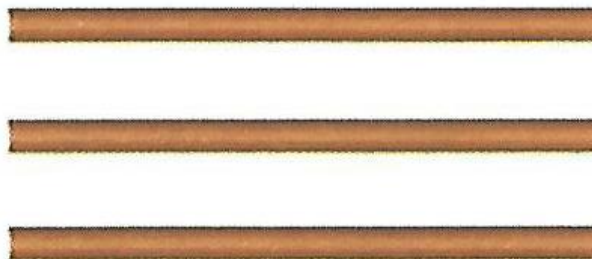


Figura 17

Rectas infinitas paralelas

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.34)

Lacan define lo que ocurre con el punto al infinito de la recta como algo consecuente con su concentricidad. Y grafica del siguiente modo los tres puntos al infinito que completan las rectas:

²⁹ Acerca del origen del nombre del nudo borromeo, se trató en el capítulo 1.



Figura 18

Rectas infinitas completadas por sus puntos al infinito

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.34)

Si se conciben las rectas del triskel como completadas por sus puntos al infinito, quedan tres círculos, cada uno de los cuales resulta envuelto por uno y envolvente respecto a otro (Figura 16).

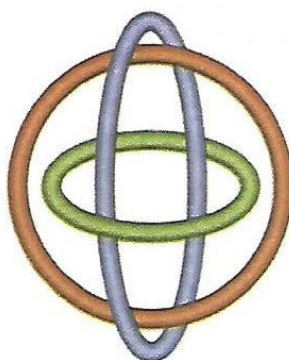


Figura 19

Redondeles envueltos y envolventes

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.37)

En la clase “De lo que agujerea lo real”, del seminario 23 (1975b/2006), Lacan afirma:

No hay uno de estos círculos que, al ser envuelto por otro, no resulte envolvente respecto del otro. Esto constituye la propiedad del nudo borromeo. En la tercera dimensión, si puede decirse de este modo, el nudo borromeo consiste en esa relación que hace que lo que está envuelto respecto de uno de estos círculos resulte envolvente respecto de otro (p.35).

Si se parte del supuesto de que cada círculo representa un registro, esto implicaría que cada uno de los registros sea envolvente respecto a otro, y a la vez envuelto por uno de ellos distinto a sí mismo.

Fue justamente la conjunción entre lo imaginario, lo real y lo simbólico, lo que condujo a Lacan a estudiar el nudo, pues encontró en él una figura topológica práctica, un nuevo “dispositivo para pensar” el psicoanálisis, evolución de las experiencias ópticas.

Volviendo al triskel, dice Lacan (Seminario 22, clase del 10 de diciembre de 1974, sin editar): “...tres rectas que no son aquí simples aristas, trazos de sierra, sombras, sino que son efectivamente tres rectas consistentes que, en el punto aquí central, realiza la que constituye la esencia del nudo borromeo, es decir que determina un punto como tal...”

Posiblemente la esencia a la que se refiere el autor, es al cercado del objeto a , que efectúan el triskel y la cadena borromea. Punto que también es señalado en una sesión del seminario 23. Allí dice: “Sería necesario que lo muestre. Por supuesto, aquí en el centro, a , causa del deseo”³⁰ (Lacan, 1975b/2006, p.70).

Para efectos de transmisión se describirá la operación de anudamiento en un orden específico, antes de lo cual se hace conveniente realizar dos aclaraciones: La primera consiste en advertir

³⁰ En la figura 3, puede verse con claridad la ubicación del objeto a en el nudo borromeo.

que Lacan asigna letras a los redondeles después de que estos operan en el anudamiento, los nombra R, S, I. La segunda: El orden en la descripción de la operación de anudamiento que se realizará a continuación, pretende ser consecuente con lo que acontece en el estadio del espejo. Sin embargo, si algo muestra la topología es la continuidad y simultaneidad en los procesos. Esto implica que en determinadas circunstancias, el primer paso podría no ser la irrupción de lo simbólico en lo real, tal y como se describirá.

Ahora bien, Lacan identifica lo simbólico con el agujero y advierte que lo simbólico hace agujero en lo real. Para que dicha operación se sostenga es necesario que lo simbólico se apoye en lo imaginario. En la gráfica siguiente (figura 20), se señala con el cuadro negro, el punto en el nudo en el cual está representada la función de soportar lo simbólico, llevada a cabo por el redondel imaginario. Si se hace el ejercicio de quitar de allí el redondel imaginario, desaparecería el vínculo entre lo real y lo simbólico.

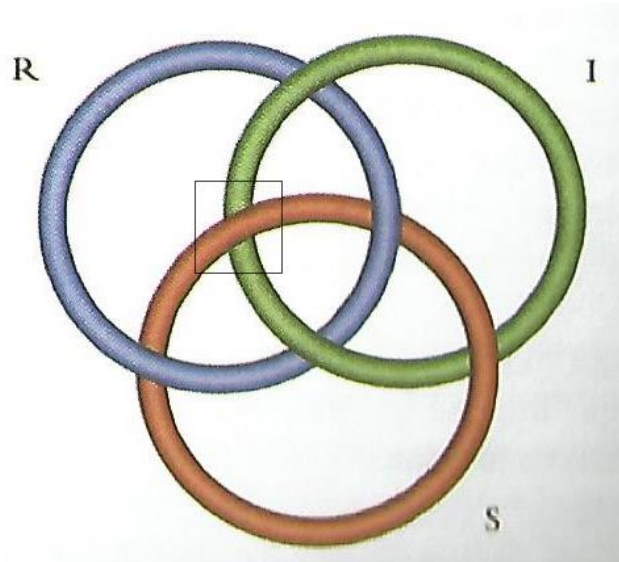


Figura 20

El soporte simbólico en el nudo borromeo

La experiencia óptica referida por Lacan en el texto sobre el estadio del espejo, da cuenta de la presencia de la imagen como condición sine qua non para que opere lo simbólico, y en esa medida la imagen soporta la consistencia. Ya que es justamente una imagen lo que el Otro, encarnación de lo simbólico, avala.

Además del nudo borromeo, la banda de Moëbius es otro elemento topológico utilizado por Lacan.

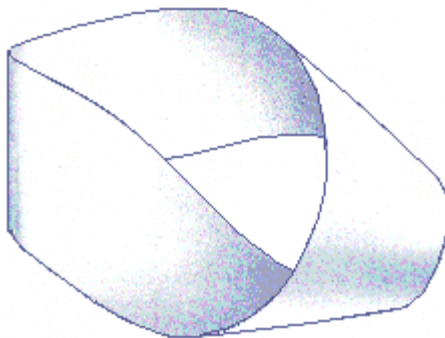


Figura 21

Banda de Moëbius

Fuente: <http://www.sitographics.com/conceptos/notas/moebius.html> Recuperado el 10 de junio de 2015.

Ella puede construirse tomándose una banda rectangular de papel, a la que se le gira 180° uno de sus extremos y este extremo se pega con el otro. Fue descubierta en 1858 por el matemático y astrónomo Ferdinand Möbius, quien la llamó “superficie unilatera” y por el fundador de la topología Benedict Listing.

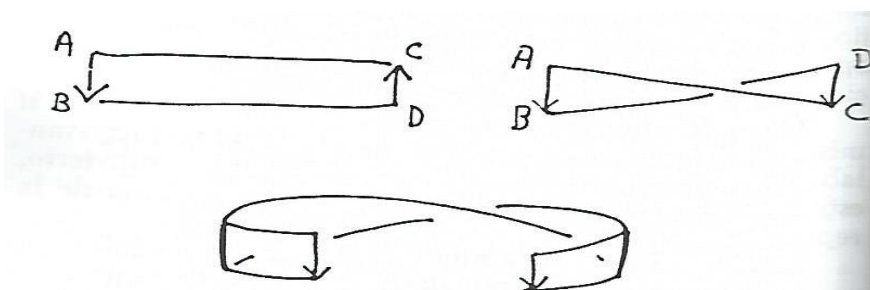


Figura 22

Construcción de una banda de Moëbius

Fuente: Granon-Lafont (1999, p.34)

Esta banda es una superficie de dos dimensiones, con un solo borde y una sola cara. Su derecho y su revés aparecen en continuidad. Si un hombre se dispone a andar por uno de sus lados, reaparecería en el otro sin notar la contrariedad y después de una segunda vuelta reencontraría el punto de partida.

La figura 19 muestra que la línea AC de la banda original se continúa en BD. Adquiere entonces un único borde, el que traza la figura de un ocho replegado sobre sí mismo, al que Lacan llama “ocho interior” o “doble rizo” (Lacan, 1964, p.162).

Para pasar a este trazado, es necesario realizar una operación llamada “aplanamiento”. Así, de un dibujo que tiene tres dimensiones: largo, ancho y espesor, se pasa a un dibujo con dos dimensiones. La profundidad la indica la superposición, se muestra a continuación:

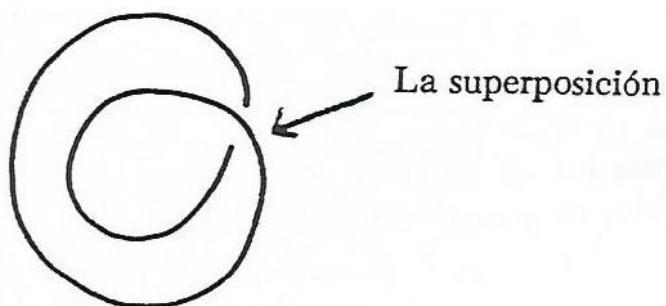


Figura 23

La superposición

Fuente: Granon-Lafont (1999, p.35)

En otros dibujos las líneas de puntos evocan la continuidad de la línea, oculta a la mirada del lector por una superficie.

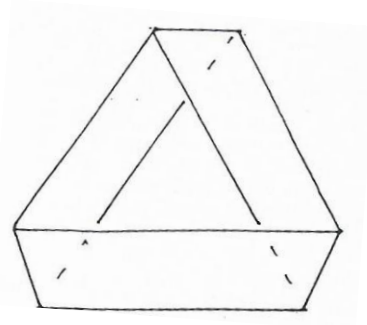


Figura 24

Aplanamiento de una banda de Moëbius

Fuente: Granon-Lafont (1999, p.36)

El aplanamiento es un esquema dibujado en el plano, que permite visibilizar la continuidad de las figuras y estudiar algunas propiedades de los nudos.

Una ilustración del aplanamiento es la imagen del planchado casero, en él hay apilamientos de superficies y pliegues necesarios. Soury³¹ advierte que el mejor aplanamiento es el más simple, el que tiene menos pliegues (Soury, 1984, p.17). Se hace pertinente aclarar que los objetos topológicos resisten al aplanamiento, entre ellos la banda de Moëbius, cuya continuidad es señalada por el punto donde dos superficies devienen una sola.

El relevo del principio de realidad por el principio del placer, señala la estructura moëbiana de la pulsión. Así describe Freud (1920/1979) este proceso:

Sabemos que el principio del placer es propio de un modo de trabajo primario del aparato anímico, desde el comienzo mismo inutilizable, y aún peligroso en alto grado, para la autopreservación del organismo en medio de las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo

³¹ Pierre Soury, matemático, asistente a algunos seminarios de Lacan y gran colaborador suyo en el seminario 23. Escribió textos de topología, varios de ellos articulados al psicoanálisis.

de las pulsiones de autoconservación del yo, es relevado por el principio de realidad, que, sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer (pp. 9-10).

El relevo al que se refiere, es una continuidad que logra el aparato psíquico, conservando siempre la meta pulsional, meta que requiere del objeto imaginario. Además de la banda de Moëbius, que bien puede representar este relevo, hay otra muestra clara de él en el nudo borromeo, donde está presente la continuidad y es indicada por los puntos que se resisten al aplanamiento.

Es la idea de continuidad lo que permite a Lacan ir de la cadena borromea de tres redondeles al nudo de trébol, que está constituido por los tres registros homogenizados. Este nudo de tres se conforma a partir de los cruces (los que se señalan en la figura 25 con las letras a, b y c).

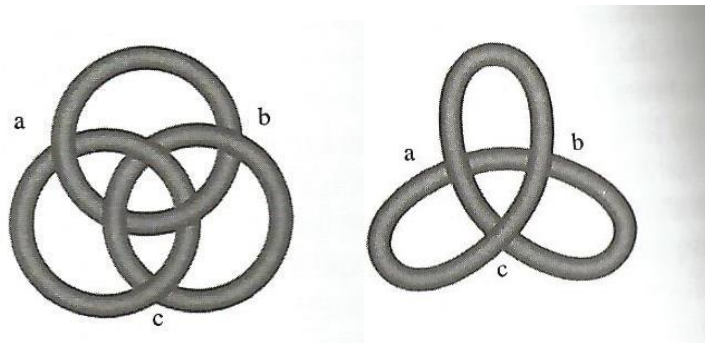


Figura 25

Del nudo borromeo al nudo de trébol

Fuente: Lacan, (1975b/2006, p.84)

La articulación entre los tres redondeles, que devienen un nudo de tres, demuestra una continuidad entre lo real, lo simbólico y lo imaginario. Continuidad presente en los tres nudos de trébol. Dice Lacan (1975b/2006): “El hecho dominante es que los tres redondeles participan de lo imaginario como consistencia, de lo simbólico como agujero y de lo real como ex-sistente a ellos” (p.56). En la cita, Lacan enuncia los rasgos en los que coinciden estos tres redondeles, que llama “nudos”. Los tres se encadenan de manera borromea, gracias a un cuarto nudo que llama “sinthome”. Entre los esquemas, el autor utiliza el siguiente para mostrar la manera en que se anuda el nudo borromeo de cuatro nudos de tres:

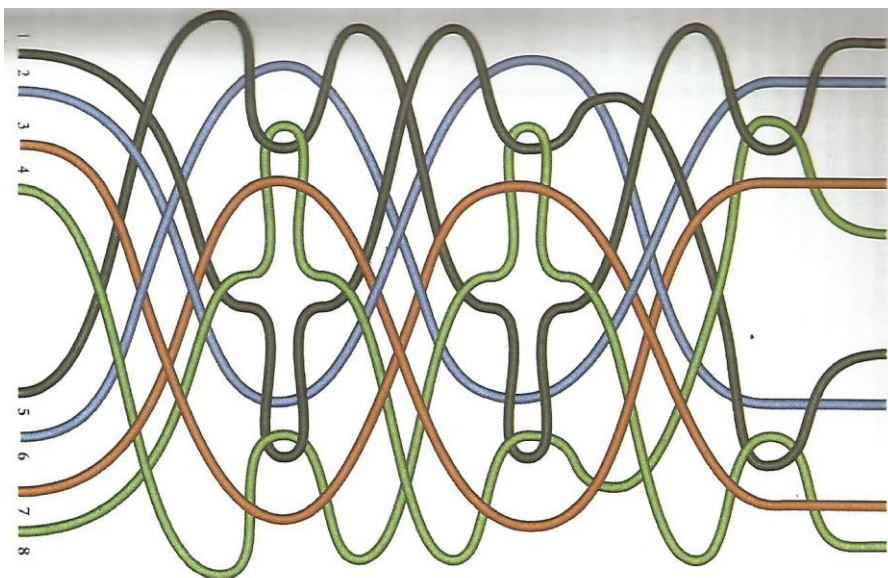


Figura 26

Nudo borromeo de cuatro nudos de tres

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.47)

Además de la relación de mediación que acontece entre los redondeles, definida por el anudamiento borromeo, hay unas relaciones secundarias, señaladas por sus intersecciones e

intrusiones. Pueden ser ubicadas en el nudo si este es leído como *Diagrama de Venn*, lo cual es posible por el aplanamiento (figura 24). Las intersecciones son las siguientes: entre lo real y lo simbólico se ubica el goce fálico, el cual tiene que ver con la prótesis imaginaria a la que se hace el niño a partir del estadio del espejo e implica la identificación con aquello que percibe como falta en el Otro; en la intersección de lo imaginario con lo real, Lacan ubica el goce Otro (JA), como un goce que está por fuera del lenguaje, en el que ocupa un lugar importante el cuerpo; en la intersección de lo simbólico y lo imaginario, ubica el goce sentido, en el que, a diferencia del goce Otro, el lenguaje sí tiene un lugar; finalmente, el eje del nudo borromeo, la intersección de los tres redondeles, es el lugar donde se ubica el objeto a .

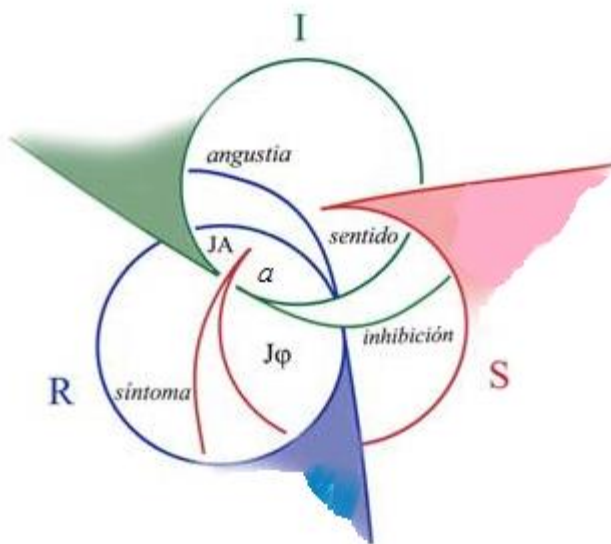


Figura 27

Las tres nominaciones en la cadena borromea de tres redondeles

Fuente: Vector Salud Mental. Revista digital. Recuperado el 10 de junio de 2015 de:

<http://www.egrupos.net/grupo/vectorsaludmental/archivo/msg/151/>

Las intrusiones consisten en la incidencia de un redondel en otro. Lacan (1965) llama a esto “nominación”, consistente en una traza de algo que entra en las cosas, modificándolas en su estatuto mismo, y su función solo es posible cuando el nombre en sí mismo comporta una completa conveniencia con la cosa que designa (Seminario 12, clase del 7 de abril, sin editar). El que “entre” en las cosas explica que en la nominación opere la función del agujero.

Para explicar las nominaciones, Lacan recurre al trípode freudiano de inhibición, síntoma y angustia, términos a partir de los cuales Freud describe los fenómenos patológicos. El síntoma muestra la incidencia de la represión y la inhibición es una evitación de la angustia. Freud plantea la inhibición como una especie de detención libidinal que provoca la acumulación de libido en el yo. Es esta una característica que la inhibición comparte con las neurosis narcisistas y con los estados graves de depresión, incluida allí la melancolía, el más grave de tales estados. Freud (1925/2011) describe de la siguiente manera el mecanismo de las inhibiciones más generales del yo:

Cuando el yo se encuentra absorbido por una labor psíquica de particular gravedad tal como un duelo, gran supresión afectiva o la tarea de mantener sumergidas fantasías sexuales continuamente emergentes, se empobrece tanto la energía de que puede disponer que se ve obligado a restringir su gasto en muchos lugares, semejante a un especulador que tiene inmovilizado su dinero en sus empresas. Un instructivo ejemplo de tal inhibición general de corta duración me fue ofrecido por un enfermo de neurosis obsesiva que quedaba sumido en una fatiga paralizadora, durante uno o varios días, en ocasiones que habrían debido provocar un acceso de ira. (p. 2835)

Así, entonces, el depósito de la libido en el yo puede servir para mantener vivas ciertas fantasías sexuales,³² lo que indica que se privilegia lo imaginario. Ahora, la idea de que la nominación imaginaria tenga efectos de inhibición puede también ser dicha de otra manera: el predominio de lo imaginario respecto de lo simbólico tiene efectos de inhibición. Esta nominación es ilustrada en el nudo borromeo a través del ingreso del registro imaginario en el simbólico. Algunas formas a través de las cuales se manifiesta la inhibición propia de la nominación imaginaria son: disfuncionalidad sexual, perturbaciones de la nutrición, inhibición de la locomoción e inhibición de la capacidad de trabajo (Freud, 1925/2011).

La disfuncionalidad sexual puede ser generada por una intensa erotización de los órganos que intervienen en las actividades sexuales. Tal erotización indica que se prefieren estos como objetos a través de los cuales obtener placer, procedimiento que muestra el predominio de lo imaginario. En la nominación imaginaria hay una evitación de la simbolización y con ella de la represión.

El agujero, causa de la nominación, es inherente a la figura topológica del toro, ya que es el centro agujereado del toro lo que permite el anudado. Esta figura ofrece una representación de elementos cuyo centro y exterior son un mismo espacio.

³² En el subcapítulo 3.1. se elabora acerca del componente imaginario en las fantasías.

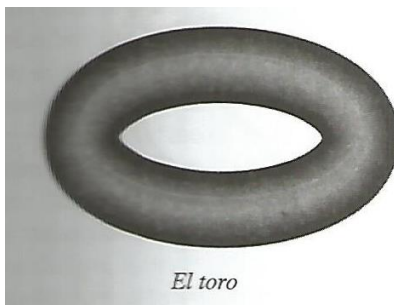


Figura 28

El Toro

Fuente: Lacan (1975b/2006, p.79)

Lacan (1975b/2006) se refiere al agujero, a la ex-sistencia y a la consistencia a propósito de su búsqueda de un nudo borromeo de cuatro redondeles:

No se trata, sin embargo, de una casualidad, sino que es el resultado de cierta convergencia, ya sea que ponga en lo imaginario el soporte de la consistencia, ya que haga igualmente del agujero lo esencial de lo que concierne a lo simbólico y que sostenga especialmente en lo real lo que llamo la ex-sistencia. (p.50)

Advierte que el lenguaje agujerea lo real, lo que explica que se ponga en lo simbólico la función del agujero. Al agujerear lo real, este último registro queda por fuera, ex-siste. Lacan agrega (1975b/2006):

Sostengo la ex-sistencia del tercero en base al hecho de que dos son libres uno del otro –es la definición misma del nudo borromeo–, y en particular sostengo la ex-sistencia de lo real respecto de la libertad de lo imaginario y de lo simbólico. Sistiendo fuera de lo imaginario y de lo simbólico, lo real acomete, interviene muy especialmente en algo que es del orden de la

limitación... lo real sólo tiene existencia si encuentra el freno de lo simbólico y de lo imaginario.
(p.50).

Y pone en lo imaginario el soporte de la consistencia porque incide de manera significativa en el hecho de mantener juntos los redondeles; se la simboliza con una superficie (Lacan, 1975b/2006, p.63).

Entonces cada redondel consta de un agujero (lo simbólico), de lo que contornea al agujero (lo imaginario) y del campo exterior (lo real). Así que cada redondel se contiene a sí mismo y a los otros dos.

Continuando con los efectos de las incidencias, se ha enunciado que la incidencia de un redondel en otro es “fijada” por el tercer redondel. Así, la incidencia de lo simbólico en lo real es fijada por lo imaginario, y, en gran medida, a ello se debe que Lacan ponga en lo imaginario el soporte de la consistencia. Esta incidencia tiene efecto de síntoma. Se diría entonces que el síntoma es la nominación de lo simbólico.

Podría decirse lo mismo de los otros redondeles: la consistencia de la articulación entre lo simbólico y lo imaginario depende de lo real, y la de lo real y lo imaginario, de lo simbólico. Para el caso de la incidencia de lo real en lo imaginario, puede observarse la figura 27.

Si en una parte anterior del trabajo se hizo referencia al yo como una superficie imaginaria, la inhibición sería el temor a que esta superficie no opere más como tal. Freud (1925/2011) señala una relación entre la inhibición y la angustia: “La existencia de una relación entre la inhibición con la angustia, salta enseguida a la vista. Algunas inhibiciones son evidentemente renunciadas a la función a causa de que durante su realización surgiría la angustia” (p.2834).

A este respecto, Lacan, evocando a Freud, afirma en un primer momento que la angustia es una señal que se produce en el yo relacionada con un peligro interno. Luego corrige lo de “peligro interno”, advirtiendo que, al ser el aparato neurológico una superficie, no tiene interior, por lo cual no habría peligro interno. Así lo plantea:

Y el sistema Ψ , como *Aufbau*, como estructura, como lo que se interpone entre percepción y conciencia, se sitúa en otra dimensión, como Otro en cuanto lugar del significante. El año pasado introduje entonces la angustia como la manifestación específica del deseo del Otro. (Lacan, 1962, p.166)

Es el sistema neuronal lo que permite un vínculo entre la percepción y la conciencia, y una vez constituido opera como lugar del significante, como Otro. Si el Otro significa algo, quiere decir que manifiesta un deseo. Luego, la angustia sería la manifestación específica del deseo del otro (evidente en el transactivismo). El yo es el lugar de la señal, a través de la cual el sujeto queda advertido de un deseo.

Al incidir en lo imaginario, lo real irrumpe en la imagen. Y al no ser especularizable, no puede decirse de este registro que complementa la imagen: por el contrario, la fragmenta. No especularizable es también el objeto *a*. Conviene considerar que la topología permite explicar la presencia de objetos cuya estructura tiene esta cualidad. Así lo advierte Lacan (1962/2006):

Es lo que traté de hacerles captar sirviéndome de lo que pueden ustedes llamar metáforas, si quieren topológicas –pero creo que esto va más lejos– en la medida en que estas introducen la posibilidad de una forma no especularizable en la estructura de algunos de dichos objetos (p.133).

Un efecto traumático de lo no especularizable es observable en un fenómeno como la despersonalización, que suele comenzar con la ausencia de reconocimiento frente al espejo.

Esquemmatizado en el nudo borromeo como la introducción del redondel real en el imaginario, el no haber reflexión a través del espejo equivale a la ausencia de la operación del registro simbólico, registro que le da consistencia a la relación entre lo real y lo imaginario. La imagen del objeto real que en algún momento se logra constituir se forma a condición de la presencia de lo simbólico (la fobia es un ejemplo de esta situación).

Así que la relación entre los dos registros real e imaginario implica la angustia, puesto que lo real es sin imagen. Lacan refiere la angustia a lo ominoso, lo cual no es alejado de la topología. En esta disciplina no importan tanto las formas, esto es, las imágenes (pues ellas son cambiantes, escurridizas, con frecuencia parecen absurdas), como el lugar. Posiblemente sea esta la razón para que Lacan (1975b/2006) plantee que la topología tiene por efecto exorcizar la inquietante extrañeza que depende de lo imaginario: “La inquietante extrañeza depende indiscutiblemente de lo imaginario, y la geometría específica y original de los nudos tiene por efecto exorcizarlo” (p.48). Por consiguiente, la topología no privilegia la imagen fragmentada o unificada del objeto, es más, no privilegia el semblante de imagen que este pueda tener, sino su lugar. Y es el lugar que este objeto ocupa respecto a cada uno de los registros, lo que determina la relación entre ellos. De este modo, si en algún momento se dijo que lo real era el elemento mediador entre lo simbólico y lo imaginario, lo simbólico, entre lo real y lo imaginario, y lo imaginario, entre lo real y lo simbólico, finalmente puede decirse que el objeto a es el elemento vacío, mediador, cuya consistencia determina la articulación borromea de los registros real, simbólico e imaginario.

CONCLUSIONES

El proceso investigativo implicó encontrarse con algunos temas que fue posible desarrollar y también con algunos límites. Finalmente se plantean las siguientes conclusiones y se enuncian algunas preguntas surgidas durante el trabajo, que podrían ser puntos de partida para otras investigaciones:

-Lo imaginario está vinculado con el placer, por cuanto es un plus de placer lo que produce la fijación a un objeto y, entonces, su devenir como objeto sexual, como imagen. Son los objetos imaginarios lugares hacia donde se desplaza la libido, proveniente ella de lo que Freud llamó “objetos reales” o Lacan “imagen real”. Este desplazamiento es llamado introversión de la libido y da cuenta de la función vinculante de esta energía. Es ella, elemento imaginario, lo que posibilita el vínculo amoroso que acontece entre el yo y los objetos, vínculo en el cual hay cierta correspondencia de un elemento a otro y, por tanto, es consistente.

-El montaje de la pulsión y la manera como están articulados los cuatro elementos que la constituyen son borromeos. Esto implica que si alguno de sus elementos faltase, la pulsión no existiría, lo que quiere decir que su consistencia depende de la articulación de todos sus elementos.

-En el seminario 11³³ Lacan señala que el objeto es el elemento que le da consistencia a la pulsión, de modo similar, en el seminario 23³⁴, donde subraya la cualidad consistente del registro imaginario en el nudo. Pero, además, tiene en cuenta que la consistencia de la pulsión no

³³ *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*

³⁴ *El sinthome*

depende exclusivamente de su objeto, ni la del nudo depende de lo imaginario. Sin embargo, Lacan subraya estos dos elementos: el objeto y el registro imaginario. Tienen en común la presencia de la libido, lo cual sugiere la incidencia de este elemento en la consistencia imaginaria.

-La labor de la libido es vincular los objetos imaginarios, gracias a la cual dichos objetos se ordenan como unidad. Empero, la libido también hace labor en la intensión agresiva, Lacan se refiere a ella como “libido negativa”. Se trata de una energía relativa a la pulsión de muerte, una tendencia a regresar al estado de fragmentación primigenio. Es en su dimensión de libido negativa que puede concebirse su relación con el objeto *a*.

-En el seminario 2³⁵, Lacan había advertido del carácter imaginario de la libido. Sin embargo, si ella es estudiada desde el destino pulsional de la sublimación, se advierte que su carácter imaginario no es sin los otros dos registros. Por consiguiente, la libido, como la pulsión, tiene una consistencia imaginaria que se sostiene por la participación de los tres registros.

-El nudo borromeo es un instrumento que ayuda a pensar asuntos de la clínica. El caso de la intrusión del redondel real en el imaginario, que tiene como efecto la angustia, limita el despliegue de la simbolización. De este modo, para disminuir el efecto de angustia, habría que regular la tensión en el nudo. Esta regulación implicaría que lo simbólico tenga más espacio en lo imaginario y, en esa medida, reduzca espacio a lo real. Es esta la maniobra que Melanie Klein realiza con Dick al forzar la inserción de lo simbólico, inserción que tiene como efecto la disminución de la angustia en el niño.

³⁵ *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica.*

-La superficie es cualidad singular de lo imaginario, ella marca una diferencia significativa de este registro, respecto al simbólico y al real. Además, hace de lo imaginario un ejemplo por excelencia de la consistencia. Es en tanto superficie agujereada por lo simbólico, que lo imaginario puede consistir, como consiste un cuerpo por el hecho de tener agujeros. De superficies no agujereadas dan cuenta las construcciones delirantes, pues emergen en un momento en que ningún agujero sostiene la relación $a-a'$. Y consecuente con esta lógica, el delirio se comporta como un sistema cerrado.

-La relación interdependiente entre los registros es una constante en las elaboraciones lacanianas. Los tres registros tienen lugares en las experiencias ópticas, participando todos en la constitución de la imagen. Lacan los sigue mostrando articulados al final de su enseñanza, cuando se cruzan para mostrar el objeto a .

-El significante fálico y la fantasía son construcciones imaginarias, que han sido intervenidas por el orden simbólico. Ellas se manifiestan a través de una imagen, la que al ser una imagen que representa, también dice de una ausencia. Así pues, estos dos elementos muestran la operatividad de la consistencia imaginaria, en la articulación con los otros dos registros.

-La consistencia del objeto a está demostrada en la manera borromea en que se anudan los tres registros, acatando la naturaleza de este objeto como una realidad que no puede ser modificada, sino que, por el contrario, es una realidad a la que los registros han de amoldarse. Y de esta moldura da cuenta una figura topológica que, sin limitar las formas, garantiza los lugares.

-El objeto a tiene la consistencia del concepto, por cuanto sus rasgos no son alterados por cambio de perspectiva alguno, siendo él como la esencia permanece invariable.

A continuación, se enuncian algunos elementos encontrados a partir de este trabajo que sugieren vías para nuevas indagaciones:

-Si bien hay una faz imaginaria del objeto a , cuenta este además con la faz simbólica y la real. Estas últimas dos facetas pueden ser estudiadas también a través del nudo borromeo.

-¿Cuál es el efecto de la topología en la relación de la inquietante extrañeza con lo imaginario? Efecto que Lacan (1975b/2006) plantea del siguiente modo: “La inquietante extrañeza depende indiscutiblemente de lo imaginario, y la geometría específica y original de los nudos tiene por efecto exorcizarlo” (p.48).

Y finalmente: ¿Qué consecuencias traería para la práctica clínica de un psicoanalista asumir las experiencias ópticas propuestas por Lacan y el nudo borromeo como “dispositivos para pensar”?

BIBLIOGRAFÍA

A. Referencias

Freud, S. *Obras completas*. Trad. Luis López - Ballesteros y de Torres; ordenación y revisión de textos Jacobo Numhauser Tognola. Buenos Aires: Editorial El Ateneo. Primera edición del año 2003 y última reimpresión del 2011. Tres volúmenes.

De esta edición se dispuso de los siguientes volúmenes y obras:

Vol. 1. (1895). *Proyecto de una psicología para neurólogos*, pp. 209-236.

Vol. 1 (1900). *La interpretación de los sueños*, pp. 656-693.

Vol. 2 (1908). *Fantasías hitéricas y su relación con la bisexualidad*, 1349-1353

Vol. 2 (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Caso "Juanito")*, 1365-1440.

Vol. 2 (1910). *Observaciones psicoanalíticas de un caso de paranoia*, pp.1487-1528.

Vol. 2 (1914). *Introducción al narcisismo*, pp. 2017-2033.

Vol. 2 (1914). *Sobre las trasmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*, pp.2034-2038

Vol. 2 (1915). *Los instintos y sus destinos*, pp. 2040-2052.

Vol. 2 (1915). *La represión*, pp. 2053-2060.

Vol. 2 (1915). *Lo inconsciente*, pp.2061-2082.

Vol. 3 (1923). *El yo y el ello*, pp. 2701-2728.

Vol. 3 (1923). *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*, pp. 2742-2744.

Vol. 3 (1925). *Inhibición, síntoma y angustia*, pp. 2833-2883.

Vol. 3 (1925). *La negación*, pp. 2884-2886.

Vol. 3 (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*, pp. 2896-2903.

Vol. 3 (1938). *Escisión del yo en el proceso de defensa*, pp. 3375-3377

Freud, S. *Obras completas*. Trad. de José Luis Etcheverry; ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud. Buenos Aires: Editorial Amorrortu. Primera edición del año 1979 y sucesivas reimpresiones desde entonces, 24 volúmenes.

De esta edición se dispuso de los siguientes volúmenes y obras:

Vol. 7. (1905). *Tres ensayos de una teoría sexual*, pp. 109-224.

Vol. 17 (1918). *Lo ominoso*, pp.217-251.

Vol. 18 (1920). *Más allá del principio del placer*, pp. 3-62.

García, L. (1995). *Lógica y pensamiento crítico*. Manizales: Lumina Spargo, pp. 11-56.

Granon-Lafont, L. (1999). *Topología básica de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Nueva visión.

Heidegger, M. (1957). *Identidad y diferencia*. Brisgovia: Edición electrónica de de Filosofía

Universidad ARCIS. Disponible en: www.philosophia.cl/Escuela

La banda de *Moëbius*. <http://www.sitographics.com/conceptos/notas/moebius.html>. Recuperado el 10 de junio de 2015.

Lacan, J. (1949/1975). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1953a/2005). *De los nombres del padre*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1953b/2007). *El seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1954/2001). *El seminario, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1956/1981). *El Seminario, libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1957/1994). *El Seminario, libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1959/2009). *El Seminario, libro 7: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1962/2006). *El Seminario, libro 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1964). *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975b/2006). *El Seminario 23 "El sinthome"*. Argentina: Paidós.

Lacan, J. (1976). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo Veintiuno Editores S.A.

Lacan, J. (2007). *Intervenciones y textos*. Valentin Alcina, Argentina: Manantial.

Lefort, R., & Robert, L. (1983). *Nacimiento del Otro*. Buenos Aires: Paidós.

Lied, I. Tramas del inconsciente. <http://convergencia.aoc.free.fr/texte/lied-e.htm>. Recuperado el 20 de junio de 2015.

"Los anillos de borromeo". El artículo fue publicado el 26 de mayo de 2011.

<http://laaventuradelaciencia.blogstop.com/2011/05/los-anillos-de-borromeo.html>.

Recuperado el 10 de junio de 2015.

Martinez, E. L., & Martinez, E. H. (1996). *Diccionario de filosofía*. Bogotá: Panamericana.

Klein, M. (1930/1975). *Obras completas*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J. A. (1991). *Agresividad y pulsión de muerte*. Medellín. Fundación Freudiana de Medellín.

Miller, J. A. (2005). *El saber delirante*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J. A. (2011). *Donc*. Buenos Aires: Paidos.

Miller, J. A. (2013). *El ultimísimo Lacan*. Argentina: Paidós.

Montrejos, J. E. (2004). *Diccionario de matemáticas*. Madrid: Cultural S.A.

Soury, P. (1984). *Cadenas, nudos y superficies en la obra de LACAN*. Buenos Aires: Javier Boveda Ediciones.

Tendlarz, S. (1999). *Aimée con Lacan*. Buenos Aires.: Lugar Editorial S.A.

B. Bibliografía complementaria

Farrán, R. (2009). *La lógica del nudo borromeo: un paradigma de corte estructural*. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas. 2009/2. Conicet, Argentina. Recuperado el 10 de junio de 2015, de: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/22/roquefarran.pdf>

E.T.A. Hoffmann (1962). *Cuentos fantásticos*. España: Labor S.A.

Freud, S. *Obras completas*. Trad. Luis López - Ballesteros y de Torres; ordenación y revisión de textos Jacobo Numhauser Tognola. Buenos Aires: Editorial El Ateneo. Primera edición del año 2003 y última reimpresión del 2011. Tres volúmenes.

Revisadas en la edición mencionada, se sugieren las siguientes obras del autor:

Vol. 3 (1923). *Neurosis y psicosis*, pp. 2742-2744.

Vol. 3 (1938). *Escisión del “yo” en el proceso de defensa*, pp. 3375-3377.

Vol. 2 (1909). *Análisis de un caso de neurosis obsesiva (“caso el hombre de las ratas”)*, pp. 1441-1486.

Mansfield, M. (1963). *Introducción a la topología*. Malaga: Alhambra.

Merleau-Ponty, M. (1948/2003). *El mundo de la percepción*. México: Fondo de Cultura Económica.

Merleau-Ponty, M. (2013). *El ojo y el espíritu*. Madrid: Mínima Trotta.

Miller, J.A. (2010). *Extimidad*. Buenos Aires: Paidós.

Muñoz, J. (2003). *Topología básica*. Bogotá: Academia Colombiana de ciencias exactas, físicas y naturales.

Ravinovich, D. Clase del 22 junio de 1995. Lo imaginario, lo simbólico y lo real. Recuperado el día 20 de octubre de 2014.

Sartre, J. (1984). *La imaginación*. Madrid: Sarpe.

Schejtman, F. (2012). *Encadenamientos y desencadenamientos neuróticos: inhibición, síntoma y angustia*. Compilador Schejtman, F. En: *Elaboraciones lacanianas sobre la neurosis*.

Buenos Aires: 2012.

